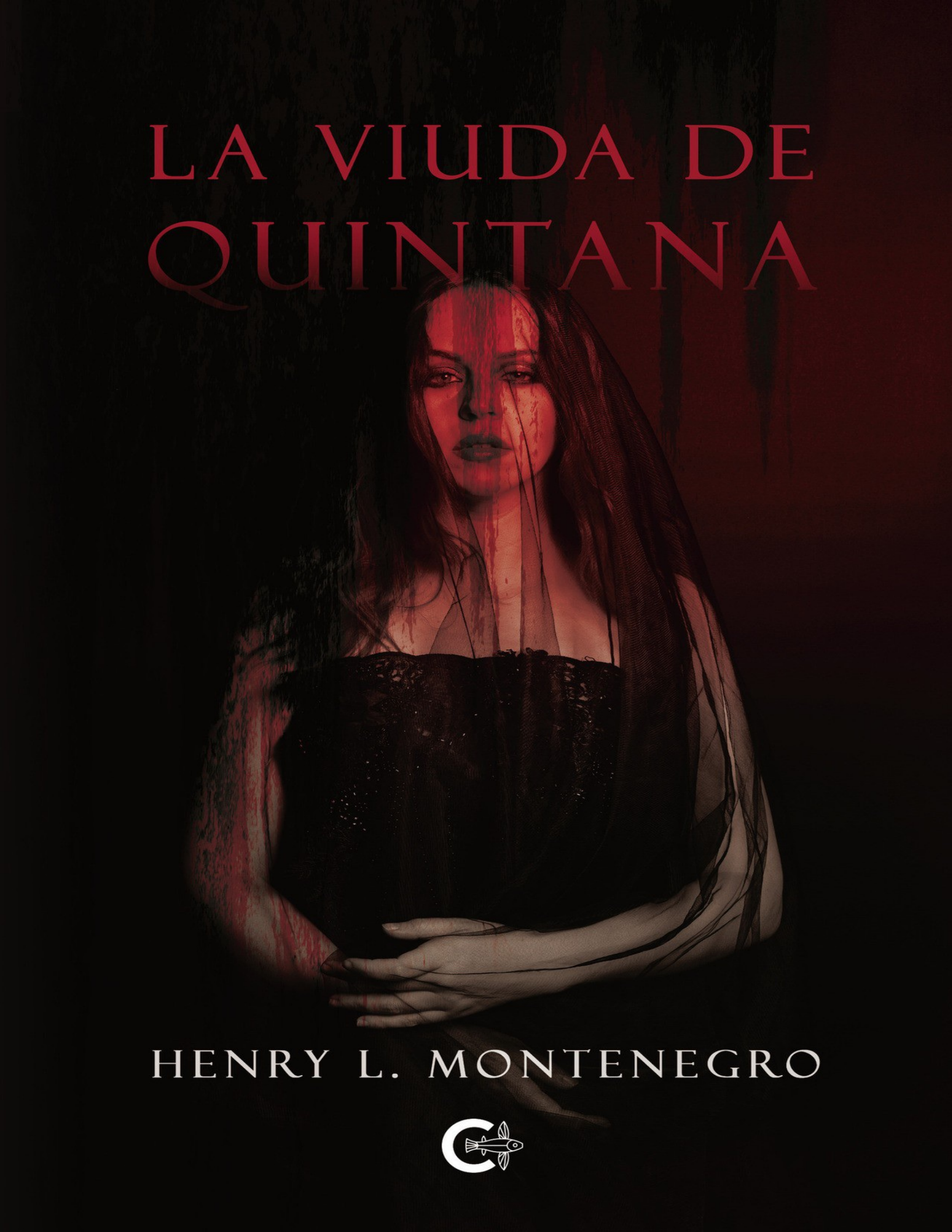
LA VIUDA DE QUINTANA



HENRY L. MONTENEGRO

La viuda de Quintana

Henry L. Montenegro



La viuda de Quintana

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410191235
ISBN eBook: 9788410191600

© del texto:
Henry L. Montenegro

© del diseño de esta edición:
Caligrama, 2024
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Capítulo 1
Suave veneno

Sus dientes presionaban con delicadeza la punta de aquel cigarro que sostenían sus dedos. Cerró su boca y su garganta aspiró el humo para luego soltarlo muy sutilmente entre sus labios pintados de rojo. Observaba la lluvia caer a través de aquel ventanal de cristal, mientras se acomodaba sin motivo alguno su ajustado vestido rojo y, a su vez, recordaba lo poco que tenía cuando llegó a aquellas tierras en 1954. Un relámpago iluminó su rostro. No se inmutó, ni siquiera segundos después, cuando se escuchó el estruendo que provocó el trueno. Nuevamente, le dio una calada al cigarrillo.

Otilia Gutiérrez estaba segura de que esa vida tan ostentosa que disfrutaba era realmente merecida. En medio del fuerte vendaval que azotaba todo Socuéllamos, en Castilla-La Mancha, la mujer intentaba admirar, a través de la oscuridad de la noche, el ingente viñedo del que prácticamente ya era dueña, mientras le venían a la mente recuerdos fugaces de una vida anterior.

Se alejó del ventanal, se acercó a la mesita que estaba a la izquierda del sofá de cuero negro que adornaba la sala de aquella finca, y apagó el cigarrillo en el cenicero que estaba allí; observó en el interior los tres anteriores también consumidos casi al completo, y que tenían marcado de igual forma el pintalabios que había hecho frecuente en su maquillaje.

Unos pasos que se acercaban hicieron que los ojos de la joven se levantaran y se clavaran en aquella imagen.

—¿Aún no hay noticias?

Otilia giró su cuello hacia atrás, mostrándole el rostro a la persona que había hecho aquella pregunta y le respondió que no con la cabeza, lo que hizo mover su largo cabello negro rizado.

—Temo lo peor —dijo el hombre y se sentó en el sofá, colocando las manos en su cabeza y mirando al suelo.

Otilia seguía sin mencionar palabra. Solo se limitaba a ver cómo la lluvia golpeaba contra el cristal para luego resbalar y desaparecer por algún lugar de aquella ventana. Colocó sus brazos detrás de la espalda y caminó con sutileza hasta el sofá en el que estaba sentado el hombre.

—Diego —dijo al fin—, tenemos que prepararnos para lo peor.

—No creo que pueda.

Otilia observaba con detenimiento a Diego. Las venas de sus fuertes brazos, sus manos de hombre trabajador, su ondulado cabello castaño, sus cejas pobladas, su nariz puntiaguda, el hoyuelo de su mentón, su incipiente barba y sus ojos oscuros la atraparon observando con detalle. Otilia cambió la mirada.

—No estoy acostumbrado a ver a mi padre rendirse.

—Ni yo —dijo una voz femenina que no era la de Otilia.

Una mano se deslizaba hacia abajo por la barandilla de la escalera que llevaba a la segunda planta de aquella finca. Una figura delgada y esbelta se acercaba a Diego con una mirada triste y desconsolada.

—Pensé que dormías, Pamela.

—Qué va, hermano. Imposible cerrar los ojos con esta preocupación —dijo la joven, y se acurrucó en su albornoz para luego sentarse al lado de su hermano y arrimarse a él.

—Y Arnaldo no nos da noticias —mencionó Otilia.

—¿Has estado fumando aquí? —preguntó Pamela, que observaba con desagrado el cenicero que estaba a su lado, en aquella mesita.

—Perdona, es que estoy un poco nerviosa —alegó Otilia y regresó al ventanal. Apoyó la frente en el cristal y notó lo frío que estaba.

Era un silencio abrumador. Había cesado de llover y se podía escuchar a la perfección el tictac del reloj de pie situado junto a la escalera.

Otilia caminaba de un lado a otro y miraba cada cierto tiempo el reloj que llevaba en su muñeca, ignorando por completo al que estaba de pie; acomodaba sus negros rizos sobre sus hombros y de vez en cuando se ojeaba las uñas pintadas de rojo. Pamela estaba acostada en el sofá y reposaba su cabeza en las piernas de su hermano, con los ojos fijos en el techo. Por momentos posaba su vista en Otilia, que fingía que no se percataba de cómo la observaba. Ella sabía que no era santo de la devoción de su hijastra, pero tampoco sentía el interés ni la necesidad de caerle bien.

Otilia llevaba dos años casada con Ramón Quintana, pero lo conocía desde hacía tres. Su marido era un poderoso vinicultor que, a base de esfuerzos, trabajo y mucha buena suerte, había logrado convertir su vino Quintanitas en uno de los más vendidos y exportados del país. Sus hijos eran su mano derecha y su más grande orgullo; por esa razón, Pamela siempre se reprochaba que aquella mujer llegara a sus vidas prácticamente por su culpa. Por culpa de aquel terrible accidente. Tras una fuerte caída de su caballo, Horus, la chica sufrió una fractura en ambos tobillos y un brazo. Por aquella época, Otilia era amiga de Lucrecia, una enfermera del hospital del pueblo que había estudiado en el colegio con Pamela. Ella recomendó a Otilia en la familia Quintana para que hiciera el trabajo que le habían ofrecido a ella y que tuvo que rechazar porque se iba a casar en esas fechas. Nunca se imaginaron lo que supondría que esa mujer pusiera los pies en aquella casa.

Unos pasos que se sintieron bajar sacaron a cada uno de los presentes de sus pensamientos e hicieron que se agruparan frente a la escalera, como si le estuvieran dando la bienvenida a alguien muy importante; aunque para ellos en realidad esta persona lo era.

—¿Cómo se encuentra nuestro padre, Arnaldo?

El anciano cerró los ojos y movió la cabeza de forma negativa mientras llegaba al final de la escalera sosteniendo aquel cabás de cuero negro con una de sus manos.

—Me temo que no hay mucho que hacer, chicos… Solo prepararse para lo peor.

—¿Cómo que nada que hacer? —inquirió Diego con el ceño fruncido—. Si lo operamos, él…

—Él no quiere ser operado, Diego, y lo sabes —puntualizó el doctor—. Tu padre sabe que es en vano y no quiere pasar por todo lo que conlleva ser operado. —Arnaldo puso el maletín en el suelo y agarró las manos de Diego—. Sabes que tu padre, más que mi paciente, es mi amigo…, mi amigo de años, y te estoy hablando con el corazón en la mano. No tiene remedio.

Los ojos de Pamela se cristalizaron y sintió el impulso de darle un abrazo a su hermano. Otilia permanecía callada. Miraba al doctor y le daba vueltas a su anillo de casada mientras movía sus pestañas y de vez en cuando miraba hacia el cabás que el señor sostenía.

—Ramón quiere hablar con los tres —dijo Arnaldo, y miró a la señora Quintana—. Yo aprovecharé que ha cesado de llover y me marcharé. No duden en llamarme si necesitan algo.

—Puedes pasar la noche aquí, Arnaldo —aseguró Pamela—. La carretera debe de estar peligrosa con la lluvia que ha caído.

—No te preocupes, Pam, llegaré con vida, te lo aseguro.

Los tres sonrieron, excepto Otilia.

—Te acompaño afuera, Arnaldo —se ofreció Otilia.

—No, no hace falta, mujer.

—Insisto.

Arnaldo se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—Enseguida estoy con ustedes —dijo Otilia, que siguió a Arnaldo y ambos desaparecieron tras la puerta.

Pamela y Diego se miraron y subieron las escaleras que llevaban a la segunda planta, de forma lenta, dejando en cada escalón todas las esperanzas que tenían de que su padre pudiera recuperarse.

La tierra estaba mojada y a las botas de Otilia se les estaba pegando el fango. Ella enroscó su brazo con el de Arnaldo para tenerlo de apoyo y así evitar caerse, mientras miraba hacia atrás constantemente para estar segura de que nadie los observaba.

—El cargo de conciencia me está matando, Otilia.

—No lo pensaste antes de aceptar todo el dinero que te di.

—No lo hice por dinero y lo sabes bien —masculló Arnaldo.

—Y por tener sexo conmigo, por supuesto —prosiguió Otilia.

—¡Tampoco! —rabió Arnaldo entre dientes, sin levantar la voz—. Tú me engatusaste, me hiciste creer que estarías conmigo.

—Y tú decidiste caer, olvidándote de tu ética profesional y, peor aún, de tu amistad con mi esposo, una amistad de años —dijo Otilia con sarcasmo, haciendo un fingido y burlón gesto de asombro.

Bastaron solo tres noches de pasión y algunas palabras bonitas, llenas de mentiras, para enredar a Arnaldo y hacer de él lo que ella quisiera; así era Otilia. Todo lo que se proponía lo lograba a como dé lugar, y una amistad de cincuenta años no iba a impedir que ella llevase a cabo todos

sus planes. Siempre tenía la palabra perfecta, el gesto perfecto y el momento perfecto para lograr sus cometidos. ¿Quién mejor que el formidable amigo de su esposo y médico de la familia para acelerar el proceso que la haría vestirse de negro por un tiempo? Si todo se hacía según sus planes, los hijos de su marido jamás tendrían en cuenta llevar a cabo una autopsia porque era más que evidente la mortal enfermedad de Ramón; sería un jaque mate épico.

—Eres muy mala persona.

—¿Y tú no?

—Ramón va a morir…

—Lo iba a hacer de todas formas. Solo estás apresurando el asunto. No darle los medicamentos que realmente necesita nada más está adelantando lo que va a suceder sí o sí. Además, él es quien no quiere operarse.

—Decisión que yo no debería apoyar.

Otilia se le quedó mirando con enojo y él entendió que ya tenía que marcharse. Era un Citroën 2 CV, rojo brillante; sus guardafangos y ruedas estaban realmente sucios por causa de los atajos que tuvo que coger bajo aquel aguacero infernal que caía cuando lo llamaron con urgencia para que se presentara en la hacienda. El doctor se montó en su coche y se largó pensando en que todo el deseo y el amor que alguna vez sintió por Otilia ahora no era más que un repulsivo y profundo odio.

La joven vio las luces del coche hacerse pequeñitas hasta que se perdieron en la oscuridad absoluta de aquel lugar. Otilia hizo ese gesto que ya tenía incorporado, el de acomodarse el vestido, recorriendo sus manos desde el torso hasta sus muslos. Respiró profundo y dio una media vuelta con esa sonrisa en la cara, que se le esfumó en el instante en el que levantó la mirada y vio aquel cartel.

—La Rosalía, finca La Rosalía —respiró profundo—. Esto es algo que algún día también cambiaré. —Se acomodó el cintillo que tenía en su cabeza y que mantenía en su sitio su cabello, y luego se adentró en la finca con su respectivo y muy sensual caminar, alejándose así de aquel nombre que tanta revoltura en el estómago le provocaba.

Caminó por la enorme sala mientras observaba esos retratos antiguos que colgaban en las paredes: un Ramón veinte años más joven, derrochando felicidad con unos pequeños Pamela y Diego. Otilia pensó en la edad que podrían tener ahí los hermanos; él, tal vez diez; ella, seis. No sabía y tampoco había preguntado en dos años que llevaba viviendo en esa casa.

Comenzó a subir las escaleras que la llevaban a la segunda planta, deslizando su mano derecha por la barandilla; seguía observando los cuadros que estaban colgados en la pared y que le quedaban justo a su izquierda. Era una imagen repetitiva; siempre tenía que verlas al bajar y subir aquellos escalones: la foto de quince años de Pamela, con aquel vestido de volantes y su sonrisa de adolescente. Ella no soportaba a su hijastra, pero tenía que reconocer que era hermosa; aunque no más que ella, pensó. Luego una foto de la graduación de Diego, tan guapo, sosteniendo su diploma de Enología, mostrando una sonrisa orgulloso porque seguiría los pasos de su padre. Otilia pasó suavemente los dedos por aquella fotografía y luego de detallarla, admiró sus perfectas uñas pintadas de rojo; continuó subiendo y ahí estaba la foto que más

odiaba y, sinceramente, sin razón alguna. Era esa hermosa mujer rubia, sentada con una bebé en brazos y un pequeño niño que le sonreía mirándola, sentado a su lado.

—Rosalía… —dijo y resopló.

Observó la foto por unos segundos y luego terminó de subir las escaleras para llegar a ese lugar donde se encontraban las habitaciones; era un pasillo muy largo y ancho, y la distancia de una habitación a otra le daba privacidad a cada una de ellas. Primero estaba la de Pamela, que se encontraba cerrada, luego la de Diego, que también lo estaba y después la matrimonial. Seguido de la habitación que compartían Otilia y su esposo, había un giro en el pasillo hacia la derecha, donde se encontraban seis habitaciones más, de las cuales, la última, antes de llegar a una escalera que te hacía bajar a otra zona de aquella finca, era la que él compartía con su anterior esposa y madre de sus hijos. La habitación estaba clausurada. Otilia se detuvo en la habitación matrimonial, su habitación, agarró el pomo de la puerta, lo giró con suavidad y entró. El tufo a persona enferma, medicamentos y alcohol de hospital golpeó contra la cara de la joven esposa, que cerró los ojos y aguantó la respiración por unos segundos para luego soltar el aire muy despacio entre sus labios. Observó la espalda de su hijastra que, arrodillada en el suelo frente a la cama de su padre, le sujetaba una de sus manos. Diego estaba sentado en la esquina de la cama con los codos apoyados en sus rodillas y las manos posadas en la cabeza mientras miraba al suelo. Otilia se adentró más en la habitación, dando pequeños pasos y tratando de no poner una expresión de desagrado ante el sonido irritante de la tos continua de su esposo.

—Queremos que te quede claro que no estamos nada contentos con esa decisión que has tomado de no quererte operar —expuso Otilia mientras observaba la tez verdosa de su marido.

—Lo sé —dijo Ramón y volvió a colocarse el pañuelo en la boca para toser—, pero es mi decisión y ya está tomada. Prefiero pasar mis últimos días aquí, tranquilo, con ustedes. Ya no hay remedio.

Pamela se levantó del suelo y salió llorando de la habitación; no soportaba ver a su padre en esas condiciones. Diego se incorporó y Otilia lo siguió con la mirada, por esa razón pudo ver cuando él le hizo aquel ademán con las manos que ella entendió de inmediato. Fue tras él.

—Creo que él no está en condiciones de decidir, Otilia —dijo Diego, y le mostró a Otilia su expresión de desespero, y ese hoyuelo de la barbilla que ella no podía dejar de mirar.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es tu padre —expresó Otilia—. Además, ya escuchaste a Arnaldo. No hay remedio. Ahora será mejor que te retires, Diego, Ramón tiene que descansar.

El joven besó la frente de su padre y lo arropó. Antes de retirarse hizo un ademán con una de sus manos, Otilia entendió que tenía que salir tras él

—Creo que él no está en condiciones de decidir, Otilia —dijo Diego y le mostró a Otilia su expresión de desespero, y ese hoyuelo de la barbilla que ella no podía dejar de mirar.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es tu padre —expresó Otilia—. Además, ya escuchaste a Arnaldo. No hay remedio.

Diego rompió en llanto y se tapó la cara con sus manos. Lloró, lloró desconsolado frente a la mirada atónita de Otilia, que jamás lo había visto así. Le dio la espalda a su madrastra y se apoyó con los brazos en la pared para descansar la frente en ellos. Sollozó y una mano sutil se posó en uno de sus hombros. Se volteó. Odiaba ver la cara de pena con la que Otilia lo observaba. Intentó marcharse, pero la misma mano de antes lo detuvo agarrándolo por el brazo. La respiración de Diego se aceleró y observó la tersa piel de su madrastra y la juventud que desprendía su rostro. Observó sus pestañas, cómo se movían al compás de los párpados de Otilia, cerrándose y abriéndose nerviosos. Miró su nariz y luego sus labios, y ahí no pudo detenerse. Se acercó a ella con celeridad y posó su boca sobre los labios de Otilia, que respondieron a aquel beso deseado.

Diego se apartó.

—No sé qué es lo que pretendes, pero ya no lo soporto más —masculló Diego—. Si lo que quieres es dinero, dímelo y ya lárgate de nuestras vidas.

Otilia sonrió cínica y Diego la agarró muy fuerte por un brazo y la jaló con rudeza hacia él.

—No sé cómo pudo fijarse en ti —le dijo mientras la miraba a aquellos oscuros ojos.

—Como lo hiciste tú —aseveró Otilia y besó al joven que, por unos segundos, disfrutó y permitió que aquellos venenosos labios poseyeran los suyos otra vez, sin embargo, reaccionó y empujó a la mujer de su padre.

—No vuelvas a hacerlo —balbuceó Diego con una respiración jadeante.

Ella sonrió y volvió a lanzarse hacia él, logrando que esta vez no pudiera rechazarla. Diego prácticamente la arrastró hasta su habitación mientras le arrancaba salvajemente la ropa del cuerpo.

Entre jadeos, besos, saliva y sudor; Otilia y Diego llegaron al clímax exactamente igual que la primera vez que habían traicionado a Ramón.

Sucedió hace un año. Diego regresaba del viñedo, totalmente sudado y lleno de tierra. Estaban en época de vendimia y a él le encantaba involucrarse de lleno con todo lo de la recogida de las uvas y la transportación hasta la bodega. Entró en la cocina a beber agua y ahí estaba ella, tan sensual, tan hermosa, con una coleta alta rizada y con aquel ajustado vestido verde, abanicándose mientras miraba al horizonte por aquella ventana que daba al campo. Otilia se volteó, algo dijeron respecto a Ramón. Discutieron como siempre hasta que se escuchó un silencio. Solo hablaban sus miradas. Él analizó que hasta ese momento no se había fijado en los hermosos labios que tenía su madrastra y en la lujuria que le provocaba aquel perfecto cuerpo; ella, por el contrario, cavilaba constantemente en todo lo que estaba sintiendo por aquel hombre y que podía desmoronar sus planes en cuestión de segundos. Ni siquiera los detuvo el sonido que hizo el vaso al caer y quebrarse cuando él se le acercó como un león que enamora a la hembra de la manada. Diego se le lanzó sintiendo una vibrante adrenalina que recorría todo su cuerpo y, por primera vez, disfrutó el suave veneno de aquellos labios, era como una droga que no podía parar de consumir. Con sus fuertes brazos agarró a su madrastra por los muslos mientras le besaba el cuello y la subió de un tirón a la meseta de la cocina, abrió sus piernas, se introdujo entre ellas y

desabrochó con rapidez el cinto de su pantalón vaquero, le bajó las bragas para luego entrar en ella con deseo. Mientras la penetraba una y otra, y otra vez, pensaba que lo que hacía estaba mal, pero no podía detenerse. Su cuerpo pedía más de aquella carne pecaminosa, y ella gemía de placer sin preocuparse de que alguien pudiera escucharla.

Para cuando Diego salió de aquel recuerdo, ya había acontecido el acto lujurioso por segunda vez. Estaba sentado en la punta de la cama, desnudo, mostrándole su ancha espalda a Otilia, y parecía que posaba para ese famoso cuadro de Goya.

Diego, con total expresión de arrepentimiento, tenía sus codos apoyados en sus muslos y las manos posadas en la cabeza; no podía asimilar lo que había sucedido, otra vez.

—Ha sido atroz —expresó y se levantó mostrándole las nalgas a Otilia, mientras buscaba su pantalón.

—No se puede luchar en contra de lo que se desea —dijo ella y se arrastró por la cama cual serpiente para llegar hasta donde estaba y abrazarlo por la espalda.

—Suéltame, Otilia. Me prometí que esto no volvería a suceder.

La empujó.

Ella se puso delante y admiró la erección que él aún tenía.

—Tu cuerpo habla por sí solo.

Diego, molesto, agarró su pantalón, se lo puso, se subió la cremallera y no cerró el botón.

—Por favor, Otilia, Lárgate de mi habitación.

La mujer no mencionó palabra. Únicamente tomó su vestido rojo, se vistió, agarró las botas negras que antes llevaba puestas y con la otra mano giró el pomo de la puerta. Antes de salir, miró hacia atrás y volvió a mostrarle esa sonrisa cínica a Diego. Se escuchó un portazo y dentro de aquella habitación quedó encerrado, junto con Diego, su cargo de conciencia.

Capítulo 2
Las Gutiérrez

Otilia observaba sus carísimos zapatos negros a través de sus gafas de sol. Y aunque el cielo estaba nublado como si quisiera llover, el momento ameritaba aquel accesorio. Ella no podía evitar sufrir más por la tierra que se le pegaba en los tacones, que por la tragedia que en esos momentos sacudía a su apellido de casada. En ocasiones, la nueva viuda levantaba su brazo e introducía sutilmente el pañuelo de seda blanco por debajo de las gafas y de la redecilla de su elegante tocado negro de plumas; simulando así que se secaba alguna lágrima. Por momentos buscaba la mirada del doctor Arnaldo para hacerlo sentir incómodo, pero él ni la volteaba a ver; la culpabilidad que sentía este hombre era más profunda que el hoyo donde enterraban a su amigo.

Los cementerios son lugares sombríos que a la mayoría de las personas no les gusta visitar, y mucho menos si el dolor que se está respirando en el ambiente viene de tu ser. Y dolor era justamente el sentimiento que invadía a los hermanos Quintana durante el entierro de su padre. Un intenso dolor al saber que ya no estaría en sus vidas, pero, a su vez, un profundo alivio al pensar que ahora sí descansaría y estaría además con la mujer que sí lo amó: Rosalía.

Cuando aquella mañana todos tuvieron que reunirse en el despacho de la hacienda, con César, el abogado de la familia, porque se realizaría la lectura del testamento; Otilia percibía ese hormigueo que se siente en el estómago cuando estás a punto de recibir una muy buena noticia. Nadie se percató del brillo de sus ojos, pero ella estaba consciente de que lo tenía.

—Tomen asiento, por favor.

Fueron las palabras de ese hombre de mediana edad que pintaba algunas canas en su cabeza, y que se colocaba las gafas de visión para comenzar la lectura.

En aquellas páginas estaba muy clara la última voluntad del difunto. Un cincuenta por ciento dividido a la mitad entre sus dos hijos. Un quince por ciento para su esposa y la posibilidad de seguir viviendo en la casa, siempre y cuando no volviera a casarse. Si eso llegaba a suceder, tendría que abandonar el lugar instantáneamente. Veinte por ciento para el orfanato Las Luces, sitio donde Ramón fue abandonado cuando apenas era un bebé y en el que vivió cinco años de su vida hasta que Celeste y Lucio Quintana lo adoptaron para darle amor, una vida digna y convertirlo en el hombre que fue. Y un quince por ciento para Alicia Gutiérrez.

—¿Quién es Alicia Gutiérrez? —dijo confundida Pamela.

Otilia se levantó de su silla y se acomodó su vestido negro. Su respiración era acelerada y sentía que le faltaba el aire. Agarró el abanico que había colocado encima de un buró que tenía a

su izquierda, lo abrió y comenzó a llenar su rostro de aire. De ahí en adelante, todo se tornó ininteligible para ella. Se escuchó un estruendo.

Cuando la viuda comenzó a abrir los ojos, se percató de que estaba recostada en el sofá de la sala, mientras Diego le daba suaves golpecitos en los cachetes y su hijastra le ofrecía un vaso con agua.

—¿Qué me pasó?

—Te has desmayado —le contestó Diego.

—Cesar ya nos ha explicado quién es la tal Alicia —reveló Pamela—. Resulta que nuestro padre estuvo ayudando a tu hermana a espaldas de todos. Una hermana con la que no tienes contacto desde hace años.

Otilia, aturdida, se levantó del sofá.

—No tenía ni la menor idea de esto.

—Definitivamente —aseveró Pamela—, si no, no estarías así.

—¿Y dónde está ella? —preguntó Otilia.

—No quiso presentarse para la lectura del testamento —declaró Cesar—. Estaba muy afectada por la muerte de Ramón y tampoco se esperaba que él la fuera a incluir. Yo le pedí que si cambiaba de opinión, viniera, pero al parecer no lo hizo.

Tres fuertes toques hicieron que todos miraran hacia la puerta de donde provenía el sonido de la aldaba. Hubo un largo silencio hasta que Claudia, una de las chicas que se encargaba de los quehaceres de la finca, abrió.

Por la puerta entró una joven totalmente anodina para los ojos de cualquiera, con sus dos trenzas tiradas delante de sus hombros y aquel vestido blanco de florecillas azules visiblemente comprado en un mercadillo de bajo presupuesto. Llevaba unas zapatillas planas y una bolsa que sujetaba con ambas manos. Ella entró y miró de soslayo aquella casa, la cual, ni en el más loco de sus sueños, hubiese imaginado que podría pisar nunca. Llevó su vista hacia todos los presentes y se le escapó de los labios un «hola» tembloroso.

Alicia era físicamente muy parecida a su hermana, igual de hermosa. La única diferencia era ser unos años más joven y no tener gusto alguno por la moda.

Sus ojos oscuros se clavaron con miedo en la imagen de Otilia que se acercaba a ella muy sutilmente como culebra que se arrastra para atacar a su presa. La viuda la observó de pies a cabeza con un gesto de desagrado, para luego marcar su mano derecha en el rostro de la joven con una fuerte bofetada.

Diego se lanzó hacia Otilia y la jaló de un brazo. Pamela corrió y se puso delante de Alicia, como gallina que intenta proteger a sus pollitos.

—¿Estás loca? ¿Qué haces? —chilló Pamela con los ojos muy abiertos.

—¿Desde cuándo eras amante de mi marido? —preguntó Otilia, reflejando su enojo en cada una de sus expresiones de su rostro y en sus gestos.

Alicia no podía mencionar palabra. Solo viajaba en su memoria y recordaba que desde que tenía uso de razón siempre sintió temor hacia su hermana.

—¡Reacciona, Otilia! —vociferó Diego y la zarandeó—. Ella no era amante de mi padre. César

nos explicó que, desde que él supo de su existencia, la estuvo ayudando y que no la trajo antes a esta casa por respeto a ti, porque sabía que no tenías una buena relación con ella.

—O, más bien, que ella no tenía una buena relación contigo, porque todos sabemos cómo eres —dijo Pamela, y abrazó a la joven que temblaba como la hoja de un árbol expuesta a una fuerte brisa.

La sangre de Otilia hervía como un volcán en erupción. Estrelló el abanico contra el suelo y subió furiosa aquellas escaleras, ignorando cada una de las fotografías que estaba obligada a ver siempre que tomaba ese camino.

—Nosotras tuvimos una infancia muy traumática —decía Alicia, ya sentada, más calmada y sujetando un vaso con agua que bebía a sorbos—. Cuando éramos niñas sucedió algo muy impactante en mi casa. —La chica bajó la mirada, como quien siente vergüenza de su vida, de su historia, de su pasado—. Mi madre estuvo presa por… por…

—No te preocupes, no tienes que decirlo —Diego se acercó a ella, deslizándose por el sofá, agarró sus manos y ella, nerviosa, le sonrió.

—El caso es que estuvimos en un orfanato y luego nos adoptó una pareja —prosiguió la joven —. Otilia cumplió la mayoría de edad primero. Ella es tres años mayor que yo. Para mi sorpresa, o no tanta, se desentendió de mí —sonrió sin ganas, asimilando su mal chiste—. Se marchó, no quiso que siguiéramos juntas. No supe más de ella. Cuando cumplí dieciocho, tras vivir sola y ganarme la vida como mesera en un bar, mi madre cumplió su condena y regresé con ella. Mi madre era una buena mujer, únicamente fue víctima de algunas circunstancias y de los nervios.

Una lágrima se escapó de uno de sus ojos, se deslizó por su mejilla, se posó en sus labios y luego rodó hasta su barbilla.

—No tienes que decirnos más —dijo Pamela apenada.

—Sí, sí quiero. —Sonrió dulce—. Mi madre buscó por varios años a Otilia, pero no la encontró. Murió sin saber de su hija. Y lo más triste es que mi hermana es el punto principal de todo lo que sucedió.

Pamela y Diego estaban muy curiosos. Al parecer, existía un recóndito secreto que no conocían de su madrastra; sin embargo, no se atrevían a preguntar más allá de lo que contaba Alicia.

—Cuando conocí a Ramón, tal vez unos meses después de que se casara con mi hermana, él me hizo creer que la ayuda que me daba provenía de Otilia. Al principio le creí hasta que tuvo que contarme la verdad, porque insistí en que quería verla. Entonces supe que era él quien estaba interesado en que yo no pasara vicisitudes. Me dijo que sabía nuestra historia porque mi hermana se la había contado, haciendo unos cuantos ajustes en su versión, claro. De igual forma, no voy a entrar en detalles, porque gracias a que tuve la oportunidad de contarle a Ramón lo que verdaderamente había sucedido, él pudo entender mejor por qué estamos distanciadas. A pesar de todas las mentiras que ella le contó, la perdonó, porque era un amor de hombre y sé que jamás le habló del tema. Yo no iba a aceptar venir a vivir a este lugar, pero si había algo que su padre anhelaba, era que me reconciliara con Otilia. No tengo ni la menor idea de si eso va a llegar a suceder, pero entre nosotras hay conversaciones pendientes que no se pueden dejar pasar por alto. Así que, aquí estoy.

Diego y Pamela se miraron, y aunque uno no sabía lo que pensaba el otro, en la mente de ambos albergaba el mismo pensamiento: lo difícil que iba a ser la vida para Alicia en aquella casa.

Capítulo 3
Con sus propias manos

Cuando Otilia se casó con Ramón Quintana, comenzó a rodearse de personas con la misma posición social de su marido, entre las que destacaba la familia Peñalver. La desgracia que sucedió en esta familia fue impactante y muy comentada por la zona. La esposa de Gustavo Peñalver, al enterarse de que este la engañaba con una bailarina de un club, decidió pedirle el divorcio y marcharse de aquella hacienda. Lamentablemente, la mujer murió en su auto, en un terrible choque con sus dos hijos de diez y doce años, antes de lograr siquiera pisar el hotel al que se dirigían.

—No lo pude creer cuando te vi entrar por esa puerta. La mismísima Otilia Gutiérrez —dijo entusiasmado el hombre.

—Viuda de Quintana —aseveró la joven.

Se dieron un gélido abrazo.

—Después de la muerte de Gloria y los niños, llegó la enfermedad de Ramón y ya no volvimos a coincidir.

Gustavo se llevó el puro a la boca y le dio una calada para luego soltar el humo. Ambos se sentaron, el hombre en la silla detrás de su buró y Otilia frente a él.

—¿Y se puede saber que te trae por aquí?

—Es muy bonito tu despacho —dijo Otilia, ignorando la pregunta de Gustavo, mientras detallaba minuciosamente el lugar, observando cada adorno de mal gusto y cada cuadro que estaba colgado en aquellas paredes—. El de casa necesita ser renovado, pero me imagino que Diego se encargará de eso. Supongo que él lo usará más ahora que Ramón no está.

—¿Y cómo lo lleváis tú y «tus hijos»?

Ambos sonrieron burlones.

—Los tres tenemos un carácter muy difícil, así que ya te puedes imaginar —aseveró Otilia, se levantó de su silla y caminó hacia el buró para plantar sus nalgas en aquella mesa y cruzar las piernas de una forma sensual.

—Aún no me has dicho qué te trae por aquí —reiteró Gustavo mientras admiraba aquella silueta.

—Pues es que estaba muy aburrida, atormentada por tener a mi hermana en casa y pensé: «¿Por qué no visitas a un amigo que no ves hace mucho tiempo?». Y aquí estoy.

—Espera—dijo Gustavo e inclinó el cuerpo hacia delante—, ¿tienes una hermana y está en tu casa?

—No quiero hablar del tema, por favor…

—Vale —dijo Gustavo y dio otra calada al puro—. Estos son de los mejores, directamente desde La Habana, Cuba…, ¿quieres probar? —Dio otra calada y extendió su mano.

—No, gracias, soy más de cigarrillos —aseveró Otilia.

—¿Sabías que el creador de esta marca era español? Jaime Partagás, de ahí su nombre. —Disfrutaba cada calada que le daba al puro.

Otilia se miró las uñas y respiró hondo mostrando desinterés por lo que aquel hombre le decía.

—Corriste con suerte en encontrarme aquí, preciosa. Llegué apenas ayer. Estaba fuera del país desde hacía meses. No sé si te diste cuenta de lo desastrosa que está la casa. Me arrepiento de haber echado a todo el personal que se encargaba de la finca. Necesito chicas que se ocupen de todo, comida, limpieza…, y si son complacientes conmigo, pues mejor. —Sonrió descarado—. Ya he hecho unas cuantas llamadas para hacer varias entrevistas. Cuanto antes contrate, mejor. Realmente pensé que no regresaría, pero se me ocurrió hacer algunos negocios por acá.

Hubo un silencio de al menos un minuto en el que Otilia observaba desde su ángulo la calva de Gustavo que intentaba taparse, sin éxito, con unos cuantos cabellos canosos mal peinados. Y donde Gustavo, desde su ángulo, observaba las piernas de Otilia.

—No entiendo cómo Ramón nunca sospechó ni indagó ni llegó a sus oídos la joyita que tenía como esposa.

Otilia mostró una ingente sonrisa, dejando así a la vista sus hermosos y perfectos dientes.

—Pues porque soy muy inteligente —dijo, y tocó con su dedo índice la punta de la nariz de Gustavo.

—Pues sí. No sé cómo lo hiciste, pero jamás se enteró de que fuiste puta en aquella casa de citas que había en Madrid. ¿Cómo era que se llamaba? —Hizo memoria por unos segundos—. Zapatos Rojos o algo así…

—Tacones Rojos —aseveró Otilia.

—¡Exacto! Y tampoco se enteró de que tuve el privilegio de probar todo esto… primero que él —dijo, y posó su mano izquierda en el muslo de Otilia.

La viuda apartó sutilmente la mano del hombre de su muslo y se puso de nuevo en pie, acomodando, con ese gesto que ya tenía incorporado, su ajustado vestido *strapless*, negro.

—Además, eso fue hace muchos años, ni siquiera pensaba conocer a Ramón por esas fechas.

—Sí. Te vino como anillo al dedo hacerte enfermera para luego cuidar de él. Literal, como anillo al dedo. —Se carcajeó.

Otilia sonrió desganada, ella no encontraba la gracia en el chiste.

—Jamás volvimos a hablar de lo que sucedió entre nosotros.

—Entre nosotros no ocurrió nada más allá de un servicio al cliente. Y fue solo una vez —aseguró Otilia.

—No ocurrió nada más porque no quisiste.

Gustavo agarró el bastón que estaba a su lado y se levantó cojeando, apoyándose de su fiel compañero.

Tenía solo veinticinco años cuando sucedió. Estaba en una de esas fiestas que se realizaban en uno de los bares de la zona. Iba muy borracho cuando decidió irse y, como de costumbre, discutió con sus dos amigos que decidieron abandonarlo porque no soportaban su carácter de mierda cuando se pasaba de copas. Al entrar por un callejón oscuro y sombrío, dos maleantes que rondaban por allí, al verlo ebrio y desprotegido, se acercaron y lo atacaron para asaltarlo. Él puso resistencia, cosa que no hubiera hecho con sus cinco sentidos. Uno de los dos, que iba armado, sacó su pistola, apuntó a lo loco y tiró del gatillo. El disparo fue directamente a la tibia del pie izquierdo de Gustavo.

—Si cuando mi mujer falleció tú no hubieses sido la esposa de Gustavo, te hubiera pedido matrimonio. De hecho, alguna vez quise proponerte que fueras mi amante a cambio de bienestar, pero después lo pensé mejor y caí en cuenta de que ya no eras la chica de Tacones Rojos, aquella que estaba necesitada.

—Exactamente…

—De hecho —dijo el hombre que, renqueando, llegó hasta la pared que le quedaba a su derecha, apoyó el bastón en esta y quitó un cuadro que colgaba.

Era de un señor que causaba susto y pena a la vez con aquel espantoso bigote prominente, unas ojeras muy marcadas que al parecer el pintor no se tomó el trabajo de corregir, y unas entradas muy destacadas. Vamos, que el tipo era un cuadro, literal.

Gustavo apoyó el dibujo en el suelo, pegado al buró. 4, 5, 1, 2, 1 y 0. Fueron los números que Otilia vio que el hombre puso en aquella caja fuerte que estaba escondida detrás del cuadro. La viuda pensó en lo básico y estúpido que había sido al poner una contraseña con las edades con las que habían muerto su esposa y sus hijos.

—Una vez, incluso, te compré este collar para proponértelo.

Los ojos de Otilia se iluminaron como los de un cuervo atraído hacia el brillo. La mujer quedó encantada con lo que Gustavo le mostraba. Era un collar de brillantes en forma de serpiente y los ojos eran esmeraldas.

—¡Es precioso!

—Sabía que te encantaría.

Tras aquel regalo, Otilia se vio con un sensual camisón transparente que no dejaba a la imaginación absolutamente nada. Modelaba aquel collar para Gustavo, en su cuarto de baño. El hombre estaba metido en una bañera con patas y solo se le veía el cuerpo del pecho hacia arriba, el otro extremo estaba desaparecido entre las burbujas.

—¿Te lo vas a pensar?

—¿De qué hablas? —inquirió la joven.

—De volver a ser lo que éramos antes. Ya no tienes que rendirle cuentas a tu esposo.

Otilia se desplazó desde la vista del hombre hasta su espalda sin decir una sola palabra, puso sus manos en los hombros de este y comenzó a masajear muy despacio. Gustavo se relajó.

—Nunca fuimos nada, Gustavo, ya te lo dije. Y esa vida, de hecho, nunca existió.

—Sí existió, preciosa —bufoneó Gustavo—. Tienes que entender que esas páginas de tu libro, aunque las rompas, las quemes, siempre estarán ahí, en el pensamiento de todo el que te conoce y te conoció.

Otilia comenzó a masajear con más fuerza.

—Tú no eres más que una puta disfrazada de…

Las palabras de Gustavo se desvanecieron entre el agua y las burbujas. Otilia empujaba hacia abajo con mucha fuerza el cuerpo del hombre que intentaba salir a la superficie de la tina entre manotazos y gritos ahogados mientras observaba, sumergido a través del agua, el desencajado rostro de su atacante. La mujer seguía empujando con más ímpetu entre una marea de espuma causada por el gel y las sales. Las manos de Otilia, presionando aquellos hombros, le hacían sentir a la víctima que eran las garras de un halcón cuando atrapa a su presa sin dejarla escapar. Las uñas clavadas en su piel dolían, y él ni siquiera sabía por qué no tenía la fuerza suficiente para salir de aquella situación. Lo de Otilia era una fuerza sobrehumana.

Desde su primer amor hasta el disparo en su tibia, la boda con Gloria, el nacimiento de sus hijos y la muerte de estos, todo pasó por la mente de Gustavo como una película antes de que toda esa agua que se le metía por la nariz y la boca se alojara en sus pulmones. Cuando el hombre dejó de manotear, Otilia volvió en sí y toda mojada, jadeando, extenuada, se sentó en el suelo empapado y tapó su cara con las manos temblorosas. No era lo mismo incitar a alguien para que acabara con la vida de tu esposo que acabar con la vida de alguien usando tus propias manos.

Capítulo 4
Mi trauma

Era noviembre de 1939. La segunda noche del mes en la que ese hombre al que llamé padre alguna vez se metía a mi cuarto y me manoseaba las piernas mientras yo me hacía la dormida y él se masturbaba. ¿Cómo puede alguien hacerle eso a su propia hija de tan solo trece años? Ahí estaba yo, con muchas ganas de que los minutos, que parecían horas, pasaran como si fuesen segundos. Las lágrimas que salían de mis ojos se posaban en la almohada que ya sentía fría de lo mojada que estaba. No sé si él sabía que en realidad no dormía, y tampoco sabía si eso que me hacía también se lo había hecho a mi hermana de diez años que dormía en una cama adyacente a la mía. Tal vez en alguna otra ocasión lo hizo y no me enteré.

Cuando escuché a mi madre entrar por la puerta de la habitación, sentí tranquilidad porque sabía que él dejaría la cochinada que hacía mientras me tocaba las piernas, pero también sentí una angustia profunda porque sabía que terminarían discutiendo, y sus discusiones terminaban con moretones en el rostro de mi madre.

Ahí estaban. Repartiéndose a gritos el uno al otro. Yo había escuchado noticias sobre la caótica Segunda Guerra Mundial, y estaba totalmente convencida de que en mi casa ocurría la Tercera en ese momento. Mi madre vociferaba improperios entre los que destacaban «hijo de puta» y «asqueroso», mientras él se defendía diciéndole «vieja inútil», «ya no me pones». Mi hermana se acostó a mi lado, asustada. Y como era de esperarse, mi madre terminó con moretones en la cara y sangre en su nariz y boca.

Recuerdo la última noche como si fuera este instante. Habían pasado varios días desde la última vez que me abusó, y aunque la casa era un mar de tensión, había tranquilidad. Al menos silencio. Era día de Acción de Gracias y un pavo, que se veía delicioso, embellecía la mesa, nuestra mesa, la mesa en el centro de aquel comedor de nuestra casa, situada en Carabanchel. No éramos personas ricas, pero tampoco pobres. Se puede decir que éramos de clase media baja, porque al menos la comida nunca faltó en mi casa. Mi padre era un hijo de puta, pero nos alimentaba.

Estábamos todos sentados a la mesa y se respiraba mucha tensión en el ambiente. Mi hermana Alicia y yo nos sentamos una al lado de la otra. El hijo de puta estaba sentado en una silla que quedaba justo frente a mí, mientras que mi madre, de pie, nos servía a cada uno en su plato; parecía la sirvienta de la casa. Ese desgraciado comenzó a beber y a beber. Yo sabía lo que eso conllevaba, por lo tanto, mi corazón latía con mucha fuerza y mi mente deseaba que nunca llegara la hora de dormir. Y no llegó. Recuerdo ver a mi padre muy ebrio, hablando barbaridades y siendo desagradable como él solo sabía, y también recuerdo a mi madre parada

detrás de él, vertiendo en su cabeza un líquido que no supe qué era hasta que llegó el olor a gasolina a mi nariz. La vi encendiendo un cerillo y lanzándolo hacia él. El hijo de puta gritaba de dolor y se retorcía mientras las llamas devoraban su cuerpo. Mi hermana y yo gritábamos de angustia y mi madre no mencionaba palabra, solo observaba cómo la vida de ese hombre se desvanecía con la misma rapidez con la que las llamas consumían su cuerpo. Recuerdo ver gran parte de la casa consumida por el fuego y a los bomberos que corrían de un lado para el otro mientras unos paramédicos nos atendían a Alicia y a mí, sentadas en una ambulancia. Y recuerdo también, cómo aquel coche de Policía se llevaba a mi madre, que seguía sin mencionar una sola palabra.

Capítulo 5
Malas noticias para la viuda

Otilia estaba en shock. El cuerpo de Gustavo yacía sin vida en aquella bañera y ella se sentía por primera vez como una mosca sin escapatoria atrapada en una telaraña. Respiró profundo, volvió a hacerlo, se levantó más calmada y secó el baño con celeridad. Se miró en el espejo de aquel tocador, resopló y abrió uno de sus cajones. Agarró una secadora de pelo y la usó mientras se miraba al espejo y pensaba que ese artefacto había pertenecido a la difunta esposa del ahora difunto Gustavo. Metió la ropa que tenía mojada en una bolsa de plástico para tirarla o quemarla, aún no pensaba en ello, y se vistió con la que ya traía.

Limpió minuciosamente cada lugar con el que pudo haber tenido contacto, y luego buscó una cuchilla de afeitar en el mismo tocador de antes para hacer unos largos cortes en ambos brazos del cadáver para simular un suicidio. Luego, los sumergió en la bañera y se detuvo a observar por unos segundos cómo el agua se tornaba de un rojo intenso.

Otilia se marchó de aquella casa, no sin antes sacar de la caja fuerte lo suficiente como para sentirse satisfecha y lo necesario como para que no se dieran cuenta del robo.

Eran casi las dos de la tarde cuando Pamela y Alicia animaban a Diego para que comiera con ellas. Él aceptó y luego de una ducha, se reunió con las chicas en el comedor de la cocina. En realidad disfrutaban mucho comiendo en ese sitio desde que eran pequeños, porque les gustaba el olor a hogar que siempre se respiraba.

—Veamos qué preparó la cocinera más experimentada de Socuéllamos —dijo Diego sonriendo y presionó con sus dedos las mejillas de la mujer que estaba de pie frente a la cocina.

Carmen era cocinera de aquella casa desde antes que ellos nacieran. Una señora pasadita de peso, que al verla, daba la sensación de que la cocina era lo suyo. Diego la trataba justamente como sus padres siempre lo hicieron, como una más de la familia.

—No hagas esas cosas, Diego —refunfuñó la mujer poniendo los ojos en blanco, ya que no le gustaba que él hiciera siempre aquello de apretarle los cachetes.

—Qué bien huele, ¿no? —manifestó Alicia.

—Siempre. Es que Carmen es la mejor, pero eso ya lo sabías —aseveró Pamela, y ambas sonrieron.

Muy cierto era que en los dos meses que llevaba Alicia viviendo en aquella casa no podía quejarse ni decir que hubo, al menos, una vez en que cocinara algo que tuviera mal sabor.

—Es una pena que no hayas podido hablar con Otilia como has querido —manifestó Pamela.

—Pues ni me mira. Pasa por mi lado como si yo fuera un jarrón.

—¿Podéis dejar de hablar de ella? Estamos comiendo —espetó Diego.

—No. Aún no comemos —replicó Pamela.

Alicia posó su mano encima de la de Diego.

—No discutáis por tonterías. Mejor contémosle a tu hermana…

Pamela los miró confundida por unos segundos, pero enseguida entendió y las comisuras de sus labios se ampliaron mucho.

—Por favor, decidme que no estáis bromeando con esto —dijo emocionada.

Sucedió justo siete semanas después de que Alicia llegara a aquella casa. Fue esa mañana en la que tomaba el sol recostada en la tumbona, frente a la piscina. Mientras leía un libro, Diego se le acercó y le preguntó qué tipo de lectura le gustaba y ella le sonrió para luego responderle que los libros de romance y los de *thriller* a lo Agatha Christie. Le comentó que recientemente había leído *Asesinato en el Orient Express* y que había quedado enamorada del personaje de Hércules Poirot por su perspicacia. Diego solo sonreía porque ya lo había leído, pero no quería interrumpir a Alicia al verla tan entusiasmada hablando sobre aquella lectura.

Luego de tenerlo sentado, tomando el sol a su lado en otra tumbona, por un rato, sin camiseta, verlo salir y entrar de aquella piscina todo mojado con el bañador pegado a su entrepierna, que se podía definir perfectamente, Alicia se dio cuenta de que ya no estaba prestando atención a la lectura. Él la observó en ese momento justo en que la vista de la joven recorría cada centímetro de su cuerpo, inspeccionando cada vello, cada músculo e imaginando un montón de cosas que no debía, o sí.

Diego la miró a los ojos y fue una conexión inmediata. Ambos se preguntaron en ese instante cómo no se habían dado cuenta antes de que se gustaban tanto. Ni siquiera lo habían pensado en aquellos pequeños momentos en los que coincidían en la cocina a la hora del desayuno. O cuando ella lo veía hablar con los caballos como si fuesen personas, o él la veía acariciarlos como si fueran peluches y le provocaba una sonrisa con aquellos momentos tan dulces. O como aquel día que ella fue con Pamela a ver el pisado de la uva y quiso participar y él llegó justo en el momento en el que Alicia sonreía de felicidad mientras daba pequeños saltitos en el lagar y se carcajeaba melodiosamente mostrando todos sus dientes de la alegría. O cuando escuchaba que hacía reír tanto a Pamela como ni siquiera él lo había logrado. O cuando se percató de que, a pesar de tener la misma sangre de Otilia, eran tan diferentes. No se habían dado cuenta, no. Hasta ese momento.

Diego se sentó a su lado y agarró sus manos, estaban muy frías. Notó sus nervios, y si en ese instante hubiese tocado su corazón, se hubiera percatado de lo rápido que latía. Se miraron los labios por unos segundos hasta que él no pudo más y los besó. Jamás en la vida había sentido tanta dulzura en un beso. Sus labios se volvieron uno, sus salivas se mezclaron entre sus lenguas que se movían dentro de sus bocas y degustaron los labios del otro. ¡Y, diablos, qué bien olía! ¿Cómo era posible si no tenía ni una gota de perfume en su piel? El olor de la pureza, de la juventud, de la inocencia, del amor.

—Sí —dijo Alicia sonrojada—, hace una semana, y no sabíamos cómo contarte. Bueno, en realidad yo estaba demorando el momento porque tenía miedo de cómo reaccionarías.

—¿Estás bromeando? —chilló Pamela—. Ahora mismo soy la hermana más feliz de todo el

planeta. —Se levantó y abrazó a Alicia con dificultad por detrás de su silla—. Eres la mujer indicada para mi hermano y estoy muy, muy feliz de que hayas llegado a su vida, a nuestras vidas.

Una lágrima se escapó de uno de los ojos de Alicia y la alcanzó con tiempo para secarla antes de que llegara a su mejilla. No se había sentido amada desde hacía mucho tiempo y eso la emocionaba. No había sentido lo que era un afecto sincero desde que su madre había muerto.

—¿Cuál es el motivo por el que estáis tan contentos y del cual yo no soy partícipe?

Aquella voz hizo que las sonrisas de todos se desdibujaran de sus rostros.

—Diego y yo somos novios —respondió Alicia con unas palabras que se convirtieron en cuchillos para los oídos de Otilia, pero quien, aun así, pudo disimular muy bien lo mal que le había sentado aquella noticia.

—¡Vaya! Felicidades —respondió cortante.

—Gracias, y también quería preguntarte si…

—Sírveme de lo que ellos comen, Carmen —ordenó la viuda e interrumpió a su hermana sin importarle lo que esta tenía que decir.

Carmen respondió sin voltearse a mirarla. Para ella, la única señora de aquella casa había sido Rosalía. Aun así, tenía que servirle a aquella mujer tan desesperante.

La atmósfera estaba totalmente cargada en aquella cocina, era un silencio denso y frustrante. La tensión se podía respirar a la par que se podía sentir el maravilloso olor del guiso de Carmen.

—Ah, lamento tener que daros tan malas noticias en este instante donde estabais viviendo su momentazo, pero tal vez os pueda interesar lo que tengo que decir. —Bebió agua de su vaso—. Hace un rato, cuando estaba por el pueblo, escuché que habían encontrado muerto a Gustavo Peñalver.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —preguntó, confundido, Diego.

—Sí. Escuché que lo encontró una chica que iba a por trabajo o algo así, no sé. Al parecer, se suicidó —dijo Otilia, mientras Carmen colocaba el plato encima de la mesa, justo frente a ella.

Alicia se tapó la boca con las manos.

—¡Madre santísima! ¿Quién era?

—Un viejo amigo de la familia —dijo Pamela—. Pensamos que había superado la muerte de su mujer y de sus hijos, pero al parecer no. Es una pena. Pobre hombre. No imagino lo que es sentirse solo, sin familia. Porque no tenía más familia, ¿cierto?

—No, no tenía —aseguró Diego—. Tenía un hermano mayor que él, pero falleció hace algunos años, y ese hombre, que sepamos, no tuvo hijos. ¿Pero Gustavo no estaba fuera del país?

—Eso pensaba yo… —dijo Otilia fingiendo asombro.

Tras unos minutos de un silencio total, se volvió a escuchar la voz de la viuda.

—Bueno, fue un placer compartir esta comida con vosotros, pero estoy agotada. O, más bien, agotadísima. Tomaré una ducha y haré una siesta. Ah, nuevamente, felicidades.

Se levantó de la silla y desapareció detrás de las puertas de vaivén, estilo cantina del lejano Oeste que tenía aquella cocina.

—Qué pena lo que sucedió, pero igual sabéis que lo de la noticia fue para arruinar el momento,

¿verdad?

—Hermana, ya conocemos a Otilia…

—Pero aún sigo feliz —exclamó Pamela de nuevo con una ingente sonrisa dibujada en el rostro, y dio suaves palmaditas de felicidad.

Diego se sentía verdaderamente agotado. Había estado toda la mañana trabajando en las bodegas. Por esa razón, cuando se despidió de su novia y de su hermana, se retiró a su habitación para descansar un rato, y al abrir la puerta, se encontró con un difícil panorama. Otilia estaba totalmente desnuda encima de su cama y él, nervioso, se introdujo en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué demonios haces aquí, Otilia? —susurró nervioso.

—¿No es obvio? Esperándote.

—Sal de mi habitación en este instante, por favor.

Otilia se desplazó por la cama con aquella perfecta figura. Y aunque no tenía un superoído y tampoco había tocado el pecho de Diego, sabía que el corazón de este estaba a punto de salirle del pecho. Se paró frente a él y con la mano le agarró el miembro por encima del pantalón.

—Al parecer tu pequeño amigo no quiere que me vaya.

Él le apartó la mano, molesto.

—¿Qué demonios quieres de mí, Otilia? —preguntó desesperado.

El nivel de seducción de esta mujer era inmensurable. Ella era hermosa y lo sabía. Con el cuerpo totalmente al descubierto, como la Venus del cuadro de Botticelli, se acercó aún más a Diego y le dio un abrazo haciéndole sentir pegado a su pecho, sus pezones duros que le afirmaban a él lo excitada que estaba y las profundas ganas que tenía de que le hiciera el amor.

—Otilia, por favor, lárgate, déjame en paz.

Lo besó. Él le respondió el beso, pero recapacitó y la empujó.

—No quiero, Otilia. En serio, estoy bien con tu hermana, ella me gusta —dijo Diego a aquella mujer que lo hizo obnubilar con tanta facilidad en anteriores ocasiones.

—Tus labios dicen no, pero tu cuerpo —aseveró la mujer y volvió a tocarle el paquete que se le marcaba entre las piernas. Él volvió a apartarle la mano.

—¡Joder! ¿Cómo quieres que esté? —increpó Diego—. Eres una mujer espectacular, Otilia. Eres hermosa, tengo un sexo genial contigo, me atraes demasiado, pero no está bien. Esto que siento por ti es deseo ¡Mírate! — chilló—. ¿Quién no va a querer tener sexo con semejante mujer? Eres una diosa. Pero ya una vez fue suficiente. No pienso volver a engañar a alguien que quiero y que me interesa.

Otilia estaba asombrada. Jamás escuchó a Diego admitir todo el deseo que sentía por ella y le molestaba que el momento fuese opacado por sus sentimientos hacia Alicia.

—¿Estás muy interesado en mi hermana? —preguntó desconcertada.

Diego hizo un silencio de varios segundos. Y luego respondió:

—Yo estoy enamorado de tu hermana.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Otilia como la espada de Excalibur estuvo encajada en aquella piedra, de un modo que sería casi imposible volverlas a sacar de ahí. Nunca lo había admitido, pero, en realidad, por Diego sentía algo más que un simple deseo. Lo amaba, lo amaba con la intensidad que jamás creyó que amaría a ningún hombre.

—Por favor, Otilia, sal de mi habitación.

La viuda presionó sus puños con mucha fuerza, tanta, que luego se daría cuenta del daño que se había hecho en las palmas de las manos con sus propias uñas. Agarró su ropa, se vistió e hizo caso al pedido de Diego. Esta vez no se volteó ni le mostró aquella sonrisa cínica. Simplemente salió de aquella habitación totalmente derrotada.

Capítulo 6
Causa y efecto

Aquella mañana se percibía mucho movimiento en la finca La Rosalía. Habían pasado cuatro meses desde la muerte de Ramón y los hermanos Quintana estaban contentos de preparar una fiesta. La primera fiesta después de aquellos días grises. No era una fiesta cualquiera, era la del compromiso de Diego y Alicia.

Luego de varias horas de preparativos, el sol comenzó a ocultarse y el cielo decidió mostrar unos hermosos tonos rojizos. Cuando comenzaron a llegar los invitados, la anfitriona, Pamela, los esperaba espectacular, con aquel peinado alto que dejaba admirar su jovial rostro, un hermoso vestido verde entallado en la cintura y de falda corte princesa hasta las rodillas, que dejaba ver sus bonitas piernas, y los zapatos rojos de tacón que se había comprado justo para estrenarlos aquella noche.

La primera en llegar fue Gloria Aristizábal, amiga de la familia desde hacía varios años; en realidad, muchos años. Había estudiado en la universidad con Ramón, de hecho, vivieron un tórrido romance de juventud, pero después solo se convirtieron en muy buenos amigos, aunque un tiempo estuvieron distanciados porque ella había querido ser la madrina del primer hijo de Ramón, pero Rosalía ya había elegido a una madrina y se trataba de una amiga de su infancia. Después nació Pamela, y ahí logró que la tuvieran en cuenta.

—¡Madrina!

—Pero qué guapa estás, mujer —exclamó Gloria, y abrazó a su ahijada.

La mujer venía acompañada de tres más. Todas vestían muy elegantes. Se notaba a simple vista la opulencia con solo mirar sus vestidos que definitivamente eran comprados en tiendas de alta costura.

—Déjame presentarte a mis amigas. Ellas son, Lidia, Diana y su hija, Marisol.

Pamela las saludó con mucha educación y recibió un trato similar, exceptuando a Marisol. Esta chica era de las que miraba por encima del hombro a los demás por el simple hecho de ser una niña rica, mimada y acostumbradas a todas las comodidades habidas y por haber.

—Venir desde Francia a un lugar donde los mosquitos te devoran como si fuesen vampiros, no le veo lógica ninguna —refunfuñó la joven y se acomodó las perfectas ondas de su cabello rojo. Lidia y Diana estaban muy avergonzadas por tal comportamiento—. Si me dices dónde están las bebidas, creo que seré más feliz.

Pamela estiró el brazo hacia alguna dirección y la joven fue hasta allí, detrás su madre y la amiga de esta, quienes, al parecer, la reñían por su comportamiento.

Pamela y su madrina sonrieron.

—Malditas citadinas —bufoneó Gloria—. Y dime, ¿dónde está Diego? Quiero darle un abrazo, conocer a la novia. ¿Es guapa?

—Guapísima, madrina, y muy buena chica.

—Bueno, esperemos que tenga la belleza de su hermana, pero no su carácter de mierda.

Sonrieron.

Gloria coincidió en una sola ocasión con Otilia. Había sido justamente en la primera visita que hizo a la finca cuando apenas habían pasado solo tres meses de la boda de Ramón con aquella mujer. Era el cumpleaños de Pamela, y Gloria recordaba lo impertinente que había sido Otilia por el simple hecho de estar rememorando viejas anécdotas de cuando eran jóvenes y habían sido novios.

—No, no lo tiene. Son muy diferentes.

—Por cierto, ¿dónde está esa?

—No ha salido de su habitación y tampoco creo que lo haga. Ella y su hermana no se llevan nada bien.

Gloria hizo un gesto de desagrado y Pamela le dijo que luego continuaría con la charla porque tenía que seguir recibiendo a los invitados que iban llegando.

Sonaba *Heartbreak Hotel*, de Elvis Presley en el tocadiscos de vinilo, cuando llegó Diego y saludó a Gloria y a sus amigas; Marisol quedó impresionada por la galantería de aquel hombre tan apuesto. Pero solo obtuvo de él un simple «hola».

—Es muy guapo, ¿cierto? —dijo Gloria y enroscó su brazo con el de Diego—. Pero además es muy inteligente, sigue los pasos de su padre y por el camino que va, lo superará.

—Qué va, mi padre es insuperable.

—Qué pena que no pude venir a su entierro, me dolió muchísimo su muerte. —El rostro de Diego reflejó añoranza y Gloria se dio cuenta de que no era momento de hablar cosas tristes—. Según sé, el padre de Ramón comenzó este sueño del vino desde muy joven, todos pensaban que estaba loco y mira lo que logró. De no tener nada, a tener…, ¿cuántas, mi niño?

—Hoy en día, cuarenta y cinco hectáreas, treinta y tres de variedades tintas, y doce de variedades blancas —dijo orgulloso—. Mi abuelo le inculcó a mi padre su pasión por el vino, no lo conocí, pero dicen que era un hombre increíble.

—Lucio Quintana se lo inculcó a Ramón, y Ramón a ti.

Diego lanzó un beso al aire, mirando hacia arriba y consciente de que, fuera donde fuese que estaba su padre, se sentiría orgulloso de lo que él hacía.

—Vaya, qué interesante —exclamó la joven pelirroja y bebió de la copa que tenía en la mano.

Minutos después, apareció Alicia que bajaba por las escaleras que conducían a la segunda planta. Se veía preciosa, con un recogido en el cabello, muy a la moda, y que posiblemente le había hecho Pamela, un maquillaje muy leve porque tenía un rostro precioso y juvenil que no necesitaba tanta cosmética. Llevaba un vestido toples, negro, ajustado en la cintura, corte de princesa. Diego quedó impresionado, y fue justo en ese momento que comprendió por qué su hermana quería ir a solas con su prometida a Madrid para comprar los vestidos.

—Pero qué hermosa eres, muchacha —ovacionó Gloria—. Se quedaron cortos con las

descripciones. Déjame que te dé un abrazo.

Alicia no tenía ni idea de quién era esta mujer, pero le respondió el gesto.

—Mi amor, estás impresionante —maravilló Diego—. Ella es mi madrina, Gloria, es…

—En realidad, soy la madrina de Pamela —interrumpió Gloria—, porque me quitaron el privilegio de ser la de Diego. —Se escapó una carcajada melodiosa de su garganta.

—Bueno, para mí también eres mi madrina.

—Uy, si tu madre te escuchara…

—Estoy muy nerviosa —tartamudeó Alicia al ver que había alrededor de treinta personas en aquella sala. Diego tomó sus manos.

—No te preocupes por la gente. Solo somos tú y yo. Además, son todos de confianza, amigos míos y de Pamela del colegio, algún que otro amigo y amiga de papá, mi madrina y, no me interrumpas —le dijo a Gloria al ver que esta tenía la intención de abrir la boca para volverle a rectificar—, sus amigas. Tú relájate.

—Solo no me sueltes la mano.

—No lo haré —aseguró él.

—Estás hermosa, Alicia —dijo Pamela que se acercaba— ¿Estás cómoda? ¿Cómo lo llevas con los tacones?

—Estoy aterrada de que me pueda caer.

—No te preocupes. —Sonrió Pamela—. Ya verás cómo te acostumbras.

Esta vez sonaba en el tocadiscos de vinilo *Bésame mucho* en la voz de Consuelo Velázquez.

Diego y Alicia, con sus cuerpos muy juntos y sintiendo el calor el uno del otro, bailaban al compás de aquella música. La joven reposaba su cara en el pecho de Diego, haciéndole percibir ese olor que tanto le gustaba de ella mientras sentía la respiración en su pecho. Al terminar la canción y comenzar a reproducirse otro maravilloso bolero, él se apartó de su novia con una sonrisa dibujada en sus labios y con los ojos pequeños, llenos de ilusión. Metió la mano en el bolsillo de su elegante pantalón azul burdeos, el cual hacía juego con su saco. Acomodó su corbata marrón, sacó la mano y esta venía acompañada de una pequeña cajita.

Los ojos de Alicia brillaban y sus manos taparon su cara, emocionada.

—Alicia…—dijo y se arrodilló.

Diego no pudo terminar la frase.

—¿Y pensáis hacer esto sin la bendición de la hermana?

Todos se giraron hacia donde escucharon que provenía aquella voz, a las escaleras que llevaban a la segunda planta.

Ahí estaba ella tan hermosa como siempre. Llevaba un vestido parecido al modelo que usó Marilyn Monroe en su película *The seven year itch*, ese que se le levantaba a la protagonista en las rejillas de ventilación del metro. La diferencia consistía en que el de Otilia era totalmente negro, y además decidió acompañarlo con unos guantes largos del mismo color del vestido.

—Ahora no, Otilia, por favor —suplicó Pamela.

Las personas cuchicheaban mientras aquella impresionante mujer bajaba las escaleras deslizando su mano por la larga barandilla de un modo elegante mientras los observaba a todos.

Llegó al final de las escaleras y con su sensual caminar, se acercó a su hermana y le dio un abrazo. Esta se quedó estática.

—Un abrazo al futuro esposo —dijo y fue hacia Diego, pero este dio unos pasos hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Le vas a hacer ese desaire a la hermana de tu prometida?

—Hoy no, Otilia, por favor.

—Pero si solo os estoy dando mi bendición. No entiendo por qué estáis tan nerviosos.

Pamela y Diego estaban conscientes de que su madrastra se había presentado ahí con el único objetivo de arruinar el momento.

La viuda fue hasta el tocadiscos y quitó la música.

—Quiero que escuchéis alto y claro —sentenció—. Esto lo hago por el bien de mi hermana y porque quiero que tome mejores decisiones en su vida. —Se giró hacia ella y se le acercó lentamente. Todos prestaban atención y Marisol pensó que tal vez haber venido desde Francia hasta un lugar donde te devoraban los mosquitos como si fuesen vampiros no había sido tan mala idea—. Las relaciones se basan en la confianza y tú no puedes embarcarte en una relación con un hombre que desde el primer momento está siendo deshonesto contigo.

—¿De qué hablas? —preguntó Alicia y se giró preocupada para mirar a Diego.

—Otilia, por favor… —suplicó Diego.

La viuda sonrió cínica al ver los nervios del hombre.

—Ya basta, Otilia —chilló Pamela que se imaginaba lo que Otilia estaba a punto de hacer.

Pamela sabía todo lo que había sucedido entre su hermano y su madrastra, porque él mismo se lo contó con lágrimas en los ojos al día siguiente de haber engañado a su padre. Y aunque él insistía en que debía contárselo, ella fue la que lo convenció de no hacerlo, porque su padre comenzaba a sentirse mal por su enfermedad y aquella noticia podía afectarlo. Eso sí, Diego jamás le contó a su hermana que había ocurrido por segunda ocasión.

—¿Sabías que, mientras mi esposo estaba moribundo en una cama, este maravilloso hombre que está a punto de pedirte matrimonio engañó a su padre teniendo sexo conmigo?

Los murmullos incrementaron.

—¡Sí, tuve una aventura con mi hijastro! —gritó.

Gloria se sentía impactada por todo lo que escuchaba salir de los venenosos labios de aquella mujer. Jamás pudo imaginar que su querido Diego fuera capaz de hacerle algo tan ruin a su padre.

—Ya basta, Otilia —vociferó Diego y la agarró de un brazo. Alicia meneaba la cabeza en un gesto de negación.

—Y no fue una vez, fueron dos —aseveró Otilia.

Esta vez fue Pamela la que sentenció a Diego con la mirada, frunciendo profundamente el ceño.

—¡Ya basta, Otilia! —gritó Diego.

—Y esta mujercita —señaló a Pamela—, lo sabía y tampoco te dijo nada. ¡Vaya forma de querer!

Los ojos de Alicia se humedecieron, su garganta se cerró por la tristeza que la invadía, mientras

veía cómo todos la observaban y cuchicheaban, al igual que Marisol, que se reía cínica disfrutando del espectáculo.

—Por favor, Alicia, déjame explicarte… —dijo Diego y le agarró las manos.

—¡Suéltame! —gritó la joven y lo empujó. Luego se quitó los tacones, los dejó tirados en el suelo y subió corriendo las escaleras hasta perderse de la vista de todos. Diego fue tras ella.

—¡Eres una sinvergüenza! —sentenció Pamela y le dio una bofetada a su madrastra, dejándola impactada porque no se lo esperaba. Pero segundos después, Otilia se la respondió, y las dos terminaron peleando, dándose bofetadas la una a la otra, tiradas en el suelo como dos leonas, dos panteras, dos bestias que pelean a muerte mientras Gloria intentaba separarlas.

Aún Arnaldo no había recibido su primer paciente del día cuando Otilia entró por la puerta de su consultorio sin pedir permiso e ignorando que la joven secretaria le pedía que no entrara. Ya había pasado un buen tiempo desde que la viuda había puesto los pies en aquel hospital por última vez.

—Perdone, doctor, intenté que no entrara, pero ella…

—No se preocupe, Lidia, por favor, cierre la puerta.

La joven salió fastidiada porque pensaba que no había hecho bien su trabajo.

—¿Qué quieres ahora, Otilia?

La mujer se sentó en la silla de pacientes y se acomodó mientras sacaba un cigarrillo de su cartera. No se le notaba por todo el maquillaje que usaba, pero en su rostro había algunos golpes, disfrazados de belleza.

—Necesito de ti…

Aquellas palabras retumbaron en los oídos de Arnaldo, porque él sabía perfectamente que no traían nada bueno.

—Otilia, me marcho del pueblo. Y no enciendas el cigarrillo, sabes que aquí no se puede fumar.

Ella hizo caso omiso a las palabras de Arnaldo y lo encendió.

—Tú no te vas a ir del pueblo —aseguró—. ¿Sabes por qué? Pues porque a ti no te conviene que de pronto a mí se me meta en la cabeza pensar que puedes haber sido negligente con mi esposo por causa de tu edad. O sea, una esposa, viuda, dolida por la muerte de su marido, será escuchada dondequiera que vaya. Y si le meto la mosca en la oreja a los hermanos Quintana, sabes que querrán exhumar el cadáver de su padre y hacer una autopsia. Eso no te conviene.

El doctor analizó todo lo que había salido de la boca de aquella mujer y sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón para secar el incipiente sudor de su frente.

—No nos conviene, Otilia.

—Sí, lo sé, pero también sé que en este momento te interesa más lo que te conviene a ti… ¿O me equivoco? —Dio una calada al cigarrillo y soltó el humo en la cara de Arnaldo.

Arnaldo respiró profundo y tosió.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó desesperado.

La viuda se levantó y caminó hasta la silla de Arnaldo, se inclinó un poco hacia su oído y soltó aquellas palabras en forma de susurro: «Quiero que diagnostiques a Pamela con la misma enfermedad de su padre».

Los ojos de Arnaldo se abrieron como dos pesetas, bien grandes.

—¿Estás loca? Eso no lo voy a hacer. Yo no sé de qué manera perdí el juicio la primera vez con mi amigo, mi amigo, mi amigo de toda la vida. No sabes la cantidad de veces que he pensado e imaginado qué hubiera sucedido si lo hubiese operado o medicado correctamente.

Arnaldo nunca más supo lo que era una noche plácida de sueño reparador desde que ayudó a aquella mujer a cometer tal atrocidad, nunca más pudo descansar, y no dejaba de hacerse el harakiri mental día tras día en los que sus pensamientos eran más que dedicados para el que alguna vez fue su mejor amigo.

—Relájate. Se hubiera muerto igual, estaba muy mal.

—Ya… Eso es lo que me digo a mí mismo para justificar la barbaridad que hice, pero no me pidas ayuda con esto, Otilia, por favor. Yo vi a esos niños crecer. No me puedes pedir que te ayude a matarlos. ¡Estás enferma!

La viuda tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó colocando uno de sus tacones negros encima.

—Cuando llegue el momento, ya sabes lo que tienes que decir. Yo me voy a encargar de que se debilite. Tu tarea aquí es simple, decir que tiene cáncer y listo.

—¿Pero cómo vas a hacerlo? No, mejor no me digas, no quiero saber.

—Arsénico —dijo con una sonrisa muy amplia dibujada en su rostro—. Con muy pequeñas dosis, el veneno se irá metiendo en su organismo, la irá debilitando poco a poco y no morirá de golpe. Será una muerte lenta y dolorosa.

—Eres muy cruel, Otilia, eso le creará una neuropatía periférica, va a sufrir mucho durante semanas, los dolores serán insoportables. Es muy peligroso lo que estás haciendo, eso pueden detectarlo en su sangre, en su cuerpo, incluso en su piel, según vaya avanzando el veneno, Otilia…

—Y para eso exactamente entras tú al juego. Eres el doctor de confianza. Si dices que es cáncer, será cáncer. Se muere la niña. Ataúd. Entierro. Nada de autopsias. Fin de la historia.

—Estás muy loca… muy loca…

El doctor Arnaldo no pudo contener las lágrimas. Lo correcto era mandar todo a la mierda. Presentarse en la Policía, confesar todo lo que había ocurrido con Ramón y contar los planes que ahora tenía esta mujer. Pero era un cobarde. Él nunca haría nada de eso.

—Nos vemos pronto —dijo Otilia con descaro y lanzó un beso al aire.

Luego de que la viuda se desapareció detrás de aquella puerta, Arnaldo agachó la cabeza y tras cavilar en lo que se estaba convirtiendo, agarró una foto que adornaba su escritorio junto a un jarrón verde, el cual tenía en su interior unas orquídeas preciosas, y observó aquel retrato donde posaba una joven con un birrete en la cabeza, sosteniendo un diploma.

—Me he convertido sin querer en un asesino, hija… Soy un asesino.

Unas lágrimas salieron de sus ojos y cayeron justo en el rostro de la jovencita en el retrato.

Otilia entraba al comedor de la finca justo en el momento en el que Carmen les contaba a los hermanos Quintana que había escuchado un rumor, donde se contaba que estaban investigando la muerte de Gustavo Peñalver. Según se decía, las autoridades creían que no había sido suicidio y que hasta ahora la principal sospechosa era la chica que supuestamente había ido a buscar trabajo.

—Pues sinceramente no creo que haya sido esa joven. En caso de no haber sido suicidio, claro —interrumpió la mujer.

Los hermanos miraron a la viuda, pero no dijeron una sola palabra. Ella siguió hablando.

—¿No decían que cuando lo encontró ya habían pasado dos días desde su muerte? No entiendo a la Policía de este país. ¿Se puede ser más inepto?

Otilia, en lugar de estar asustada, disfrutaba y sentía una confusa adrenalina al saber que estaba envuelta en aquel juego del gato y el ratón.

—Es que te prometo que no la soporto —alegó Pamela. Se levantó de la silla y se marchó del comedor.

Diego fue tras ella pidiéndole que ignorara a su madrastra y Carmen fue tras ellos para pedirle a «su niña» que no le despreciara la comida. Y fue justo en ese momento de soledad cuando Otilia aprovechó y dejó caer la primera gota de arsénico en la copa de Pamela. Ellos regresaron.

—¿Te puedo pedir un favor, Otilia? —solicitó Pamela, a quien, al contrario de su madrastra, no le importaba mostrar sus golpes y arañazos causados por la pelea que habían tenido hacía unos días—. Por favor, evita dirigirme la palabra.

Otilia se encogió de hombros e hizo una mueca burlona. Pero simplemente hizo caso y no mencionó palabra porque no quería que su hijastra se volviera a levantar sin antes beber de aquella copa. Y lo hizo.

Capítulo 7
Tacones rojos

1945. Año de cambios. En la radio se hablaba mucho del tema y manifestaban una total alegría porque culminaba la Segunda Guerra Mundial, pero en mi interior había una guerra aún más fuerte que esa que ya no existía, una guerra con mis propios demonios. Llevaba seis años de mi vida en los que no podía olvidar aquel trágico momento en que mi madre le prendió fuego al degenerado de mi padre. Ese momento se repetía una y otra vez en mi cabeza como una película, la única diferencia es que no era en blanco y negro, en mi mente esas imágenes tenían colores muy vivos, el color del fuego brillante estaba totalmente presente en mi cabeza sin intenciones de desaparecer.

Después de vivir dos años en un orfanato y tres con una familia adoptiva, al fin pude desprenderme de mi pasado y no saber más de él. Con dieciocho años estuve limpiando la casa de una señora muy rica, que no lo pensó dos veces para echarme cuando se percató de que su marido estaba más pendiente de mi trasero que de su matrimonio. Con el poco dinero que pude ahorrar, me fui a vivir al centro de Madrid y ahí encontré una oportunidad que, sin saberlo, más adelante cambiaría mi vida.

Tacones Rojos se llamaba aquel bar al que fui buscando empleo o, al menos, creía yo que era un bar. Realmente era un prostíbulo clandestino, disfrazado, donde los hombres más sinvergüenzas iban a satisfacer sus más bajos instintos. Recuerdo entrar por la puerta y encontrarme con un salón que tenía mesas de madera, una barra y un pequeño escenario, lo normal que te podías encontrar en un bar. Desde que aquella mujer rubia, maquillada como si fuera a participar en una obra de teatro, me vio, supo que yo podía convertirme en su minita de oro; por lo tanto, sin preámbulo alguno, me explicó en lo que realmente consistía aquel trabajo, y yo, sin pensarlo, acepté. No porque deseaba ser puta, sino porque realmente necesitaba el dinero. Rochette, que así se llamaba aquella mujer, me enseñó con todo su arte cómo mantener embobado a un hombre, aunque yo no necesitaba esa clase, tenía mi arte natural y belleza que era el principal ingrediente para llamar la atención.

Ya llevaba un año trabajando allí y realmente no tenía amigas. Con veinte años ya generaba mucha envidia, y más entre tanta puta vieja que rondaba por aquel prostíbulo. Cuando cumplí veintitrés, conocí a Lucrecia, una chica que había crecido en una buena familia y había estudiado en los mejores colegios, pero que pasaba por uno de los momentos más duros de su vida porque su familia había caído en quiebra y ella tomó la decisión de pisar aquel lugar que todas pisábamos y por el mismo motivo que todas teníamos, necesidad. Ella tenía planes. Su estancia ahí era temporal porque estaba reuniendo para estudiar enfermería y girar su vida de

un modo positivo. Admiraba sus pensamientos porque yo no tenía la capacidad de cavilar, que era lo que realmente quería para mi futuro.

Cada cliente, cada hombre gordo, viejo, rubio, moreno, peludo, calvo, casado. Todos me recordaban al hijo de puta de mi padre. Aún recuerdo la primera vez que sentí aquella sensación de…

Estaba en un cuarto alumbrado por luces rojas cuando entró ese tipo que posiblemente había dejado a su mujer vestida, esperándolo para que cenara con ella y él estaba ahí conmigo, pidiéndome que le amarrara los brazos al cabecero de la cama y le vendara los ojos. Yo lo hice. Y mientras estaba encima de él, haciéndole un sexo que jamás olvidaría y yo tampoco, pero por el asco que me provocaba, miré hacia un lado y vi esa almohada que agarré y que sin pensarlo dos veces coloqué en su cara. Las imágenes de mi padre abusándome estaban nuevamente floreciendo en mis pensamientos. Presioné. Al principio él creía que era parte del juego hasta que comenzó a perder el aire, pataleando y soltando gritos que se sentían mudos porque la almohada no permitía que se escucharan. Presioné más. Podía sentir una fuerte adrenalina recorriendo mi cuerpo. Presioné aún más…, sentía mi corazón latir con fuerza a mil por hora. Presioné… Presioné… Y recapacité. Saqué la almohada rápidamente de su cara y comenzó a toser y a gritar que lo desatara. Lo desaté y él me respondió jalándome del cabello y dándome bofetadas mientras me gritaba «¡loca!». Salí corriendo de aquella habitación y tuve la suerte de que Rochette estuviera cerca para defenderme; si no, ese hombre me hubiese matado. A ese suceso no se le prestó mucha importancia porque todas las chicas sabían que ese tipo estaba loco de remate y las cosas raras que le gustaban. Recuerdo también que esa fue la primera vez que vi a Gustavo Peñalver. Entre tanto aspaviento, me percaté de que sus ojos, junto con los de los dos tipos que estaban a su lado, no dejaban de ver mi cuerpo desnudo que trataba de ocultarse detrás del de Rochette. Cuando cumplí veinticinco años, en 1953, me quedé sola porque mi única amiga, Lucrecia, logró salir de allí para convertirse en enfermera, y, además, enamorarse de un chico maravilloso que quería casarse con ella. No la vi más hasta que cumplí los veintiséis, cuando apareció nuevamente en Tacones Rojos para decir que me tenía la oportunidad perfecta para que saliera de aquella asquerosa vida. Me informó de que me había recomendado a una familia de muy buena posición que ella conocía muy bien. Les dijo que yo era enfermera, así que solo tendría que ocuparme de cuidar a la hija menor del hacendado; una chica que había estudiado en el colegio con ella, y que en ese momento había tenido un accidente en su caballo; solo debía cambiar sus vendajes y darle sus pastillas. Esa recomendación cambió mi vida. Así fue cómo por primera vez puse los pies en la finca La Rosalía.

Capítulo 8
La boda

Tuvieron que pasar dos semanas para que Alicia permitiera que Diego se le acercara y le explicara con claridad todo lo que había ocurrido entre él y Otilia. Al principio la joven no asimiló que él hubiese sido capaz de engañar de aquel modo a su padre, pero luego recordó cómo era su hermana y fue un poco más flexible comprendiendo a Diego, aún más, cuando le contó que la última vez que Otilia se le insinuó, la rechazó, y que posiblemente, aquel hubiese sido el motivo del espectáculo que la viuda dio en la fiesta de compromiso. La convenció de que a la única mujer que quería en su vida, era a ella y sus palabras le parecieron sinceras, por eso aceptó nuevamente que Diego le pidiera matrimonio, esta vez sin fiestas, sin invitados, sin sorpresas inesperadas y con una respuesta positiva de su parte, permitiendo que el hombre que amaba colocara aquel anillo en su dedo.

La reacción de Otilia, al ver el anillo que brillaba en el dedo de Alicia, no tuvo el mismo entusiasmo que la reacción de Pamela al darse cuenta de que su hermano y su amiga se habían reconciliado. La viuda tomaba el sol, sentada en una tumbona blanca, luciendo un sensual traje de baño de rayas verticales rojas, cuando vio pasar a Alicia con un sencillo vestido amarillo que no hacía juego con aquella opulenta alianza y que, al darle el sol, provocó un destello que casi la deja ciega.

—¿Al final os casaréis? —inquirió Otilia, molesta.

—Sí. Y ya nada de lo que digas me va a afectar. Así que por favor ni lo intentes.

Alicia continuó caminando cuando su hermana se levantó y se paró delante de ella, se quitó las gafas de sol y la miró directamente a los ojos.

—Tú y tu madre se han encargado de arruinar mi vida desde siempre.

—Nuestra madre.

—No me interrumpas —replicó Otilia, aún más molesta—. No te das cuenta de que si me alejé de vosotras, fue porque me recordabais constantemente aquello que sucedió una y otra, y otra vez. Y ahora estás aquí, no solo para seguir recordándomelo con tu presencia, sino que también estás dispuesta a quitarme lo único que verdaderamente me he interesado en años.

Alicia se quedó asombrada al ver que los ojos de Otilia se humedecían. Nunca la había visto tan rota. Sus lágrimas se veían muy sinceras. Eran sinceras.

—Otilia —dijo Alicia, agarrando las manos de su hermana con delicadeza y con miedo de la reacción que ella pudiese tener tras aquel gesto—, bien sabes que para mí el dinero…

—¿Y quién está hablando de dinero, Alicia?

Hubo un silencio.

—Yo amo a Diego —soltó en un susurro apretado.

Por primera vez después de tanto tiempo, Alicia sintió mucha empatía por su hermana. Ni siquiera le importó que le hubiese hecho aquella confesión. Simplemente, se le acercó lentamente y le dio un abrazo. Otilia se mantuvo firme, con los brazos rectos a los lados de su cuerpo. No quería responderle a aquel afecto. Pero lo hizo. Por unos segundos recordaron aquella etapa cuando en casa las cosas terminaban mal y una buscaba a la otra para sentirse protegida. Fue un abrazo cálido, un abrazo de hermanas, el abrazo que se debían desde hacía mucho tiempo. Era el abrazo que Alicia necesitó esa vez que aquel hombre que se hacía llamar padre la tocó de modo indebido. Ella apenas tenía nueve años. Recordaba estar metida en aquella bañera llena de agua y jugando con una muñeca que luego tuvieron que poner al sol porque se había dañado un poco, ya que el material del cuerpo estaba relleno de algodón. El hombre que se hacía llamar padre entró al baño y le preguntó si quería que le lavara el cabello. Contenta de que papá interactuara con ella, aceptó con una ingente sonrisa dibujada en su rostro. Ya la cosa dejó de ser divertida cuando las manos del hombre se deslizaron desde su cabello hasta sus partes más íntimas. Aunque era muy pequeña, sabía que algo no andaba bien. Alicia nunca dijo nada porque se imaginó cómo terminarían discutiendo mamá y papá si ella contaba algo que podría hacerlos enojar. Recordaba sentir un terrible cargo de conciencia cuando pensaba que el haber muerto quemado era lo mejor que le pudo pasar a aquel hombre que abusó de sus dos hijas.

—¿Tú crees que no te quiero? —dijo Otilia entre sollozos—. Eres mi hermana, claro que te quiero, pero no puedo…, no puedo seguirte viendo día tras día en esta finca y, mucho menos, casada con Diego. Eso me partiría aún más el corazón.

Alicia secó las lágrimas de las mejillas de su hermana.

—Tenemos que hablar, Otilia. Tenemos muchas cosas pendientes de las que platicar. Fueron años en los que estuvimos distanciadas. Empecemos de cero.

Otilia se apartó de su hermana y se secó las lágrimas con la punta de los dedos.

—No, Alicia. Nuestra relación está fracturada y…

—Porque tú así lo quieres —exclamó desesperada Alicia—. Todo lo que ocurrió debió habernos unido más, no separarnos como lo hizo. Además, no tienes idea de todo lo que yo pasé también.

—Y, sinceramente, no me interesa —declaró Otilia que había dibujado nuevamente en su rostro aquella expresión de frialdad que hasta hacía unos minutos se había desdibujado—. Lo único que te puedo decir, o más bien recordar, es que a mí no me gusta perder. Nunca.

La mujer se puso las gafas de sol y cruzó el enorme jardín donde se encontraba la alberca. Alicia bajó la vista y miró su anillo pensando en que quería mucho a su hermana, pero que jamás rechazaría la oportunidad de ser feliz con el hombre que amaba, con tal de complacer un capricho más de Otilia.

El día había llegado. Pamela, aún con su bata de baño, ayudaba a la futura esposa de su hermano a ponerse el vestido de novia. El leve mareo que sintió la emocionada cuñada preocupó mucho a Alicia.

—¿Te sucede algo? Últimamente te veo muy pálida, débil y cansada, rara…

—Sí, me he estado sintiendo un poco mal. Fui a ver a Arnaldo y me hice un chequeo, ya casi me darán los resultados. Seguramente no es nada, es que he estado muy nerviosa con el tema de la boda y los preparativos. Ya sabes que me gusta que todo quede perfecto. Simplemente estoy agotada.

Pamela recordó en ese momento, al ver el tul del vestido, cuando estuvo a punto de comprometerse con aquel hombre que ella tanto amó, José Manuel Araiza. Apenas tenía dieciocho años. Fue amor a primera vista. Se conocieron en la feria del pueblo. Iba con Diego cuando aquel joven que corría, tropezó con ella y la tiró al suelo. Apenado, la ayudó a levantarse y ella sonrió sonrojada. Él pidió perdón a ambos, imaginando que eran novios, pero Diego rápidamente le rectificó al chico y después de aquel suceso y dos encuentros desafortunados siguientes, en la misma noche, la pareja decidió que tenían que conocerse y comenzaron a verse con frecuencia a escondidas. En la hacienda solo intentó presentarse una sola vez, pero Ramón se negó a recibirlo, declarando que no estaba de acuerdo con la relación, porque, según él, aquel joven no le daba buena espina. En realidad, lo que no quería era que su hija estuviera enamorada de un aspirante a médico, hijo de un relojero, según la información que tenía del susodicho. Pamela, adolescente rebelde al fin, siguió viéndolo y luego de varias semanas, se entregó a él. Fue su primer hombre. Y el último. Porque un día desapareció y no supo más de aquel joven, y ella jamás volvió a confiar en los hombres.

Alicia entró por las puertas de la parroquia Nuestra Señora de la Asunción con su vestido de novia, *strapless*, con un corsé que le marcaba aún más la cintura y aquel bajo con capas y capas de tul que caía con tal perfección que parecía sacado directamente de la película animada *Cenicienta*. Recordó por unos segundos lo maravillada que había quedado en ese preciso momento en el que vio el cambio de la princesa tras el bibidí babidí bú, y pensó que si algún día se casaba, tenía que ser con un vestido parecido a ese y, al parecer, había cumplido su sueño.

Ella miraba nerviosa a su alrededor, mientras detallaba lo hermoso y gótico que era aquel lugar, con sus altas columnas que llegaban al artesonado techo del siglo XVII y el retablo de estilo corintio tallado en madera y decorado con aquellas majestuosas pinturas religiosas.

Caminó muy despacio por delante de todos los invitados de la mano de Cesar, el abogado de la familia, al que ella ya conocía desde hacía un tiempo, y el cual no tuvo ningún inconveniente en aceptar llevarla de la mano en la iglesia y acercarla a Diego, que no podía salir de su asombro por lo hermosa que estaba su futura esposa, y aunque a esta no se le veía el rostro porque el velo se lo cubría, él sabía que cuando se lo levantara, se iba a encontrar a un verdadero ángel. Y así fue.

El padre Evaristo dio su bendición a la pareja delante de cien invitados, incluyendo a Otilia, que observaba el momento desde uno de los últimos banquillos, con sus ojos oscuros llenos de lágrimas que se escondían detrás de aquellas gafas de sol que llevaba puestas, a pesar de encontrarse dentro de la iglesia. Las lágrimas de Pamela, por el contrario, eran de emoción, ni el

malestar que la incomodaba aquel día iba a impedir que sintiera tanta alegría por su hermano y su ahora cuñada, Alicia.

—A decir verdad, si yo fuese él, en lugar de casarme con ella, me casaría con usted. Es que no hay comparación.

Otilia miró a su lado al escuchar la voz susurrante de aquella mujer. Era Altagracia, una señorona de la región que estaba casada con un importante empresario que alguna vez hizo algún negocio con Ramón.

—Seguramente usted no recuerda quién soy, pero yo…

—Sí, la recuerdo, Altagracia Belmonte —dijo Otilia con desdén.

—De hecho, estuve en la fiesta de compromiso de… —dijo y señaló a la pareja que en ese momento decían sus votos—. Y recuerdo el espectáculo que usted montó. Es que, definitivamente, dio a entender que estaba superenamorada de su hijastro. Vaya, que no es mi asunto; de hecho, se lo aplaudo.

Otilia ya se sentía molesta por la impertinencia de aquella mujer.

—Es que la entiendo perfectamente. Una mujer como usted, es imposible que en algún momento haya estado enamorada de Ramón. En el pueblo se comenta que cuando usted se casó con él, lo hizo por su dinero. No es que yo lo crea, claro… También se comenta…

—Que usted es una vieja chismosa… —continuó Otilia—, que está pendiente de la vida de los demás y no se da cuenta o no se quiere dar cuenta, con tal de no perder su bienestar, de que su esposo la engaña con la primera puta que se le para delante y… —susurraba Otilia ante la mirada atónita de Altagracia— de que su hija Gabriela no la soporta y se ve a escondidas con uno de los mozos de cuadra de su finca mientras está comprometida con Emeldo Valladolid, el idiota ricachón que vino de la capital para pedirle matrimonio. Y de que su hijo es un homosexual de armario que no se atreve a contárselo ni a usted ni a su marido ni a nadie por el miedo al qué dirán, a pesar de que ustedes están más embarrados de mierda que cualquiera en este pueblo.

Otilia acomodó su ajustado y elegante vestido negro y le dio la espalda a la mujer para marcharse de aquella iglesia antes de que acabara la ceremonia. Altagracia se quedó en silencio pensando en que nunca más visitaría a la familia Quintana, y el padre Evaristo levantó la vista para ver cómo aquella mujer vestida de negro, se alejaba después de voltearse y mostrarle una sonrisa cínica que ya él había visto en otras ocasiones.

Esta fiesta sí había sido todo un éxito. Nada de dramas ni noticias mal intencionadas. Gloria bailaba con Diego al compás de *Don’t be cruel*, de Elvis Presley, mientras sostenía una copa de champaña. Pamela sonreía con Alicia cuando verdaderamente no tenía ganas de hacerlo porque se sentía agotada, y Otilia bebía muy despacio de su vaso de *whisky*, mientras observaba cómo todos desbordaban felicidad. Hubo un momento en que Pamela y Alicia no se encontraban presentes, tal vez habían salido a tomar aire, o tal vez la hermana del novio ayudaba a la recién casada a empacar su maleta para lo que se avecinaba. Diego platicaba con Rafael, un joven que estudió en el colegio con él, y que al principio no se llevaban nada bien hasta que entraron en secundaria, y su mejor amiga por aquellas fechas se convirtió en el punto de atención de aquel

chico. Se hicieron novios y la amistad prácticamente fue obligatoria, de ahí en adelante se volvieron inseparables. Otilia aprovechó el momento y se le acercó por detrás susurrando a su oído.

—Sabes bien que esto lo estás haciendo porque quieres olvidarme.

Diego se volteó y desdibujó la sonrisa que hasta unos segundos mostraba.

—Otilia, por favor, no…

—Admítelo —masculló, molesta, Otilia mientras lo agarraba del brazo. Él se apartó.

Rafael tragó en seco y fingió que iría a hablar con alguien más.

—Otilia, no puedo olvidarme de algo que ni siquiera recuerdo.

Nuevamente, palabras más afiladas que cuchillos. La garganta de la viuda se secó y sus ojos se humedecieron. Su corazón comenzó a latir con fuerza y su respiración se tornó agitada mientras lo miraba directamente a los ojos y cavilaba sobre si aquellas palabras eran sinceras.

—¿Os sucede algo? —preguntó Gloria acercándose, que aunque estaba un poco pasada de copas, estuvo pendiente todo el rato de aquel incómodo momento.

—No pasa nada, madrina, ven, vamos para que me ayudes a hacer las maletas.

Ese fue el momento más amargo por el que tuvo que pasar la viuda. Ver cómo Diego cargaba a Alicia en sus brazos y la llevaba al coche con unas sonrisas amplias en sus rostros. Ver cómo aquel coche se hacía pequeñito por el camino de la finca que llevaba a una salida, que llevaba a otro camino, que llevaba a una carretera, que llevaba al pueblo, que llevaba a otra carretera, que llevaba al aeropuerto, que los llevaba al avión, que los llevaría al viaje más inolvidable que tendrían de luna de miel, fue el dolor más intenso que Otilia sintió después de muchos años.

Se sentía devastada y subía sin ganas aquellas escaleras que la obligaban a ver todas las fotografías que colgaban en las paredes, cuando de repente sintió un estruendo y un grito de espanto. Al voltearse, se encontró con el panorama de ver a Pamela tirada en el suelo, y Gloria llorando mientras le daba palmaditas en las mejillas a su ahijada.

Apenas se marchaba la neblina de las calles del pueblo y el sol mostraba sus primeros rayos, cuando Gloria y Pamela se encontraban en el consultorio de Arnaldo. La mujer no iba a permitir que su ahijada fuera sola a recoger aquellos resultados, y más con lo que había ocurrido la anterior noche.

—Me temo que las noticias no son nada favorables.

—¿No son favorables? —se inquietó Pamela.

Las mujeres se agarraron las manos y se miraron asustadas.

—Yo lamento la noticia que te tengo que dar, pero…

—Por favor, Arnaldo —interrumpió Gloria, molesta—. Lo que tengas que decir, dilo ya, pero no nos tengas en ascuas.

El doctor respiró profundo. No podía creer lo que estaba a punto de decir. Lo más lógico era terminar con todas las artimañas de Otilia en ese momento, pero…

—Pamela, tienes cáncer y está bastante avanzado… Me temo que no hay nada que hacer. Aún, si te operas, me atrevería a decir que, máximo, podrás disfrutar un año más de vida.

Los labios de Pamela se abrieron y de su garganta se escapó un suspiro de dolor.

Capítulo 9
Viva el amor

Luego de montarse en el coche, para manejar por un pequeño camino de la finca que llevaba a otro camino, que llevaba a una salida, que llevaba a un pueblo, que llevaba a una carretera, que llevaba a un aeropuerto, que los llevaría al lugar más hermoso en el que podrían pasar su mejor luna de miel, allí se encontraban. Era un lugar hermoso. Las interminables horas de vuelo habían valido la pena. Encontrarse en el balcón de aquel resort cinco estrellas, en Varadero, Cuba, y ver cómo se deslizaban las olas del mar por la fina arena, los altos cocoteros que movían sus ramas al compás del viento, y las aves de colores que se desplazaban de un lugar a otro frente a sus narices convertían el sitio en un verdadero paraíso.

Diego estaba de pie, justo detrás de su esposa, pensando en que jamás hubiese imaginado que algo así tan hermoso le sucedería, y, mucho menos, con quién le había sucedido. Él besaba su cuello mientras la tenía encadenada con sus fuertes. La mujer se volteó despacio, muy despacio, y besó los labios de su amado, una vez, otra vez y otra vez. El viento provocaba que el olor del mar chocara con sus cuerpos, y que ese olor se mezclara con el de Alicia, que a Diego tanto le gustaba, a pesar de no usar perfume con frecuencia.

La joven esposa colocó una mano en la nuca de Diego y movió despacio sus dedos, jugando con su cabello naciente. Su otra mano la deslizó desde el pecho del hombre por encima de su camiseta, recorrió su abdomen, para luego hacer un giro y dejarla descansar en su espalda baja por unos segundos y así terminar el recorrido en una de sus nalgas. Por su parte, Diego, besaba los labios de su esposa mientras sentía la sensación más extraordinaria de toda su vida; era como cuando mezclaba una torta llena de merengue con su helado favorito, pero aún mejor. Él recorrió con su boca, desde los labios de su mujer, hasta su cuello, para luego regresar a su barbilla y saltar directamente hasta uno de sus pechos (por encima de la bata de seda que ella llevaba puesta). Le quitó la bata. Volvió a poner el pecho de su esposa en su boca, luego el otro; sintió sus pezones duros, muy duros. Luego recorrió la lengua entre aquellas dos preciosas rosas y deslizó su boca por el abdomen de la joven directamente hasta su monte de venus, provocando que sus ojos se volvieran blancos del todo. Cierto era que otras veces había tenido sexo con su ahora esposo y siempre había sido genial, pero algo ocurría en este momento; tal vez el lugar o el motivo por el que se encontraban allí, o lo que sea que fuese estaba haciendo que el momento fuera único.

Diego se levantó y cargó a su esposa para llevarla a la cama. La acostó y se quitó su camiseta, dejando al descubierto aquellos abdominales que parecían tallados por el mismísimo Antonio Corradini. Volvió a besar sus labios mientras ella trataba de arrancarle el cinto del pantalón. Él la

ayudó y lo hizo con más rapidez. Volvió a posarse sobre el cuerpo de su mujer y con mucha delicadeza, y a la vez con mucho gozo, introdujo su miembro dentro de ella. Un gemido de placer se escapó de la garganta de la joven quien, con los ojos cerrados de gusto, sentía el placer mientras su marido la penetraba. Sus cuerpos exhaustos, desnudos, sudados, quedaron enroscados, destilando placer encima de aquella cama, mientras sus bocas jadeaban, y, al mismo tiempo, dejaban escapar un «te amo».

Las calles estaban adoquinadas y las casas de los alrededores eran muy coloridas y llenas de vida. La gente caminaba de un lado a otro mientras compraban *souvenirs*, tal vez para llevar de recuerdo o para hacer algún regalo a cualquier amigo o familiar.

El viento con olor a mar chocaba contra el rostro de los enamorados que caminaban mientras sonreían, y Alicia señalaba unas pamelas de guano que quería usar. Diego la escogió y la colocó en la cabeza de su esposa mientras se burlaba de ella de un modo cariñoso. Ella se lo quitó y lo colocó en la cabeza de él, para también burlarse antes de besarlo. Siguieron caminando hasta encontrarse con un puestecito que vendía agua de coco en su fruta. Compraron dos cocos de los tantos que tenía aquel señor tan simpático y con aspecto de buena persona. El hombre los abrió de una forma magistral con su machete y luego colocó una pajita en cada uno, bebieron y continuaron caminando hasta que llegaron a donde querían. El mar.

Alicia se quitó las sandalias y corrió en puntillas hasta llegar a la orilla, sintió cómo una ola chocó contra sus piernas y sus pies se hundieron en la arena. Abrió los brazos y respiró muy profundo para sentir cómo aquel aire puro iba directamente a sus pulmones. Los brazos de su esposo la encadenaron nuevamente como a ella tanto le gustaba, y luego la agarraron por la cintura, para así jalarla y pegar su cuerpo muy junto al de él. Acercó su rostro sutilmente al de su esposa, mirándola fijamente a aquellos ojos oscuros que tanto le enloquecían, acercó sus labios para besar los de ella y así nuevamente saborear el gusto de sentirse enamorado por primera vez.

Capítulo 10
¿Qué desea el inspector?

Un toque de puerta hizo que Claudia, una de las muchachas que se encargaba de la limpieza, interrumpiera la siesta de Otilia que luego de escupirle improperios a la pobre chica, bajó aquellas escaleras indignada y sin prestar atención a ninguno de los retratos que colgaban de las paredes.

—Buenas tardes.

Aquel hombre vestía con un traje marrón que no le quedaba nada bien. Traía un sombrero mal colocado en la cabeza y su corbata gris estaba mal puesta. Sacó de su boca el palillo que hasta hacía unos segundos masticaba por una punta con sus dientes, se peinó el bigote con él, o al menos eso creyó, y se presentó.

—Buenas tardes, señorita.

—Señora —rectificó tajante, Otilia—, señora Otilia Gutiérrez, viuda de Quintana. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre no pudo evitar mirar y admirar aquel cuerpo que desprendía tanta feromona, y detallar el escote de la blusa negra que llevaba puesta la mujer.

—Soy el inspector Clementino Gutiérrez —dijo y enseñó su placa— Gutiérrez, como usted, qué casualidad, ¿no?

Otilia observó a aquel individuo de arriba abajo, pensando en lo atrevido que le resultaba, para luego caer en cuenta de que era un detective y preguntarse qué demonios hacía allí un detective.

—¿Y en qué puedo ayudarle…, Clementino? —dijo la viuda, dándole un tono burlón al nombre de aquel sujeto.

—Pues, verá…, ¿puedo pasar?

—Sí, claro, ya está dentro, adelante —dijo la viuda, y le dio la espalda a Clementino para que la siguiera, dejando admirar así sus curvas en aquel pantalón negro de cintura alta.

—El caso es que estamos investigando la muerte de Gustavo Peñalver.

La viuda tragó en seco, pero se mantuvo imperturbable.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con…?

—Y sabemos —interrumpió Clementino— que su familia y la vuestra son amigas e, incluso, que su difunto esposo, Ramón Quintana, alguna vez hizo negocios con él.

—Pues sí, ellos eran amigos de años —aseveró la viuda, mientras cruzaba las piernas sentada en aquel sofá de cuero negro y encendía un cigarrillo a la vez—. ¿Le molesta si fumo, inspector?

—No —respondió el hombre y continuó—. Tal vez vosotros podéis tener alguna información o saber si él tenía enemigos o si existía alguien a quien le pudiera interesar verlo muerto…

La viuda se quedó en silencio cavilando en si podía existir alguien a quien pudiera poner en evidencia por la muerte de Gustavo, pero no se acordó de nadie.

El inspector recordaba todo lo que habían dicho los forenses: la probabilidad de homicidio hacia Gustavo Peñalver era muy alta, ya que presentaba moretones y marcas en sus hombros, indicios de que alguien lo había violentado en su bañera. A juzgar por la cantidad de agua que tenía alojada en los pulmones, definitivamente había muerto antes de que el asesino le hiciera aquellos cortes en los brazos, simulando un intento de suicidio, porque, de lo contrario, no había manera de que tragase tanta agua después de morir desangrado. Como no había señales de robo en la casa, se especulaba con que podría haber sido algún ajuste de cuentas.

—La verdad, que yo sepa, él no tenía enemigos —dijo la viuda que ya casi se había consumido el cigarrillo entero—. Al contrario, creo que siempre estaba viajando por negocios, en todo momento pendiente a sus tierras y sus cosas. En fin, creo que lo único negativo que se le conocía a Gustavo es que era muy mujeriego; de hecho, fue el motivo por el cual su mujer decidió dejarlo y sucedió aquella fatalidad en la que falleció junto con sus hijos.

—¿Quién es el señor?

Otilia y el inspector levantaron la vista al escuchar aquella voz. Una Pamela muy pálida y débil bajaba las escaleras acomodándose el albornoz.

—¿Qué haces levantada, Pamela? —preguntó Otilia.

—¿Me vas a decir que estás muy preocupada? —dijo la joven enferma haciendo una mueca.

Pamela había pasado una de las noches más difíciles desde que le habían dado la falsa noticia de que tenía cáncer. Estuvo toda la madrugada con calambres en las manos y los pies, sudoraciones y una falta de aire angustiante. Ella deseaba que llegara su hermano, que era la única persona con la que se podía sentir protegida y no tan vulnerable.

El hombre se levantó del sofá.

—Soy el inspector Clementino Gutiérrez. —Estrechó su mano a Pamela—. Estoy investigando la muerte de Gustavo Peñalver.

Clementino sintió la frialdad de aquella mano y hubo un momento en que se sintió apenado por tal vez estar importunando. Pero solo hacía su trabajo.

—¿Habéis descubierto algo? ¿Es cierto que no fue suicidio?

—Al parecer, señorita…

—Pues, realmente… —decía Pamela entre toses y jadeos—, nosotros no supimos de Gustavo por un largo tiempo. De hecho, nos enteramos de que estaba por aquí cuando supimos lo de su muerte.

—¿Quién más vive en esta casa?

—Mi hermano y su esposa.

—Mi hermana —comunicó Otilia.

—Viven aquí, su hermano, con su esposa, ¿y su hermana? —le preguntó a Otilia.

—No —sentenció Pamela—. Mi hermano con su esposa, que es su hermana.

Se escapó una risilla traviesa de los labios de Clementino.

—Mañana llegan de su luna de miel —aseguró Otilia.

—O tal vez no —sentenció Pamela, y miró a Otilia con ganas de clavarle una mirada intensa, pero fue en vano, sus ojos estaban muy cansados.

Clementino volvió a meter el palillo en su boca y, mientras lo mordía con los dientes delanteros, metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una tarjeta que le entregó a Otilia.

—Si recordáis algo o alguien que pueda ayudarnos con la investigación, agradecería que me informaran.

—Con mucho gusto, Clementino —dijo Otilia mientras observaba la tarjeta de presentación.

—Puede regresar cuando mi hermano y su esposa estén de vuelta. Mi cuñada no conocía al difunto, pero a lo mejor mi hermano sí puede darle más información de quién puede haber hecho negocios con Gustavo.

—Muchas gracias, señoritas. Gracias por vuestra cooperación. —Clementino levantó su sombrero a unos escasos centímetros de su cabeza, despidiéndose, y desapareció detrás de la puerta de la entrada.

—Esperemos encuentren al culpable —dijo Pamela, y se dirigió hacia las escaleras.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Otilia y se acercó a su hijastra.

Pamela dio un giro de ciento ochenta grados.

—Sé que estás preguntando por cortesía, o por hacerte la interesada en mi salud, o por hipocresía, no sé, pero bueno, te responderé por el simple hecho de que necesito desahogarme. —Se sentó. Otilia también lo hizo, a su lado—. Me siento muy mal, cada vez peor.

—Pamela… —dijo Otilia y agarró las manos de su hijastra. La joven las observó de soslayo—. Sé que hemos tenido nuestras desavenencias, pero créeme cuando te digo que, por muy mal que nos llevemos, yo sería incapaz de sentir alegría por lo malo que te está sucediendo.

Pamela arqueó una ceja. ¿Estaba siendo sincera su madrastra? Era cierto que Otilia podría ser una interesada, una arribista, una descarada, pero pensó que tal vez estaba yendo demasiado lejos pensando en que aquella mujer pudiera alegrarse de que ella tuviera esa fatal enfermedad.

—Pues… gracias, Otilia —dijo y apartó las manos con suavidad.

—Solo espero que te recuperes muy pronto y que consideres operarte, no cometas el mismo error que cometió tu padre y con el cual tú no estabas de acuerdo.

Pamela se levantó muy despacio del sofá, caminó hacia las escaleras, no sin antes hacer una pequeña pausa y apoyarse de aquella mesa alta de madera que estaba esquinada y en la cual había un jarrón con flores que se hizo añicos contra el suelo.

Otilia corrió hacia ella.

—No te preocupes, eso lo limpian ahora. Ven, siéntate.

La viuda la ayudó a llegar nuevamente hasta el sofá. Realmente, aquel momento estaba siendo muy incómodo para Pamela, que no soportaba verse ni sentirse tan débil delante de su madrastra.

—No hay nada que hacer, Otilia. Estoy sentenciada. Arnaldo me dijo que aun operándome no me queda más de un año de vida. —Pamela se pasó las manos por la cabeza despeinando un poco su cabello—. En estos días recuerdo más a mi padre que nunca, y ahora lo entiendo tanto… No vale la pena pasar por todo ese sufrimiento para al final terminar en muerte. Y te prometo que

si no fuera porque me veo así tan… obvia, evitaría contárselo a mi hermano, pero en cuanto me vea así, se dará cuenta.

La viuda, toda vestida de negro, como ella había decidido lucir desde la muerte de su marido, se sentó al lado de su hijastra y volvió a tomarla de las manos.

—Nosotras nunca vamos a ser amigas, eso sería imposible porque las dos sabemos que no nos soportamos. Pero, como ya te dije, estoy dispuesta a tomar un descanso con nuestras riñas, básicamente, porque mira en las condiciones que te encuentras. Vamos a tomarnos un descanso, y cuando te sientas mejor, continuamos, ¿sí?

De los labios de Pamela se escapó una sonrisa, cosa que no había sucedido desde que conoció a Otilia en aquellas fechas en las que se presentó como su enfermera cuando tuvo el accidente en su caballo. En aquella época, a Pamela, incluso, le pareció una chica simpática y siempre admiró su belleza. Pero todo aquello que pudo haber sido una bonita amistad se convirtió en un enfrentamiento constante cuando Ramón dio la noticia de que había empezado un noviazgo con aquella mujer que era treinta años más joven que él.

—Gracias, Otilia. Por mí está bien. Bandera blanca, siempre y cuando no hagas de las tuyas…

—¿De las mías?

—Sí, como crear cizañas entre Alicia y mi hermano, y cosas así de las que tú eres capaz.

Otilia dibujó una sonrisa en su rostro.

—Estás sacando nuevamente el hacha de guerra.

—Perdona. —Una risita pícara—. Es la costumbre.

—¿Quieres que te pida un té, un vaso con agua, algo?

—Ya que estás tan amable, te lo agradecería.

Otilia volvió a mostrar aquella sonrisa y se dirigió a la cocina dejando a Pamela sentada en aquel sofá, sin siquiera sospechar que, fuera lo que fuese que trajera de la cocina, té, agua, café o refresco, vendría con aquella dosis de veneno que la estaba consumiendo por dentro y matándola poco a poco sin que ella lo sospechara.

Capítulo 11
¿Qué trae R. A.?

Unas risas entraban como cascabeles por la puerta de la finca y chocaban contra los oídos de Otilia que fumaba un cigarrillo mientras caminaba de un lado a otro. Su lucha interna para no admitirlo era caótica, pero realmente quería estar en aquella sala para cuando su hermana entrara de la mano de su esposo. Tal vez porque deseaba hacerse el harakiri mental mientras veía a los recién casados felices, o tal vez porque quería recibirlos de primeras para así poder destilar su veneno. O tal vez ambas cosas.

—¡Vaya!, ¡si han llegado los tortolitos! —dijo y apagó el cigarro en el cenicero de siempre.

Diego soltó las maletas y Alicia bajó la mirada.

—¿Cómo estás, Otilia? —preguntó Diego y agarró a su esposa de la cintura.

—Pues, muy bien, gracias por tu preocupación. Pero la que no está nada bien es tu hermana, Pamela.

Diego frunció el ceño.

—¿Pamela? ¿Qué le pasa a Pamela?

La viuda dio un giro sobre sus propios pies y le dio la espalda a los recién casados, para luego volver a colocarse en la posición anterior y mirarlos de frente.

—Pues, que mientras vosotros estabais viviendo su propia radionovela de amor, tu hermana Pamela se ha estado muriendo.

El corazón de Diego se aceleró y sintió todo el interior de su cuerpo como si estuviese siendo devorado por millones de hormigas bravas.

—¿De qué hablas, Otilia? —Diego se lanzó hacia su madrastra y la zarandeó agarrándolo por los hombros mientras le hacía la misma pregunta. Ella se apartó.

—Que mientras vosotros pasabais unos días fantásticos en Cuba, Pamelita recibía la triste noticia de que tiene cáncer… terminal.

Diego subió corriendo las escaleras y detrás Alicia, mientras Otilia levantaba la vista y veía cómo desaparecían en aquella segunda planta.

Diego irrumpió la habitación y se encontró con aquella imagen de su hermana acostada en la cama, pálida, muy ojerosa y, a simple vista, muy débil.

—Pamela, Pamela, dime que esto no es cierto. —La abrazó llorando y a Alicia se le hizo un nudo en la garganta que le subió hasta convertirse en unas lágrimas que corrieron por sus mejillas.

—Regresaron —dijo la joven, y mostró una desganada sonrisa.

—Hermanita dime que no es cierto.

Pamela hizo un esfuerzo y se sentó en la cama.

—Diego… Te necesito fuerte. No puedes comportarte así porque los dos no podemos estar vulnerables. Mírame…

Diego continuaba llorando.

—¡Mírame! —repitió Pamela y esta vez en un tono más autoritario—. Te necesito, hermano. No puedes estar así.

Diego secó sus lágrimas entre sollozos y su esposa se sentó en la cama también.

—¿Sabes con quién hablé hace un par de días? —Pamela cambió el tema. Diego no respondió. Aún no podía asimilar la noticia.

Las imágenes de ellos dos siendo pequeños, corriendo por toda la finca, a veces peleando y a veces cantando, se estacionó en la mente de Diego y le hizo recordar aquella vez en la que Pamela había puesto sus muñecas encima de la cama y él las agarró para luego cavar un hoyo en la tierra húmeda cerca de los viñedos y enterrarlas allí. Pamela lloró mucho y lo acusó con Ramón porque ella estaba segura de que su hermano había hecho algo con ellas. Al pequeño Diego le cayó una buena regañiza que lo hizo confesar lo que había hecho con las muñecas de su hermana. Después de aquel suceso, estuvieron sin hablarse durante una semana entera. Pero luego, como casi siempre, se habían olvidado del acontecimiento y continuaron siendo aquellos hermanos que se amaban con locura.

—¿Cuándo lo supiste?

—Me llamó Rachel. ¿La recuerdas? —contestó Pamela, ignorando la pregunta de su hermano.

—¿Cuándo lo supiste? —repitió afectado, Diego.

Pamela desencajó su expresión.

—Te dije que no te quiero así. No te voy a responder nada que tenga que ver con la enfermedad. Empecemos de cero, ¿sabes quién me llamó? Rachel Acevedo, ¿la recuerdas?

Diego hizo un largo silencio y luego respondió sin ganas.

—Sí, sí la recuerdo.

—Me dijo que vendría a pasar una pequeña temporada con su prometido. Le dije que podía venir a quedarse en nuestra casa; al fin y al cabo, creo que me vendría bien una amiga con la que conversar un poco.

—¿Se casará? —se interesó Diego.

—Sí. Quiere presentarlo, bueno, presentarnos a su prometido.

—Recuerdo que era una gordita muy simpática.

Alicia se acercó a Pamela y la abrazó. Había llegado a la finca con mucha ilusión de poder contarle a su amiga, ahora cuñada, los maravillosos momentos que tuvieron ella y su esposo en aquel viaje. Pero esta terrible noticia había convertido todo un arcoíris en un simple arco de dos colores, gris y negro.

Diego no se dio cuenta en qué momento había comenzado a fumar. A raíz de haberse enterado de la enfermedad de su hermana, estaba pasando por una leve depresión que no le permitía percatarse de las cosas hermosas que le sucedían, como, por ejemplo, el haberse casado con

Alicia, que no se encontraba tan contenta de que su esposo hubiese comenzado con aquel hábito tan desagradable. Él se encontraba afuera de la finca, sentado en aquellas amplias escaleras por las que bajabas para retirarte de la hermosa casa, o subías para adentrarte en ella. Diego oteaba el horizonte y observaba cómo el sol estaba a punto de perderse detrás de aquellas montañas. Estaba allí tratando de relajarse y de despejar su mente, pero consciente de que no iba a poder hacerlo. Observó el cigarrillo que sostenía con la punta de sus dedos pulgar e índice y dio una última calada para luego tirarlo al suelo y pisarlo con sus botas de cuero. Estuvo a punto de marcharse a la bodega cuando divisó a lo lejos una figura. Era una silueta femenina que se acercaba con dificultad, posiblemente porque intentaba caminar en tacones sobre la tierra, o tal vez porque traía consigo dos maletas enormes que no le permitían moverse. Diego se sacudió las manos y se acercó a ella lentamente.

—¿Podrías apurar el paso? —gritó la voz femenina—. Necesito ayuda.

Diego corrió muy despacio hacia la joven, dando pequeños saltitos de trote. A medida que se acercaba, se percató de que era una chica realmente hermosa, muy joven, tendría unos veinte y pocos años, traía una melena cuadrada y rizada, muy rubia, unos labios pintados de rojo intenso y, por la forma en la que vestía, se notaba a leguas que era una chica citadina. Traía un vestido de tirantes, negro, de lunares blancos, ajustado en la cintura con una falda estilo princesa, dejando admirar sus bonitas piernas que estaban encima de unos tacones rojos que no debían de ser incómodos, pero para caminar sobre la tierra, sí. La chica se quitó sus gafas *cat eye*, dejando ver sus expresivos ojos azules. Diego pensó en que esa mujer definitivamente era una imitadora más, fanática de Marilyn Monroe, o que, al menos, le copiaba muchísimo la imagen.

—¿Puedes dejar de mirarme y ayudarme?

—Pero ¿quién es usted, señorita, y qué hace en mi casa? —inquirió Diego un poco molesto por la actitud de aquella chica.

Ella lo miró fijamente a los ojos con una marcada expresión de molestia, para luego relajar todos los músculos de la cara y carcajearse como una niña pequeña. Diego no entendía.

—¿Serás tonto, Diego? Que soy yo. ¿No me reconoces?

Diego volvió a mirar aquellos ojos azules y fue cuando en su rostro se dibujó una sonrisa también.

—¿Rachel? ¿Rachel? Es que no puede ser… Estás muy diferente.

La boca de Diego dibujó una gran O.

Cuando Rachel Acevedo se marchó de aquel pueblo, no lo hizo por puro gusto. Tenía doce años de edad, sus padres recién se habían divorciado y a su madre se le ocurrió la magnífica idea de marcharse a la capital. En ese momento la niña no pensó que fuese buena idea; como todos los niños, dejaba amigos y una historia, por eso odiaba el hecho de tener que marcharse, pero luego, con el tiempo, le agradeció a su madre por haberla sacado de aquel lugar donde tal vez no iba a llegar a ningún sitio. Cuando cumplió catorce años, con unas cuantas libras de más en su cuerpo y con una melena larga muy oscura, tuvo que pasar por el momento más amargo de su vida: la muerte de su madre. Al pasar por aquel duro acontecimiento, su padre también se mudó

a la capital y la metió a un internado; él no tenía tiempo para lidiar con una adolescente y, además, como decía en reiteradas ocasiones, tenía una vida demasiado ocupada para echarse a cuestas más problemas. La joven sufrió muchos maltratos y burlas por parte de sus compañeros, por la simple razón de ser la única chica gorda de aquel lugar. Luego que cumplió dieciocho años, decidió renunciar a vivir con su padre y a todos los beneficios que este pudiera ofrecerle. Simplemente se puso a trabajar como mesera en una cafetería del centro de Madrid, y en sus tiempos libres se dedicaba a hacer muchos ejercicios: corría, hacía bicicleta, comía saludable y, en aproximadamente un año, obtuvo el cuerpo que tenía en la actualidad. Su vida cambió cuando una tarde en la que leía un libro en un parque, se le acercó un hombre para preguntarle si le interesaba convertirse en modelo. Al principio ella pensó que era un chiste, pero luego de varios meses y mucha preparación, vio su fotografía en la portada de aquella revista que tantas mujeres leían. Rachel estaba muy orgullosa de lo que había logrado y de la imagen diferente que proyectaba. Modeló para algunas marcas no tan conocidas, pero, aun así, le iba bien y no tenía que servir cafés en una cafetería del centro. Su vida volvió a dar un giro de trescientos sesenta grados cuando conoció a su prometido J. M., como ella solía llamarle. La mujer decidió dejarlo todo por aquel hombre del que se enamoró a primera vista en aquel hospital en el que él era residente. Rachel había tenido un leve accidente en una pasarela, donde tropezó modelando y se le torció el tobillo provocándole un esguince. Cuando la llevaron allí, fue flechazo inmediato. Él nunca le pidió que abandonara su carrera ni nada por el estilo, Rachel lo hizo por puro gusto, porque ya estaba cansada de aquella vida tan ajetreada y simplemente quería descansar, convertirse en una mujer simple, ama de casa, que algún día tendría hijos y que atiende a su esposo al cien por ciento.

—Tenías que haber visto la cara de tu hermano cuando me vio —le contaba Rachel a su amiga Pamela, que no veía desde que tenían doce años.

—Estás guapísima, Rachel.

—Tú igual, amiga.

—No, no estoy en mi mejor momento, créeme.

Las dos sonrieron.

La joven ya había llegado preparada a la habitación de Pamela. Diego le había advertido de que su hermana estaba muy enferma y de que lo menos que deseaba era que le hablaran de su enfermedad.

—¿Y tu prometido?, ¿no venías con él? —preguntó Pamela con unas lánguidas palabras.

—Sí, ya viene en camino. Solo quería pasar por el pueblo para saludar a algunos amigos y yo me quise adelantar para darte la sorpresa.

—¿Tu prometido vivió aquí?

—Sí, J. M. vivió por aquí toda su niñez y adolescencia, y luego se fue a la capital para cumplir su sueño de ser médico.

—¿Es doctor?

Rachel mostró su anillo con mucha ilusión dibujada en el rostro.

—Estoy muy contenta por ti y me alegro de haberte visto nuevamente, pero, venga, ayúdame a vestirme y a maquillarme un poco, no voy a recibir a tu prometido con estas fachas.

Diego ayudó a su hermana a levantarse de la cama mientras esta se quejaba de sentir dolores en la planta de las manos y los pies. Rachel la ayudó a buscar un vestido bonito en el armario y a maquillarse un poco. Con mucho cuidado, salió de la habitación, apoyada de su hermano y de Rachel. Bajaron aquellas altas escaleras y se encontraron con Otilia sentada en la sala, quien, por primera vez, se tropezaba con la silueta de aquella hermosa mujer que resplandecía tanto frente a sus ojos.

—¿Y tú, eres? —preguntó la viuda mientras observaba minuciosamente a aquella joven que se atrevía a resaltar más que ella.

—Rachel Acevedo, amiga de Pamela. ¿Y tú? —respondió Rachel en las mismas formas con las que aquella mujer había formulado su pregunta.

La viuda arqueó la ceja izquierda y sonrió cínica.

—Ella es Otilia, la viuda de mi padre —respondió Pamela.

—Pues qué joven y hermosa.

La viuda se sentó en el sofá junto a Pamela sin dejar de mirar a Rachel.

—¿Y desde cuándo eres amiga de Pamela? Llevo poco más de dos años viviendo en esta casa y jamás escuché hablar de ti.

—Será porque tú y yo no nos dedicamos a hablar de nuestras vidas mientras tomamos café —respondió con sorna Pamela.

Una voz que se acercaba desde la cocina interrumpió el interrogatorio de Otilia.

—Hola. ¿Quién es esta chica tan guapa?

Rachel dio un pequeño giro agradeciendo el cumplido. Otilia lo disimulaba muy bien, pero en su interior le molestaba, mucho, la actitud de aquella excéntrica mujer.

—Ven, mi amor —dijo Diego y agarró a su esposa de la mano—. Te presento a Rachel, es una vieja amiga de mi hermana. Ella es mi esposa, Alicia.

—Mucho gusto —respondió Rachel con cortesía, y le extendió la mano. Luego observó los ojos de la joven y se volteó a mirar a Otilia—. Juraría que ustedes son familia. Son muy parecidas.

—Somos hermanas —respondió Alicia mientras la viuda ponía los ojos en blanco con mucha hostilidad.

Una risilla a modo de pitillo se escapó de la garganta de Rachel.

—¡Vaya con las hermanitas! En la familia de todas, una con el padre y la otra con el hijo.

A Alicia no le pareció chistoso el comentario. Pamela y Diego se dieron cuenta de ello.

—Y eso que no sabes toda la historia, querida —dijo Otilia con su peculiar sonrisa dibujada en el rostro.

—Pero me la puedes contar, ¿eh? —inquirió Rachel.

Alicia sabía que nuevamente su hermana quería tener total protagonismo en aquella reunión, y ¿qué mejor forma que contando su romance infiel con Diego? Por esa razón, antes que la conversación tomara aquel rumbo, ella decidió marcharse y lo hizo justamente siete minutos

antes de que entrara aquel hombre por la puerta que recién había abierto Claudia, la chica del servicio.

Era un hombre alto, tal vez de uno noventa y dos centímetros. Llevaba una camisa gris de cuello y mangas cortas, con un pantalón negro de cintura alta, corte recto y ancho; unas gafas de sol que cuando las retiró de su cara para colocarlas en su cabeza, despeinando un poco su perfecto cabello castaño, dejó al descubierto aquellos hermosos ojos color café.

—Mi amor —dijo Rachel y corrió a darle un beso a aquel hombre—, ven, quiero que conozcas a mi amiga. Bueno, a mis amigos.

El corazón de Pamela latió, latió con la fuerza con la que una baqueta golpea un tambor. Sus manos comenzaron a temblar y su respiración se convirtió en un jadeo inquietante. No podía creer lo que sus ojos veían. Era él, aquel hombre de la feria, aquel hombre del que se enamoró, aquel hombre al que se entregó por primera vez, aquel hombre que desapareció sin dejar rastro, era…

—Les presento a José Manuel Araiza, mi prometido, J. M.

—¿Te conozco de algo? —preguntó Diego, que vagamente recordaba el rostro de aquel hombre sin sospechar toda la historia que navegaba junto a aquellos vagos recuerdos. Él sabía de la historia oculta de amor de su hermana, pero nunca supo quién era aquel hombre que Ramón jamás aceptó, y tampoco sospechó que se trataba de aquel chico que tropezó con su hermana en aquella feria.

—Pues viví mucho tiempo en el pueblo, así que…

—No me siento bien —dijo Pamela, mientras miraba fijamente a los ojos de aquel hombre.

—¿Te pasa algo? —se preocupó Rachel.

Pamela intentó levantarse del sofá, mientras su hermano la ayudaba, y Otilia medio sonreía observando cómo hacían efecto las minidosis de arsénico que llevaban ya unas semanas administrando a su hijastra sin que ella lo supiera.

—¿Puedo ayudarte?, soy doctor —dijo José Manuel y agarró la mano de Pamela, que reaccionó con un gesto violento.

—¡Suéltame! —chilló y apartó su mano de la del prometido de su amiga.

Todos se miraron confundidos tras aquella reacción tan irrespetuosa de Pamela.

—¿Qué sucede, Pamela? —preguntó Rachel, confundida.

—Lo siento… —Respiró profundo—. Perdóname, amiga, estoy muy cansada, estoy realmente agotada… Necesito ir a mi habitación.

Todos estaban muy confundidos. No entendían el porqué de la reacción tan extraña de la indispuesta mujer.

—Lo siento, José Manuel —se disculpó Diego—. Mi hermana está muy delicada de salud y…

—¿Podemos subir ya, Diego? —rogó Pamela, con los ojos muy húmedos y de espalda a la pareja de prometidos para que no se percataran de su vulnerabilidad.

—No te preocupes, Diego —musitó José Manuel.

Diego hizo una mueca, avergonzado.

—Entiendo perfectamente —dijo José Manuel—. Ya tendremos tiempo de conversar y todo

eso.

Pamela subió las escaleras con ayuda de su hermano sin mirar hacia atrás en ningún momento, por eso no pudo ver cómo el joven la siguió con la mirada hasta que desaparecieron en la segunda planta.

Otilia se levantó del sofá y se presentó con aquel hombre. José Manuel con cortesía le respondió y pensó en que era una mujer hermosa, pero que a él no le provocaba absolutamente ni un ápice de deseo.

Capítulo 12
Sin pecado concebida

Cuando Ramón vivía, era prácticamente una rutina ir a misa los domingos. Luego que contrajo matrimonio con Otilia, continuó yendo a la iglesia, pero esta vez de la mano de su esposa. Fue en su primera visita parroquial que la joven mujer conoció al padre Evaristo, quien tuvo una sorpresiva primera impresión al verla; no juzgaba porque ese no era el trabajo de un cura, pero no pudo evitar pensar qué hacía aquella mujer casada con un hombre treinta años mayor. Otilia se ganó la simpatía de Evaristo gracias a su excelente manera de hacer creer que era una filántropa excesiva.

Luego de que Ramón muriera, como era de esperarse, Otilia no volvió a poner un pie en la iglesia hasta tres semanas después, que regresó para confesarse por primera vez. No porque tuviera costumbres religiosas, sino porque deseaba desahogarse con alguien y, de paso, fastidiar al padre Evaristo con sus confesiones.

Fue una mañana de domingo en la que el silencio invadió la iglesia porque ya no quedaba rastro de todos los feligreses que habían estado allí durante el tiempo que duró la misa. Otilia se acercó al confesionario y se arrodilló.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

De la boca de Otilia comenzaron a salir palabras que se metían a los oídos de Evaristo como alfileres calientes. Le narró todo lo que le había sucedido cuando apenas era una niña, lo que su madre hizo con su padre y lo tranquila que se sintió cuando supo que no tendría que volver a ver la cara de aquel hombre que abusaba de ella. Hasta ese momento, Evaristo sentía pena de la joven que le relataba todas las terribles cosas que le habían ocurrido. Luego le contó que estuvo trabajando en Tacones Rojos y, aun así, el cura sentía pena por Otilia. Si María Magdalena había pecado y se había arrepentido, ¿por qué Otilia no lo haría? La cosa comenzó a volverse perturbadora cuando la mujer le contó aquel momento en el que sintió ganas de matar por primera vez y colocó la almohada en la cara de un cliente. Luego confesó cómo planeó con Arnaldo acelerar la muerte de su marido y fue en ese momento que el corazón de Evaristo comenzó a latir con fuerza y su respiración a tornarse más acelerada; su cuerpo comenzó a sudar cuando Otilia le contó con detalles la forma en la que había matado a Gustavo Peñalver y la adrenalina que sentía al saber que estaban investigando su muerte.

Esa fue la razón por la que Evaristo le lanzó aquella mirada sentenciante el día del matrimonio de su hermana con Diego, porque ya sabía todas aquellas atrocidades y le aterraba pensar qué otra cosa pudiera estar pasando por la mente de aquella mujer.

La luna estaba muy llena, era la única luz que podía guiar los pasos de las personas que caminaban por las calles de aquel pueblo que tantas farolas rotas tenía. Otilia había pasado varias horas bebiendo sola en un bar que quedaba a tres kilómetros de la iglesia y, luego de rechazar a dos o tres tipos que trataron de conquistarla, agarró su coche y las copas que tenía en la cabeza la hicieron querer ir a ver a Evaristo para contarle el único detalle que había omitido en su confesión. Justo al frenar fuera de la iglesia, pudo ver a alguien que portaba una sotana, cerrando las puertas del lugar. La calle estaba muy oscura y la neblina apenas permitía divisar a unos escasos metros. La viuda soltó un pequeño grito con el nombre del sacerdote, mientras salía del coche y daba pequeños brincos acercándose a la iglesia.

—¿Qué haces aquí, Otilia? Es muy tarde, deberías irte a tu casa.

La viuda le dio un leve empujón, irrumpiendo así en la iglesia.

—Es que necesito confesarme, padre. Estoy haciendo algo muy malo y usted tiene que saberlo —dijo entre risas.

—¿Has bebido?

—Algo… —respondió la viuda haciendo ese gesto en el que acercas tu dedo pulgar al índice, pero no lo pegas del todo.

—Será mejor que te marches, Otilia.

—Sí, lo haré, pero tiene que saber que…

—No me interesa, Otilia.

—Estoy matando a Pamela —dijo y mostró una sonrisa escalofriante a Evaristo.

El cura, que ya le había dado la espalda, dio un giro y la miró fijamente con el ceño muy fruncido.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy matando a Pamela —repitió—, como maté a su padre y como maté a Gustavo.

—¡Basta! —vociferó Evaristo haciendo sonar un eco dentro de aquel silencioso lugar—. No voy a permitir esto. No voy a permitir que sigas haciendo estas atrocidades.

—¿Y qué va a hacer? —dijo la viuda acercándose a él con suavidad—. Lo que le he contado en secreto de confesión no puede decirlo porque sería un delito. Si algo he aprendido con usted, con mi esposo y con las tediosas tardes de misa, es que los sacerdotes están en la obligación de no manifestar jamás lo que nosotros, los feligreses, les contamos en secreto de confesión…, terminantemente prohibido —dijo y colocó las manos en un gesto de rezo, a modo de burla.

—¡Basta! No voy a permitir que me conviertas en un cómplice de tus atrocidades. Estoy dispuesto a cumplir una pena, incluso, a que me excomulguen.

Evaristo le dio la espalda a la viuda, cuando de pronto sintió el golpe de aquellas manos que lo empujaron por la espalda. El hombre tropezó sobre sus propios pies y su cabeza se impactó contra una de las bancas. Otilia se quedó observando los ojos de Evaristo que miraban hacia arriba con una total expresión de angustia. Su cabeza comenzó a sangrar mucho haciendo un charco grande de un rojo intenso, los ojos del párroco se cerraron y luego se escuchó el eco de un rápido taconeo que se alejaba de aquel lugar.

El padre Evaristo era, irónicamente, hijo único de padres ateos. Cuando manifestó sus ganas de ser sacerdote no lo tuvo muy fácil, pero, aun así, sus padres lo apoyaron y así se convirtió en un brillante estudiante de filosofía para luego estudiar Teología en Barcelona. Cabe destacar que, aunque lo apoyaron, sus padres no siguieron la carrera de su hijo y mucho menos fueron a una misa. Con tan solo veintisiete años, en el año 1949, ya había sido ordenado para ser sacerdote católico y sirvió en varias parroquias de la región durante dos años y medio. Desde 1953 hacía su trabajo en la parroquia Nuestra Señora de la Asunción y donde se sentía ya bastante cómodo desde hacía tres años. Todas las personas de aquel pueblo estaban contentas con la labor de Evaristo. Él nunca imaginó que su vida acabaría justamente en manos de una de esas personas por las que tanta empatía sentía y mucho menos imaginó que su final sería en el lugar donde más cómodo se había sentido durante sus últimos años de párroco.

La noticia de la muerte de Evaristo llegó a la hacienda con la misma rapidez de un tornado que arrasa con todo lo que se encuentra a su paso.

Diego no daba crédito a las palabras de Carmen, quien, afectada, contaba el horror que había sido para ella ver cómo sacaban de la parroquia el cuerpo de Evaristo.

—Era tan joven, tan bueno… No es justo —decía Carmen entre sollozos, mientras Diego la abrazaba para consolarla.

—Es tan terrible —mencionó Rachel, que, sentada en la mesa con la vista perdida, posada en algún punto de aquella cocina, se bebía un vaso de leche.

—Sí, es una noticia lamentable —agregó José Manuel, que, recostado a la meseta, dejaba de tener los brazos cruzados para meter las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, no sin antes usar todos sus dedos para acomodar su cabello—. Siempre es terrible enterarse de un suceso así, pero si se habla de un cura y encima joven… Es que, es una tragedia.

—Por favor, os voy a pedir que no comentéis a Pamela lo sucedido con Evaristo. Ella está muy vulnerable y cualquier cosa podría destrozarla.

José Manuel miró a su novia. Cuando él decidió acompañarla al pueblo para visitar a su mejor amiga, nunca se imaginó que en el trayecto, en pleno avión, se enteraría de que la amiga de la que tanto le hablaba Rachel era Pamela, su Pamela. Un amor de juventud que fue muy importante en su vida, en su historia, y que posiblemente pensaba lo peor por haberla dejado justo después de entregarse a él. Ese era un capítulo que no podía quedarse así, tenía que contarle a esa mujer que tanto amó, y amaba, lo que realmente había ocurrido.

—¿Qué sucede? —preguntó Alicia, que entraba a la cocina, y una voz que entraba detrás de ella, respondió su pregunta.

—Supongo que todo este aspaviento es por el padre Evaristo. —Otilia se acercó al centro de mesa, el cual contenía una variedad de frutas, manzanas, bananas, y por supuesto, uvas, de las que allí se cosechaban para hacer sus vinos. Agarró una manzana y la mordió—. Acabo de llegar del pueblo y solo se habla de eso. —Se apartó de la mesa y se recostó en la meseta, junto a José Manuel. Todos seguían sus movimientos detalladamente—. Al parecer, tuvo un accidente en el

que cayó y se golpeó la cabeza, ¡qué tragedia! — exclamó mientras masticaba sin demostrar un ápice de dolor en los gestos de su cara.

Todos quedaron en un total silencio cuando entró Pamela dando pequeños pasos. Estaba muy pálida, despeinada y bastante más delgada. Llevaba su pijama de dormir.

—Pamela, ¿qué haces aquí? ¿Por qué te levantaste? —Se preocupó Diego que enseguida fue hacia su hermana y la ayudó a desplazarse hasta sentarla en una de las sillas del comedor de madera que estaba en el centro de aquella cocina.

—Es que estoy cansada de estar encerrada en esa habitación. —Tosió—. ¿Y se puede saber por qué estáis todos reunidos aquí?

José Manuel intentaba buscar la mirada de la joven, pero ella en ningún momento le dio el privilegio de que sus ojos tropezaran con los de ella.

—Pues, nada… —mintió nerviosa Rachel—. Simplemente coincidimos…

—Es que encontraron muerto al padre Evaristo y estamos lamentándonos —aseveró Otilia, que terminaba de comerse la manzana para luego tirar el corazón de la fruta en el cesto de basura, así, tal como había hecho Diego con el corazón de ella.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Pamela mientras la miraba fijamente. Luego se giró a los demás—. ¿Qué está diciendo? —preguntó esta vez más, exasperada.

—Cálmate, por favor —dijo José Manuel.

Pamela no le hizo caso y continuó buscando respuestas. Rachel no pudo evitar pensar por qué Pamela le había hecho tanto rechazo a su prometido. No encontraba lógica a aquella actitud tan extraña de su amiga, pero tampoco le preguntó. Con su novio sí sacó el tema alguna vez, pero este simplemente le siguió la corriente contestando que no entendía qué podía haber sucedido para que aquella chica le hiciera ese rechazo absurdo, aunque él estaba totalmente consciente de lo que realmente sucedía.

—Será mejor que subamos a tu habitación —dijo Diego y la agarró del brazo izquierdo. Ella lo empujó haciendo un gesto de negación.

—¡Estoy harta de que me tratéis como a una niña! —chilló la joven—. Solamente estoy enferma, me estoy muriendo… ¿Creéis que no puedo soportar este tipo de noticias? —Pamela estaba muy exasperada—. ¡Estoy cansada, CANSADA! ¿Acaso no pensabais decirme que el cura del pueblo murió por miedo a mencionar la palabra muerte delante de la moribunda?

—Las cosas no son así, Pam —intervino Alicia—. Simplemente no queríamos que…

—¡No, Alicia, no!

Otilia miraba todo aquel espectáculo, pensando en si tal vez le había dado muy pequeñas dosis de arsénico a su hijastra. Habían pasado unas cuantas semanas y solo veía que se había debilitado mucho, pero no acababa de ver su muerte.

—Tienes que descansar, Pamela —manifestó José Manuel.

Pamela se volteó rabiosa al escuchar aquella voz.

—¡Y tú! —gritó, y lo señaló con el dedo índice mientras lo miraba directamente a los ojos.

Su mano temblaba y por su mente pasaban todos aquellos recuerdos de cuando estuvieron juntos, y también cuando desapareció y no supo más de él.

Todos miraban expectantes la extraña reacción de la joven.

José Manuel clavó profundamente sus ojos en los de Pamela, suplicándole con la mirada que no dijera nada. En aquellos ojos había escrito muchas cosas que ella no sabía descifrar. Sentía el dolor, la ira, la rabia, el amor…

Pamela bajó su brazo cuando comenzó a jadear y lo colocó en su pecho. Tosió y tosió y tosió sin poder detenerse.

—Pamela… Pam… Pamela, ¿qué te ocurre? —dijo nervioso, Diego.

Pamela se volteó hacia su hermano y, tras poner los ojos en blanco, se desmayó.

Capítulo 13
El día que la volví a ver

Era uno de esos momentos en los que nos tomábamos el día libre en Tacones Rojos, ya fuera para visitar a algún familiar, ver a algún novio que no sabía que tenías una doble vida, ir a la peluquería o, lo que era mi caso, caminar por las calles de Madrid mientras pensaba en que no tenía ni puta idea de lo que quería hacer con mi vida.

Yo estaba sentada en aquel banco en el parque del Retiro, mirando a aquellas niñas jugar saltando la cuerda y recordaba que nunca había hecho eso con mi hermana. También pensaba que jamás quería tener hijos porque los niños solo venían a este mundo a sufrir, el que no tenía un padre abusador, tenía una madre que lo abandonó, algún otro se sentía menos querido que su hermano, y eso sin contar que en algún momento tendría que crecer y enfrentarse a la realidad de lo que es la vida, vivir, sobrevivir.

Estaba ahogada en mis pensamientos cuando escuché aquella voz en mi espalda pronunciar mi nombre en un susurro cansado, y, a la vez, emocionado de mencionar palabras que había deseado la dueña de aquella voz desde hacía mucho tiempo.

—¿Mamá? —dije mientras me levantaba confundida y a la vez alegre pero sin demostrarlo.

—Otilia, no sabes cuánto te he buscado.

Intentó abrazarme pero la rechacé.

—¿Cuándo saliste de la cárcel? —Crucé los brazos en un gesto para evitar abrazar a aquella mujer que quería tanto y a la vez rechazaba con las mismas fuerzas con las que la amaba.

—Hace unos meses. —Miró al suelo avergonzada—. Tu hermana regresó conmigo, ya cumplió dieciocho años.

—Me alegro de que ya no esté con esa familia. Nuestro padre adoptivo resultó tener los mismos instintos que…, que él.

Me miró asombrada.

—¿De qué estás hablando?

Me volví a sentar y puse las manos en mi cabeza mientras miraba al suelo.

—Que ese hombre también intentó abusar de mí en una ocasión.

—Por Dios, hija. —Me tocó el hombro. Me levanté. No quería sentir nada por ella, no quería.

—¿Por qué viniste? ¿Cómo me encontraste?

—Sigues en Madrid, Otilia, de Carabanchel a aquí tampoco es que sea mucho, y más, si las ganas de encontrarte que tenía, hija, eran tan poderosas, las ganas de pedirte perdón por todo.

Mi corazón se estrujó al ver sus ojos húmedos. Se veía mayor y tenía unas cuantas libras de más. Quería tanto a esa mujer que ya se le notaban algunas arrugas en el contorno de sus ojos,

aquellos ojos verdes que tanto me gustaba mirar cuando era pequeña y que tuve la desdicha de no heredar, y digo desdicha porque lamentablemente mi hermana y yo sacamos los mismos ojos oscuros de mi padre. Nos parecíamos mucho a él.

—Hija… —Intentó abrazarme nuevamente, y nuevamente volví a esquivar su cuerpo.

—Por favor, aléjate. No quiero verte, no quiero saber de ustedes. Marcaste mi vida para siempre. —Se humedecieron mis ojos—. Estoy fracturada, rota, siento que me estoy volviendo loca, tengo unos instintos muy raros, odio a los hombres por culpa de mi padre y a las mujeres… por ti…

Mi madre dio unos cortos pasos para acercarse a mí.

—Tu padre… Ese hombre… también abusó de tu hermana…

Abrí los ojos sorprendida, aún, cuando ya lo imaginaba.

—Desgraciado… Infeliz hijo de puta… lo sabía… —sentí pena por Alicia.

Unas señoras que pasaban me observaron con cara de desagrado y yo deseé haber conocido a sus esposos en algún momento en aquel sitio en el que trabajaba. Las niñas seguían jugando a unos metros de nosotras.

—Tu hermana me perdonó. De hecho, agradeció aquello que hice. Me ama. ¿Por qué tú no puedes?

—Porque no somos iguales —respondí tajante—. Tal vez ella es más fuerte y yo soy pura apariencia.

Respiré profundo y me acerqué a ella. Le agarré las manos. Me miró emocionada.

—Mamá, no te reprocho el que hayas matado a ese desgraciado, sé que lo hiciste por mí, por nosotras, pero, como ya te dije, estoy mal, algo no está bien en mí.

—¿A qué te refieres? Habla conmigo.

—Que no estoy bien… no estoy bien —dije alterada y comencé a llorar. Esta vez me abrazó y no rechacé su cariño. Me sentí como cuando era niña que ella llegaba y me abrazaba luego de que me caía al suelo por correr, o cuando llegaba del colegio llorando porque había peleado con alguna compañera, o cuando el hijo de puta hacía de las suyas—. No soy la misma desde ese día, mamá. Algo no está bien en mí, en mi interior. —Le di un leve empujón para apartarme de ella.

—Sé dónde estás trabajando y lo que estás haciendo —me dijo—. Te vi hace dos días fuera de ese lugar fumando un cigarrillo, no me atreví a acercarme, seguí yendo y me quedaba parada afuera por horas, hasta hoy que te vi salir y te seguí.

—¿Y qué vas a hacer, prohibirme que trabaje allí? —respondí arisca.

—No, solo quiero que regreses con nosotras, volver a ser la familia que…

—¿Familia? —la interrumpí—. Nunca lo fuimos, nunca fuimos normales. Para empezar, antes de asesinar a…, Fernando. —Así se llamaba mi padre y no había mencionado su nombre en años. Hacerlo nuevamente me provocó un asco mezclado con odio, con impotencia, con dolor, con ira, con resentimiento, con tristeza. Justamente por eso no las quería de regreso en mi vida, porque iba a estar rememorando constantemente todo lo sucedido—. Antes de asesinarlo, tenías que haberlo denunciado. Todo hubiera sido diferente, No te hubieran encarcelado, no nos

hubieran llevado a ese orfanato y mucho menos nos hubiera adoptado esa familia que para nuestra desgracia, o para mi desgracia, más bien, estaba igual de podrida que la nuestra.

—Hija…

—Ya basta, Soledad —la llamé por su nombre. No quería que me escuchara volverla a llamarla mamá—. Basta, entiende que quiero que te largues, que quiero que me dejéis en paz, tú y Alicia. No os quiero en mi vida, no quiero que ella sepa que me encontraste.

Y Alicia no lo supo.

—Hija, pero yo…

—¡No! —grité alterada y la dejé con todas las palabras que quería soltar, metidas en su boca.

Me alejé llorando, aunque nunca lo supo. Con el tiempo me enteré de que lo que me quería contar, era que se encontraba muy enferma y que iba a morir. No la quise escuchar, y lo más extraño fue que cuando supe que había muerto, no sentí nada. Fue en ese instante cuando me di cuenta de que mi corazón se estaba envolviendo en una coraza negra llena de odio y resentimientos.

Capítulo 14
Secretos, amor y cenizas

El pitido del monitor se metía por la cóclea de los oídos de Diego, que no podía creer que su hermana se desvanecía en aquel estado tan delicado. A su lado, su esposa trataba de consolarlo mientras lo veía llorar y, no por primera vez, llevaban tres días viendo cómo la vida de aquella mujer que, una vez fue tan fuerte, se iba consumiendo con prontitud. El doctor Arnaldo entró con una carpeta en la mano y les pidió que lo acompañaran fuera de aquel cuarto. Alicia pensó en que tal vez aquellos papeles dentro de la carpeta eran el expediente médico de Pamela, y tenía razón. Una vez fuera de la habitación, sus miradas se tropezaron con las de Rachel, José Manuel y Otilia, que se encontraba sentada en una silla, alejada, pero pendiente a todo lo que sucedía.

—Las noticias no son nada favorables. Me temo que…

—¿Perdón? —interrumpió, incrédulo, José Manuel. Todas las miradas se clavaron en él—. ¿Cómo que no son nada favorables, cómo que nada que hacer?

—¿Y usted es…? —preguntó Arnaldo y lo miró de arriba abajo para luego mirar de soslayo a Otilia, que observaba con el ceño fruncido todo lo que sucedía desde una distancia discreta.

—José Manuel Araiza. —Estrechó su mano al viejo doctor. Un apretón contundente de parte del joven—. Oncólogo, me imagino que igual usted.

Arnaldo balbuceó.

—Pero que… que… usted… eh…

—Te pido, Diego —rogó José Manuel mirando directamente a los ojos del hermano de la paciente—, que me permitas encargarme de Pamela. No puedo creer que un doctor se rinda ante una adversidad. Dame la oportunidad de salvarle la vida a tu hermana.

Otilia se levantó de la silla de familiares en la que estaba sentada y casi tropieza con una enfermera.

—¿Qué estás diciendo? —Se inquietó—. Arnaldo ha sido médico de esta familia desde hace mucho tiempo y fue quien trató la enfermedad de mi esposo.

—Que murió… —aseveró Diego.

Arnaldo sacó un pañuelo de su bolsillo para secar el incipiente sudor de su frente.

Alicia miraba a Diego y le pedía con la mirada que tomase la mejor decisión.

Rachel observaba confundida a su prometido quien, desde que llegaron a aquel pueblo, ya no la trataba de la forma en la que solía hacerlo cuando estaban en la capital. Ya no era para nada amoroso y ahora de repente mostraba una desbordante preocupación por una mujer que no había hecho más que tratarlo mal desde que pusieron los pies en aquella casa.

—Lo siento, Arnaldo —se lamentó Diego—, pero necesito otras opiniones. Necesito de alguien que no se rinda, necesito de alguien como José Manuel.

—Pero…

—¿Hay algún inconveniente en que la trate en la habitación que se encuentra, o que esté en este hospital? Pago lo que sea necesario para no tener que trasladar a mi hermana y que la atienda alguien que no pertenezca a su equipo de médicos.

—Faltara más —tartamudeó Arnaldo y le entregó la carpeta a José Manuel—. Todo por la salud de Pamela, y si crees que no estoy capacitado para…

—No es eso, Arnaldo, entiende que…

—Tranquilo, Diego. Quizá es mejor así —dijo y miró a Otilia con una media sonrisa, ya derrotado, pero a la vez contento de que pudiera explotar la bomba que él no había sido capaz de reventar.

—No, no, no —dijo, nerviosa, la viuda—. ¿Qué haces? Arnaldo es…

—No te metas, Otilia —vociferó Diego para luego bajar la voz—. Para empezar no sé qué haces aquí.

La viuda apretó muy fuerte los puños y se quedó en silencio. No podía seguir insistiendo con el tema de apoyar a Arnaldo para que continuara atendiendo a Pamela porque levantaría sospechas.

—Porque soy de la familia.

—Sí, y seguro estás muy interesada en la salud de mi hermana.

—Claro que sí, no soy un monstruo, Diego.

Alicia se acercó a su esposo y lo agarró de la mano mientras observaba a Otilia. Los ojos de la mujer se clavaron en aquella imagen.

—Acompáñame, José —ordenó Arnaldo—. Te daré una bata y todo lo necesario para que sea usted quien se encargue de aquí en adelante.

Otilia no podía creer lo que estaba sucediendo. Sus planes no podían derrumbarse así. Posiblemente, Pamela sí moriría, pero ella podría terminar en la cárcel si José Manuel hacía todos los análisis y las pruebas necesarias para detectar que Pamela estaba siendo envenenada.

La viuda se dejó tumbar en la misma silla en la que estaba sentada anteriormente, mientras veía alejarse por aquel pasillo largo de suelo blanco y paredes verdes a José Manuel y a Arnaldo, que se volteó y le volvió a mostrar aquella sonrisa demostrándole que estaba dispuesto a pagar para que ella también lo hiciese.

José Manuel le pidió a su prometida y a los demás que se marcharan a la finca y descansaran un poco. Aunque Diego rehusó, el joven médico lo convenció alegando que Pamela estaba en buenas manos y que confiara en él, entonces le hizo caso.

Los tacones de la viuda se desplazaban por aquel pasillo mientras su cabeza cavilaba todo lo que podía y estaba a punto de ocurrir por causa de este nuevo personaje, José Manuel, que ella no sabía de dónde había salido. Llegó hasta el consultorio de Arnaldo y se percató de que Lidia, la chiquilla insoportable que tenía de secretaria y que no la había dejado pasar la vez anterior, no se encontraba en su puesto. Aprovechó y se acercó al pomo de la puerta del consultorio, lo giró y se introdujo al lugar. Su vista se levantó y su boca se volvió una enorme O. Arnaldo se había

ahorcado colgándose de una sábana que había amarrado en las vigas de madera de aquel techo. Estaba muerto. La tez de su cara se había tornado de un color morado pálido, sus ojos estaban en blanco y la lengua estaba totalmente fuera de su boca. Otilia cerró la puerta sin dar mucha importancia a la situación, pasó como si en lugar de estar viendo a un muerto hubiese visto un objeto de arte decorativo. Se acercó muy despacio y trató de no tropezar con los zapatos del doctor que estaban tirados en el suelo, uno boca abajo y el otro de lado. «Quizás el espíritu de supervivencia intentando salvarse luego de haberse colgado lo hicieron patalear y así se les salieron de los pies», pensó. Comenzó a abrir todos los cajones del escritorio tratando de encontrar algo que tuviera los análisis reales de Pamela. Revisó también en un archivero, lo abrió: «Quintana». Ahí estaba el registro médico de Pamela, lo leyó por encima, no entendió nada, lo colocó de nuevo en su sitio y fue entonces al levantar la vista, que vio aquel papel encima del escritorio. Lo agarró. Era una nota:

Pamela está muriendo por mi culpa… Por culpa de Otilia. Ella la está envenenando y yo soy cómplice, no puedo más con esta situación. Decidle a mi hija que la amo, que la amé, que me perdone y, por favor, que Otilia pague por todo el daño que ha hecho, que no es poco. Perdonadme.

Arnaldo

Al parecer, el hombre tuvo la intención de contar que también había matado a Gustavo, pero ni aun sabiendo que moriría, tuvo el valor de contar tal atrocidad.

—Infeliz… —dijo mientras lo observaba colgado de aquella sábana—. Así que no te bastaba con matarte, también querías que pagara junto contigo. Pues te salió mal el juego.

Rompió el papel y lo metió en la cartera negra, tipo sobre que llevaba. Se acercó nuevamente a la puerta, la entreabrió y comenzó a gritar como loca, fingiendo terror.

—De nuevo nos vemos las caras, señora —expresó Clementino, sin sacar el palillo de entre sus dientes, por esa razón, las palabras que salieron de su boca se escucharon masculladas.

Otilia resopló.

—Cuéntame cómo sucedieron los hechos.

—Mi hijastra está ingresada en este hospital. El doctor Arnaldo se estaba encargando de ella, pero a Diego…

—¿Su hijastro? —interrumpió Clementino.

—Sí, exacto. —Puso los ojos en blanco, hastiada, porque le molestaba que se le recalcara que era su hijastro y no su hombre. Luego miró a su derecha y vio a Lidia muy nerviosa, llorando, sentada en una silla y bebiendo un vaso de agua—. A él se le ocurrió que Arnaldo ya no debía encargarse de Pamela y cambió a su doctor.

—¿Quién es?

—José Manuel Araiza. Es el novio de una amiga de Pamela, llegaron hace unos días.

Clementino escribió en una pequeña agenda que llevaba consigo.

—Pues vine porque quería disculparme con él por lo que había hecho Diego. Me dio mucha pena que se le tratase como un inepto después de haber sido médico de confianza durante tantos

años. Entonces fue cuando me lo encontré ahí, colgado. ¿Habrá sido por esa razón?

—¿Sabe usted quién es ella? —dijo Clementino, y le mostró un retrato con el cristal roto.

—Sí. Es su hija, Clara, vive en Barcelona. Se va a sentir devastada.

—Muchas gracias, señora Quintana.

—¿Puedo retirarme?

—Sí, por supuesto.

Otilia se levantó y se marchó por aquel pasillo de suelo blanco y paredes verdes, y le pareció escuchar que el detective Clementino pedía que buscaran a José Manuel para tomarle declaración.

Después de varios meses usando aquella ropa oscura desde que murió su marido, la viuda se vestía totalmente de blanco. Una bata blanca, una cofia en el cabello recogido y unas gafas transparentes, quizás le permitirían poder terminar con lo que había empezado. «14 B», decía aquella puerta en la que Otilia agarraba el pomo y lo giraba para introducirse en el cuarto. Allí estaba, con aquel suero enganchado a su cuerpo y conectada a esa máquina que emitía un sonido en forma de pito que descansaba cada tres o cuatro segundos. Se acercó y observó la pálida piel de su hijastra que abría los ojos lentamente.

—Enfermera… —masculló, casi sin aliento.

—Hola…

Pamela no podía divisar con claridad por causa de todos los calmantes que tenía administrados en su cuerpo, pero aquella voz sí la conocía a la perfección.

—Otilia… ¿Qué haces? —dijo en un casi susurro.

—¿Recuerdas que justamente así nos conocimos?

Pamela intentaba moverse, gritar, pero se sentía muy débil como para sacar palabras con fuerzas de su garganta.

—Cálmate. —La tranquilizó la viuda, y pasó muy lentamente su mano por el cabello de la joven—. ¿A qué le temes?

Pamela intentó quitarse el oxígeno. Otilia retiró su mano antes de que llegara al respirador y se inclinó hacia ella.

—¿Sabes? Tu padre murió porque así yo lo decidí.

La joven sin fuerza giró su cabeza y levantó la vista hacia Otilia entre jadeos.

—¿Y sabes quién me ayudó? Arnaldo, quien, por cierto, está muerto. —Una sonrisa diabólica —. Sí, se acaba de suicidar, no aguantó la presión ni la culpa por lo que estaba haciendo, pero eso te lo cuento ahora, voy por partes…

Los pitidos de la máquina comenzaron a sonar cada dos segundos.

—Yo maté a Gustavo Peñalver y maté también al padre Evaristo. Tengo que reconocer que eso fue sin querer, simplemente lo empujé y él resbaló, su cabeza tropezó contra el banquillo y ¡zas!, no fue mi culpa…

Los pitidos aún más seguidos.

—Y aquí la mejor parte. —Se acercó al oído de Pamela a tal punto que la joven pudo sentir su respiración pegada a la oreja—: Nunca tuviste cáncer. Te he estado envenenando con arsénico y el doctor Arnaldo me ha estado ayudando para que no os dierais cuenta. Y aquí estoy yo, para terminar lo que comencé.

Y en el preciso instante en el que sacó una jeringuilla de su bata para inyectar en el suero a saber qué sustancia, el pitido se hizo muy largo. Otilia arqueó una ceja y entraron corriendo tres enfermeras al cuarto, junto con dos doctores.

La mujer sigilosa bajó la cabeza y entre el aspaviento salió sin que se percataran de su presencia. Iba dando rápidos pasos, cuando vio que José Manuel pasó corriendo por su lado, pero tampoco la vio.

Un grito desgarrador que salió de la garganta de Diego retumbó en los pasillos de aquel hospital. Alicia lloraba a la par de su esposo e intentaba calmarlo con abrazos que sinceramente él no estaba sintiendo. El dolor que lo consumía por dentro no lo dejaba sentir más allá.

—¡Me dijiste que salvarías su vida! —gritó Diego, que señalaba con la punta de su dedo índice a un José Manuel, callado, y con los ojos envueltos en lágrimas.

—No es su culpa, Diego —intervino Alicia.

—Quiero que sepáis que Pamela será cremada y me llevaré las cenizas conmigo —fue lo único que dijo entre palabras masculladas.

El ceño de Diego se marcó mucho y secó bruscamente sus lágrimas con el dorso de ambas manos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué, qué demonios estás diciendo? —gritó violentamente, y agarró con fuerza a José Manuel por la bata. Alicia y Rachel intervinieron.

—¿De qué hablas, José Manuel? ¿Te has vuelto loco? —inquirió Rachel, confundida.

Diego lloraba y trataba de descargar su sufrimiento, su ira, pegando puñetazos a la pared.

—Mira, José Manuel, yo no sé…

—Tengo el derecho —interrumpió el joven doctor—, tengo derecho de elegir el destino que quiero para el cuerpo de mi esposa, y eso era lo que ella deseaba.

Todos se quedaron aún más confundidos.

—Espera… —A Rachel se le escapó una risilla de confusión—. No te estoy entendiendo, ¿estás bien, amor?

—¿Qué estás diciendo, José Manuel? —inquirió esta vez Diego.

—Que sé perfectamente lo que quería mi esposa y era que la cremaran.

Sucedió justo un día después de que Pamela entró a aquel hospital. José Manuel se las ingenió para entrar a su cuarto. Había estudiado en el colegio con Paco, un joven enfermero de aquella sala que no lo pensó dos veces para ayudarlo a entrar y ver a la joven que en ese momento estaba despierta, débil pero despierta. Muchas fueron las lágrimas que derramaron cuando por fin aclararon aquello que les había hecho sufrir por tantos años. Pamela se enteró de que ese hombre que ella tanto amó, Ramón Quintana, su padre, su pilar, su ídolo, había amenazado al joven con

hundirlo a él y a su pobre padre relojero si no se alejaba de su hija. Se besaron, hablaron del tiempo perdido y José Manuel sacó de su bolsillo aquel anillo lleno de recuerdos, aquel anillo que tanto deseó haber podido entregarle, aquel anillo que lo acompañó durante los últimos años. Se lo mostró, le contó las veces que lloró mirándolo mientras pensaba en ella, se reprochó por haber sido un cobarde que nunca regresó para luchar por su amor. Le pidió una segunda oportunidad. Le pidió matrimonio, y ella no dudó en decir que sí. Una promesa inundó aquel cuarto: salvarle la vida para poder estar juntos. Pamela volvió a cerrar los ojos. Cuando los abrió nuevamente, José Manuel le tenía la sorpresa preparada: un ramo de rosas blancas y aquel concejal a su lado que se encargaría de que por fin pudieran ser marido y mujer. Risas de alegría, llantos de alegría, minutos en los que la joven olvidó por completo su malestar. Una felicidad, al parecer, con tiempo de caducidad.

La mano de Rachel se marcó con furia en el rostro de José Manuel.

—¡Todo este tiempo me utilizaste para llegar a ella! —Volvió a pegarle aún con más furia. José Manuel solo bajaba la cabeza.

—No fue así, Rachel. —Lloraba—. Yo no supe de quién se trataba hasta que veníamos en camino.

—Eres un canalla, de los peores. —Rachel se arrancó el anillo del dedo y lo tiró contra el rostro de su exprometido—. Pónselo a Pamela, y muérete junto con ella para que seáis felices en el infierno, desgraciado.

El cuerpo de Rachel se alejó por aquel pasillo de suelo blanco y paredes verdes hasta desaparecer en una curva.

—Así que todo este tiempo fuiste tú. Eras tú ese chico de la feria que ella… Con razón me parecías conocido…

Diego se sentó en una de las sillas de espera y se colocó agobiado las manos en la cabeza. Su mujer se arrodilló frente a él para secarle las lágrimas y abrazarlo.

—Es injusto lo que quieres hacer —dijo Alicia, que volteó su cabeza y miró a José Manuel con los ojos hinchados de llorar.

—Solo hago lo que ella me pidió.

El joven tragó en seco y le dio la espalda a la pareja que se quedó allí sentada, consolándose entre sollozos y con aquel dolor inmensurable por la pérdida de un ser que ya no estaba y que, definitivamente, amarían por siempre.

Capítulo 15
¿Cabos sueltos?

No…

Capítulo 16
La gota que derramó el vaso

Seis meses no habían sido suficientes para que Diego aceptara que ya la presencia de su hermana no se sentiría bajo el techo de aquella enorme casa. El alcohol se había convertido en su mejor amigo y la tristeza de Alicia, al verlo en esas condiciones, en su peor enemiga. Fueron incontables los días en los que el hombre llegaba a la hacienda, casi cayéndose de lo ebrio que se encontraba. A Alicia aquella imagen le traía muy malos recuerdos. No podía evitar pensar las veces en las que su padre llegaba en esas condiciones a casa y luego hacía lo que hacía. Por suerte, Diego era un buen hombre y a lo único que se limitaba era a dormir y a desatenderse como marido. Nunca hubo ni un grito ni un maltrato ni nada semejante. Simplemente mucha desatención.

—No puedes seguir haciendo esto, Diego —decía la mujer mientras intentaba ayudarlo a levantarse del suelo. El hombre estaba sentado cerca del enorme ventanal, recostado a la pared y lo acompañaban dos botellas vacías de *whisky*. Esta escena se había hecho frecuente, formaba parte de la rutina de la pareja.

—Lo siento mucho, mi amor. —Palabras ininteligibles—. La extraño demasiado.

—La extrañamos, Diego —dijo cuando al fin logró ponerlo en pie—, pero yo no puedo seguir haciendo esto, no ahora. Tienes que ayudarme, por favor. Estoy esperando un hijo tuyo.

Los ojos de Diego se iluminaron como cuando la luz de la luna da directamente en un pedazo de vidrio roto en un montón de basura. Al escuchar aquellas palabras que salían de los labios de su esposa, no pudo hacer otra cosa que abrazarla. Le pidió perdón y le prometió que no volvería a beber; por ella, por él, y por el bebé que venía en camino.

Estaba siendo difícil, pero intentaba cumplir su promesa.

Era una de esas tardes grises en las que el cielo anunciaba que se acercaba una fuerte tormenta. El viento movía con furia las hojas de los árboles y ya comenzaban a caer las primeras gotas. Alicia se mecía en aquel sillón mientras Diego acariciaba su panza de siete meses y le sonreía como si ya pudiera ver la pequeña carita de su bebé. Pero todo no había sido tranquilidad y dulzura como reflejaba aquella imagen. En la octava semana de embarazo, pasaron por uno de los sustos más agobiantes de su vida cuando la joven tuvo una amenaza de aborto. Las precauciones que tomaban desde aquel amargo momento eran extremas, querían que el embarazo terminara sin problemas y ya ansiaban tener en brazos a aquel bebé que si era niña, la llamarían, Pamela, estaba clarísimo, y si era varón, Alejandro. Diego no deseaba nombrar a su hijo como su padre después de enterarse de lo que le había hecho a su hermana para que no se casara con José Manuel.

Había cesado de llover y Diego se encontraba en la bodega, supervisando el embotellado de la nueva cosecha. Alicia descansaba en su habitación y una silueta vestida de negro se acercaba al teléfono que estaba en aquella mesa esquinada junto a las escaleras que te llevaban a la segunda planta. Descolgó y le dio vuelta al disco varias veces.

—¿Doctor Pablo? Mi hermana se está sintiendo muy mal y Diego no se encuentra en casa, estoy muy preocupada. —La viuda ponía una voz de desespero que no coordinaba con los gestos burlones de su rostro—. No sé qué hacer, por favor, tiene que venir. —Lo disfrutaba—. No sé si será otra amenaza de aborto… sí…, sí…, muchas gracias. Corra, por favor. —Colgó y sonrió.

Un grito llamando a Claudia.

—Señora, ¿qué desea? —preguntó la joven, asustada. Claudia siempre temía cada vez que escuchaba la voz de Otilia gritar su nombre con esa fuerza.

—Las escaleras son un asco. Ahora mismo buscas un balde con agua y las limpias.

Claudia se sintió un poco confundida porque había hecho la limpieza muy temprano y ella estaba consciente de lo bien que hacía su trabajo. Pero, aun así, obedeció.

Mientras la viuda se acercaba al ventanal desde el cual se podía admirar el viñedo, encendió un cigarrillo y le dio una calada. Soltó el humo que chocó contra el cristal. Ahí estuvo por un buen rato hasta que vio a lo lejos el coche del obstetra de su hermana que se acercaba a la finca.

Otro grito se disparaba de su garganta y se transformaba en el nombre de Claudia saliendo de sus labios.

—Deja lo que estás haciendo y ve a la cocina a ayudar a Carmen con la comida. ¿Es posible que tenga que estar yo pendiente a todo? ¿Podéis hacer bien vuestro trabajo por una vez en vuestras vidas?

Claudia agarró el balde para retirarse sin decir una palabra.

—Déjalo ahí. Ahora llamo a otra de las chicas para que continúe haciéndolo. Definitivamente, a ti la limpieza no se te da nada bien. Ve, ve a la cocina, que es más lo tuyo.

Una vez que Claudia se retiró, la viuda subió las escaleras con mucho cuidado. A la mitad de estas, se encontraba el balde lleno de agua con espuma. Lo agarró, subió un poco más hasta llegar al final y derramó todo el contenido enjabonado sobre los escalones. Se introdujo en la habitación de su hermana y se paró frente a ella.

—¿Qué haces, Otilia?, ¿y por qué no tocas antes de entrar? —preguntó la joven que tejía, sentada en un sillón que Diego la había puesto en la habitación exclusivamente para ella.

—Tu doctor está abajo, parece que quiere decirte algo acerca del embarazo.

Alicia se levantó del sillón con dificultad, dejó la camisita a medio terminar y las agujas encima de la cama. Salió de la recámara y detrás, Otilia. La embarazada fue dando pasos hasta la escalera con las piernas entreabiertas, así, en ese modo en el que caminan las mujeres embarazadas que están haciendo una panza muy grande. Se aguantó de la barandilla y vio desde lo alto cómo Claudia cerraba la puerta luego de que el doctor entrara.

—¿Cómo está, doctor Pablo? ¿Qué sucede?

El hombre estaba un poco confundido. Otilia le había asegurado que su hermana se encontraba muy mal y él la veía en perfectas condiciones.

—Alicia, tenía entendido que…

Pero antes de que el hombre terminara la oración, el pie derecho de Otilia pisó un escalón mojado y rodó escaleras abajo frente a la mirada atónita de su doctor, que soltó su maletín y corrió hacia ella como si eso pudiera evitar la desgracia que se avecinaba.

Los ojos de Alicia comenzaron a abrirse lentamente. La luz blanca de la lámpara que estaba frente a ella en el techo de aquella habitación de hospital se le metió por los ojos, casi haciendo daño a sus pupilas. La cabeza de Diego se metió delante de aquel reflejo refrescando su vista. Ella lo miró a los ojos y se percató de que estaban hinchados y húmedos.

—¿Qué pasó? Mi bebé… Me caí, Diego… ¿Cómo está mi bebé?

Diego no podía mencionar palabra. El nudo que se le hacía en la garganta, al ver la desesperación con la que su esposa preguntaba, no le permitía mostrar el valor que se necesitaba para dar aquella noticia que sabía que la destruiría.

—Al parecer… —la voz de Otilia se resquebrajó —, Claudia estaba limpiando y las escaleras estaban mojadas cuando ibas a bajarlas. Resbalaste y sufriste una gran caída.

—Mi bebé… ¿Cómo está mi bebé, doctor?

Pablo jamás olvidaría los ojos de Alicia cuando hizo aquella pregunta.

Otilia continuó hablando, por Pablo y por Diego.

—Quiero que sepas que me he encargado de correr a Claudia. Por su culpa has perdido a tu bebé —dijo, y le agarró las manos.

—Lo siento, Alicia —fue lo único que se atrevió a decir Pablo, que sabía lo importante que era aquel embarazo para los Quintana.

El grito desgarrador llegó a oídos de varias personas de aquel hospital.

La tristeza y la depresión regresaron a la finca La Rosalía. Nuevamente, se vivía una crisis en el matrimonio de Alicia y Diego, y esta vez parecía no tener remedio. Había pasado un mes desde la pérdida del bebé y Diego había recaído en el alcohol. A Alicia se le habían agotado las palabras y sentía que ya no tenía las fuerzas suficientes para lidiar con su dolor por la pérdida de aquel bebé que tanto anhelaba y, aparte, tener que cargar con la adicción de su esposo por segunda vez.

Desde que la joven esposa había decidido mudarse a la habitación de Pamela para no tener que sentir aquel olor a alcohol noche tras noche, Diego aprovechaba y se ahogaba aún más en ese vicio tan peligrosamente atrapante que le generaba aquella necesidad de estar siempre enajenado para olvidar todas las tristezas que tenía agendadas en el corazón.

Era ese mes en el que se estaba un día con sol, dos con cielo nublado y los demás llovía constantemente. En otro momento tal vez Diego se hubiese preocupado por las lluvias tan frecuentes y lo que pudiera causarle a su viñedo, ya que el exceso de humedad en época de floración podría retrasar el inicio de maduración de la fruta, pero él no podía pensar en otra cosa que no fuese la muerte de Pamela y la reciente de un bebé el cual nunca pudo conocer, ni ver su carita ni escuchar su llanto ni disfrutar sus risas.

Una botella de vino vacía, una de *whisky* por la mitad y otra de ron debajo de la cama que junto con aquellas botas llenas de lodo desordenaban aún más el panorama. Él estaba muy borracho y el techo le daba vueltas, reía sin motivo alguno y tarareaba una canción que ni él mismo sabía cuál era. Sintió la puerta de la habitación rechinar. Pensó que podría ser su esposa y, en medio de su enajenamiento, pensó en el daño que le estaba haciendo. Levantó la cabeza. Vio una imagen acercarse, una silueta, no pudo divisar bien, pero definitivamente no era Alicia.

—¿Quién es? ¿Qué haces aquí? ¿No ves que estoy desnudo? ¿Por qué no tocas?

Se cubrió con las sábanas y dejó solo al descubierto sus piernas velludas, su torso y su fuerte abdomen. Intentó salir de la cama, pero no pudo. Las luces estaban apagadas y solo entraba por una de las ventanas una escasa luz, ya que llovía mucho y la luna no se encontraba por ninguna parte.

—¿Por qué cubres algo que ya he visto?

—¿Otilia?

La mujer se tiró encima de él y comenzó a besarlo por el cuello, los labios… Él intentaba apartarla, pero no tenía casi fuerzas.

—Suéltame, Otilia, ¿qué haces?

—No te resistas, mi amor. Sabes que me deseas, sabes que me deseas como yo a ti.

—No, Otilia, eso ya no…

Puso su dedo índice sobre sus labios y le pidió que callara arrastrando la «shhh».

—Calla…, solo calla, Diego. Te amo, te amo, y sé que tal vez mañana no recuerdes esto, o tal vez sí, y que no te importe, y…

Un relámpago iluminó el rostro de la mujer y Diego tuvo esos escasos segundos para ver las lágrimas que salían de sus ojos. Recordó la primera vez en la que probó de aquel cuerpo que emanaba tanto pecado, allí en la cocina donde pudieron haberlos sorprendido, luego recordó cuando lo volvió a hacer, justo en aquella habitación y por primera vez no lo recordó como algo que quería olvidar, sino como algo que deseaba que volviera a ocurrir. Era absurdo echarles la culpa de lo que sentía en ese momento a su crisis con Alicia, a que no tenían sexo desde hacía muchísimo tiempo, al alcohol, a la lluvia, a la situación, a la belleza de Otilia y a su perfecto cuerpo. Pero de lo que sí estaba seguro dentro de su enajenamiento era que, aunque se arrepintiera al otro día, en ese momento deseaba otra vez disfrutar de aquella mujer que tanto odiaba, porque lo hacía, la odiaba, pero le provocaba aquel maldito sentimiento de lujuria.

Otra vez sus labios junto a los suyos. Otra vez sus senos perfectos tocando su piel. Otra vez su cabello rozando contra su cara. Otra vez sus caderas moviéndose encima de él de ese modo tan sensual, tan sexual. Diego recorrió con su lengua cada centímetro, cada milímetro de su piel, llegó a su monte de venus, bajó un poco más, la hizo gemir de placer. La besó otra vez y otra vez y otra vez. Mojó sus dedos corazón e índice y tocó la humedad de aquello que tanto deseaba penetrar. Abrió sus piernas, rozó con su pene y se metió dentro de ella. Penetró, penetró, penetró y, de nuevo, y otra y otra y otra vez… Entre gemidos y sudor, llegaron al clímax y ambos jadearon de placer. Ella con una sonrisa dibujada en su rostro por haber logrado lo que tanto anhelaba y él simplemente se quedó mirando al techo con las manos detrás de su cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Estás arrepentido?

Un silencio.

—Diego…

Silencio. Sollozos.

—¿Estás llorando?

—Lo hice otra vez… otra vez… —dijo arrepentido y tapó su rostro.

—No, no, Diego…, en serio, no te preocupes. —Otilia puso su mano abierta en el pecho de Diego—. Si lo que quieres es que mi hermana no se entere, tranquilo, no se lo diré.

Entre la oscuridad, Diego intentó buscar el rostro de Otilia porque no podía creer lo que sus oídos escuchaban.

—¿Estás hablando en serio?

—Te lo prometo.

Diego sintió las manos de la mujer tocar su rostro.

Otilia estaba realmente enamorada de Diego. Y, aunque su intención era que él y su hermana terminaran, incluso fue la causante de la pérdida del bebé, esta vez deseaba ser paciente y sabía que cambiando de actitud, quizás podría ganarse de mejor forma al hombre que amaba. Al fin y al cabo, lo que lo conquistó de Alicia fue su dulzura.

—De mi boca no saldrá ni una palabra.

—Es que no eres así, Otilia. Sí lo harás, pero ese no es el punto. Aunque no lo digas, está mal lo que acabamos de hacer, lo que acabo de hacer.

—Estáis en una crisis, me imagino que no tendréis sexo, eres hombre y… ¡Joder!, estáis durmiendo en cuartos separados, tampoco te martirices tanto, fue solo sexo, al menos, para ti. Piénsalo así. —Los dos miraban al techo, aunque realmente no veían nada—. Yo no diré absolutamente nada.

Otro silencio y el sonido de un anillo chocando contra el suelo quebró ese silencio. Los dos se sentaron de golpe en la cama, asustados, no se veía muy bien, estaba oscuro.

—No tienes que decir nada, Otilia.

—¿Alicia? —se inquietó Diego.

—¿Desde cuándo estás ahí? —preguntó Otilia y se levantó de la cama cubriéndose con la sábana.

—El tiempo suficiente —dijo Alicia y encendió la luz para ver mejor aquel panorama.

Diego, desnudo en la cama. Otilia, envuelta en la sábana. El olor a sexo y sus cuerpos sudados fueron suficiente para hacer que aquellas lágrimas salieran de los ojos de la engañada.

—Alicia, yo… —dijo Diego, y se levantó de la cama.

—No, no, Diego. No lo intentes, no… —Secó sus lágrimas con el dorso de sus manos.

Un silencio.

—Alicia…

—Que te calles. No te quiero escuchar. Quedaos ahí mismo —dijo Alicia con una tranquilidad inquietante. Dio su espalda y se marchó de aquella habitación.

—Diego, yo…

—Lárgate, Otilia.

—Diego… no es mi…

—¡Que te largues!

Otilia soltó la sábana. Agarró el vestido negro que traía anteriormente y se lo puso. Buscó con la vista sus zapatos, pero luego recordó que había entrado a aquella habitación descalza.

—Solo quiero que sepas que…

Diego volvió a fulminarla con la mirada, y esta vez no tuvo que decirle con palabras que se marchara. La viuda le dio la espalda y se retiró de la habitación con aquella sonrisa cínica dibujada en su rostro, pero que no le mostró. Diego se levantó muy despacio, se acercó a la ventana, caminó hasta donde había sentido aquel sonido y ahí estaba, el anillo tirado en el suelo, junto a las botas sucias de barro. Aquel anillo con toda aquella historia de amor impregnada en él. Lo agarró y lloró, lloró hasta que vio el sol salir y a su esposa marcharse por aquel camino que invitaba a alejarse de sus tierras.

Capítulo 17
Cómo empezó todo

Siempre recordaré cuando lo vi entrar por la puerta de la cafetería donde yo trabajaba en Carabanchel. Se veía un hombre tan interesante, tan apuesto, tan vivo, a pesar de su edad. Se presentó diciendo que se llamaba Ramón Quintana, no sabía quién era, pero sí me sorprendió mucho cuando me contó que era esposo de mi hermana Otilia. Bueno, me sorprendió entre comillas, hacía años no veía a mi hermana, pero recordaba que era capaz de cualquier cosa, y no me sorprendía que en la actualidad fuera capaz de casarse con un hombre treinta años mayor que ella para disfrutar de comodidades. Tuvimos una charla larga, muy larga. Me dijo que a Otilia no le gustaba hablar de su pasado y que solo se había limitado a decirle que tenía una hermana y una madre muerta. En ese momento me pregunté cómo Otilia sabía que mamá estaba muerta si desde que se había marchado, más nunca supimos de ella. Ramón me dijo que Otilia le había contado lo que mi padre hacía conmigo y lo que había hecho nuestra madre para defenderme. En ese momento supe que había hecho algunos ajustes a la historia, porque ella nunca supo que nuestro padre también abusaba de mí. Le conté realmente cómo habían sucedido las cosas, y él entendió que posiblemente ella había hecho la historia de esa manera por vergüenza, o tal vez como una forma de catarsis para desahogarse y contar todo lo que le había pasado usando a una tercera persona, en este caso, a mí.

La verdad es que esa no fue la única vez en la que Ramón me frecuentó. Siguió visitándome y ayudándome económicamente, decía que Otilia me mandaba el dinero, pero que aún no estaba preparada para verme. No fue hasta ese día que lo encaré y le dije que si no veía a mi hermana, no aceptaría más el dinero, pero Ramón me dijo que en realidad quien me ayudaba era él. Me dio muchísima vergüenza y le dije que no aceptaría más aquella ayuda, pero me insistió alegando en que solo quería remediar el abandono de Otilia. Recuerdo aquellas charlas, y una en especial, cuando me enseñó aquella fotografía de sus hijos. En ese momento que vi a Diego por primera vez, jamás me imaginé la historia que estaba a punto de contarse. Ver su sonrisa tan espléndida en aquella foto, sus ojos chinitos de tanto reír y su cabello despeinado al lado de su hermana, que tenía una expresión muy parecida, me transmitió muy buena energía; se veían verdaderamente felices.

—¿Cómo se llevan con Otilia?

La expresión en el rostro de Ramón respondió mi pregunta. ¿Cómo iban a llevarse bien? Comenzando por el punto de que tenían prácticamente la misma edad y era fácil deducir por qué ella se había casado con aquel hombre, que, aunque sí, era muy agradable, igual era tres veces

más viejo que ella, y sumándole a eso, el carácter de mierda que seguramente seguiría teniendo mi hermana, en aquella casa se estaba viviendo, fijo, un infierno. Y el pobre Ramón en el medio.

Fue muy doloroso cuando recibí aquella llamada en la que me dijeron que Ramón había fallecido. La noticia que me había incluido en el testamento pasó totalmente desapercibida porque había hecho fijación en la tristeza que me provocaba su muerte. Lloré, sí, lloré. Y dije que no iba a formar parte de aquella lectura. Pero de repente me vi ahí, frente aquella enorme puerta y mirando la aldaba, pensando en si la agarraba o no. Lo hice y di tres fuertes toques.

Capítulo 18
¿Otra vez tú?

El sonido de la puerta abriéndose hizo que Otilia, emocionada y expectante, girara su cabeza preguntándose si quien entraría por la puerta sería la persona que había esperado durante ocho meses. Y sí, era él. Un Diego renovado entró por la puerta de aquella finca, afeitado, más fuerte, con sus rizos castaños perfectamente peinados y… ¿de la mano de Rachel?

Los ojos de la viuda se clavaron en aquellos dedos entrelazados y se preguntó confundida qué demonios pasaba.

—¿Qué significa esto? —preguntó Otilia y los señaló.

En los labios de Rachel se dibujó una sonrisa de medio lado.

Cuando Alicia se fue, Diego quedó aún más devastado. Siguió hundiéndose en el alcohol y se reprochaba haber caído de nuevo en el pecaminoso cuerpo de su madrastra. La mujer intentaba seducirlo día tras día, pero lo único que recibía de Diego era un total rechazo. Fue esa mañana, al levantarse, cuando decidió que lo mejor era marcharse un tiempo de la finca. Increíblemente, dejó todos los negocios, el viñedo, todo, absolutamente todo, en manos de Otilia, permitiendo que fuera ella quien se ocupase de lleno. Él necesitaba alejarse de todo y principalmente de ella.

Sin imaginar que aquel era el lugar donde su madrastra trabajó por un largo periodo de su vida, Diego comenzó a frecuentar Tacones Rojos, aquel bar-prostíbulo que se encontraba en el centro de Madrid. Ahí seguía hundiéndose en el alcohol, malgastando y saciando sus necesidades de hombre, macho, teniendo sexo con algunas de las prostitutas que ahí trabajaban.

Aquella noche no estaba tan borracho, estaba sentado en una silla, con sus codos apoyados a la mesa, tomándose una copa de vino de la botella que había pedido y que ya estaba por la mitad.

—Vino tinto La Montaña —dijo y se echó a reír. Él tenía claro que su vino Quintanitas sabía mejor que eso.

Una voz a su espalda, muy pegada a su oreja, le susurró.

—Nos volvemos a ver, Diego.

Cuando el hombre volteó no podía creérselo. Era Rachel.

Un montón de preguntas invadieron su cabeza. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué vestía así? ¿Era puta? ¿Acaso no era rica? ¿Acaso no era modelo? ¿Acaso no era aspirante a actriz?

—Sí, ya sé… No tienes que preguntar, yo responderé todas tus dudas sin que abras la boca y preguntes.

Un suspiro mudo se escapó de la garganta de Diego e incluso en ese momento sintió que se le había quitado el mareo que la bebida le estaba provocando minutos atrás.

—Pues… —comenzó Rachel que se sentaba a su lado y cruzaba aquellas perfectas piernas que tenía al descubierto con aquel vestido corto, muy corto, que llevaba puesto—. Se me cerraron las puertas, Diego, por haber abandonado mi carrera para perseguir una estúpida historia de amor, se me cerraron todas las puertas. No sabes a cuántas personas llamé, a cuántos productores intenté convencer de que no los defraudaría, pero la noticia de que abandoné mi carrera por un hombre corrió como la pólvora y un fallo en esta industria, por mínimo que sea, te entierra. —Encendió un cigarrillo y le dio una calada.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde hace unas semanas.

—¿Por qué no te había visto por aquí? Vengo muy seguido.

Rachel se encogió de hombros y prosiguió.

—Te preguntarás por qué no de camarera o de sirvienta. O, la más lógica, por qué no regreso con mi padre. Pues preferí el camino fácil. Fácil entre comillas, es duro estar con alguien que no te gusta, pero la mayoría de las veces son escasos minutos. Antes de venir a este lugar, llamé a mi padre, y su respuesta fue rechazar mi llamada.

Se quedaron mirándose por varios segundos. Ella se levantó sin decir una palabra porque sentía que los ojos de aquel hombre la juzgaban, entonces sintió la mano de Diego que agarró la suya.

—Espera, no te vayas. Quiero que seas tú esta noche.

Aquella madrugada no hicieron nada, solo charlar. Él le contó la manera estúpida en la que había perdido a su esposa y ella le contó que le había costado mucho superar a José Manuel, pero que, en casi dos años que había sucedido todo, ya se sentía más que reconstruida.

La siguiente madrugada tampoco hicieron nada. Diego le pagaba y tenían horas de charlas; ella no podía sentirse más cómoda. Reían, bromeaban y recordaban anécdotas de cuando eran niños.

La tercera madrugada ya hubo un pequeño roce en el cual los dos sintieron una sensación muy extraña. Diego, desde que su exesposa se había marchado —sí, exesposa, porque la última vez que supo de Alicia fue cuando le hizo llegar con un abogado los papeles del divorcio—, no se había planteado el volver a sentir algo por otra mujer.

La cuarta madrugada, ya sin alcohol, porque Rachel daba unas muy buenas charlas motivacionales acerca de la vida y de sentirse bien con uno mismo, sucedió el primer beso. Ambos se sentían muy extraños. Él besaba a una mujer a la que conocía desde que eran niños, que era una de las mejores amigas de su hermana y por la que jamás sintió absolutamente nada. Ella besaba a un hombre que era el hermano de su mejor amiga que resultó ser su rival en amores, aunque una noche Rachel analizó la situación y cayó en cuenta de que realmente la tercera en discordia siempre fue ella que conoció a José Manuel muchos años después.

La quinta madrugada tuvieron sexo. Ambos lo deseaban porque ya sentían una fuerte tensión sexual desde la última vez que habían estado juntos. Diego sintió que fue algo muy bonito. Aunque no había sido tan intenso como el que había tenido con Otilia, ni tan dulce como el que había tenido con su esposa, fue una sensación muy linda y le hizo sentirse vivo otra vez. Rachel, por su parte, jamás imaginó que aquel hombre, al que ella jamás le había mirado la cremallera ni por casualidad, le haría sentir aquella sensación tan explosiva y gustosa.

El sexto día, Diego se llevó a Rachel de aquel lugar que nunca tuvo que haber pisado. Se alquilaron en un piso en Gran Vía con balcón a la calle y que los hacía disfrutar del bullicio y el gentío que siempre había en el centro de Madrid. Diego se sentía tranquilo. Rachel le aportaba mucha tranquilidad y, aunque todavía pensaba y amaba a su exmujer, estaba dispuesto a darse una segunda oportunidad en el amor.

—¿Estáis diciendo que ahora estáis juntos?

Un silencio de la pareja.

—Y ahora diréis que os vais a casar, ¿o qué?

La desesperación en las preguntas de Otilia era muy notoria.

—No tengo por qué darte ninguna explicación ni tenerte al tanto de mi vida sentimental —añadió Diego, y caminó por delante de Otilia sin soltar la mano a su ahora novia que le lanzó a la viuda una mirada burlona.

La presencia de Rachel en la finca La Rosalía tenía los nervios de Otilia a punto de colapsar. Ella no podía creer su mala suerte, pensaba que la única piedra que tenía que sacar de su camino era Alicia, pero al parecer estaba muy equivocada. Otilia cavilaba día tras día, formulando algún plan que hiciera que aquella mujer saliera de sus vidas de una forma radical.

Era una de esas mañanas frescas en la finca en las que Diego se despertaba porque sentía el silbido de los pájaros que revoloteaban cerca de las ventanas de la habitación. Abrió los ojos y vio el cuerpo desnudo de Rachel a su lado. La besó.

—Esto es muy loco. Jamás imaginé que algo así ocurriría.

—Ni yo.

Él comenzó a hacerle cosquillas y ella sonreía desenfrenadamente.

—Ya para, para —decía.

Diego miró al techo y colocó sus manos detrás de su cabeza, mientras Rachel posaba su brazo en el fuerte pecho del hombre y hacía suaves círculos con sus dedos.

—En Madrid sucedió algo que no te conté…

—¿Qué sucedió? —inquirió la joven.

Un largo silencio.

—Pero habla… —Sonrió y le dio un suave manotazo en el pecho.

—Vale, vale. Vi a Alicia.

Rachel se despegó de Diego y se sentó en la cama mientras él levantaba la vista, marcando las líneas de expresión de su frente.

—¿Te viste con ella?

—No, no, no. La vi desde el balcón donde nos quedamos. Fue en fracciones de segundo, fue muy rápido, pero la vi. Sé que era ella, caminaba por Gran Vía.

Rachel respiró profundo. No quería que nuevamente el fantasma de un antiguo amor le hiciera sombra.

—Tal vez te confundiste… En Gran Vía camina mucha gente. ¿Cómo puedes haberla visto desde tal altura?

Diego se sentó en la cama también.

—Rachel, era ella.

—Ya —dijo la joven y se levantó—. ¿Y te dieron ganas de buscarla, de hablar o qué?

—Pero ¿por qué estás tan exasperada, mi amor?

«¿Mi amor?». Era la primera vez que Diego la llamaba así.

—Pude decidir no contártelo. —Diego se levantó, también desnudo, y atrapó a su novia por la espalda. Ella estaba parada en la ventana y sintió cómo el pene de aquel hombre rozaba sus nalgas—. Sin embargo, lo hice. Estamos bien, no tienes de qué preocuparte.

Una sonrisa se escapó de la boca de Rachel, que logró liberarse de aquellos brazos para voltearse y besar los labios del hombre que últimamente la enloquecía de tal manera.

—Ya, ya, no empieces. —Sonrió, pícara—. Mejor vistámonos y bajemos a desayunar. Así, de paso, me divierto viendo cómo a Otilia se le revuelven las bilis otra vez, como cada día, cuando nos vea juntos.

—Eres muy mala —afirmó Diego sonriendo mientras buscaba su pantalón para ponérselo.

Como era de esperar, Otilia no pudo disfrutar del desayuno. Los mimos entre Diego y su nueva rival la ponían muy furiosa. Cabe destacar que Rachel le ponía empeño a su parte cariñosa, aún más, cuando Otilia estaba presente.

—¿Podríais evitar ser tan ridículamente empalagosos? —preguntó Otilia sin mirarlos mientras cortaba un pedazo de bacon con el cuchillo de mesa.

—Lo que pasa es que te estás muriendo de envidia porque desearías estar sentada en esta silla, en mi lugar.

—Rachel, por favor —intervino, Diego.

En los labios de Rachel volvió a dibujarse aquella sonrisa burlona, muy burlona, que a Otilia tanto le molestaba. Ya no era solo el hecho de que estuviera con el hombre que amaba, también sucedía que aquella mujer intentaba ser superior a ella sin imaginar las cosas que Otilia era capaz de hacer y hasta dónde estaba dispuesta a llegar sin ningún tipo de miramiento.

La viuda levantó la vista y le devolvió la sonrisa a Rachel mientras sutilmente agarró el vaso de zumo con su mano derecha, se levantó y se lo arrojó en el rostro, dejando a Rachel con la boca desencajada, y a Diego con los ojos muy abiertos mirando a una y a otra.

—¿Qué haces, Otilia? —chilló el hombre, que se levantó y sacudió su camisa intentando quitar lo que le había salpicado.

De la nada, Rachel se levantó de su silla y, por encima de la mesa, tirando platos, vasos, copas, comida, mantel, todo, se le lanzó a la viuda directamente al cabello y las dos terminaron revolcadas en el suelo dándose bofetadas mientras gritaban descargando toda la ira que sentía la una por la otra.

Diego intervino en la riña y luego de varios intentos fallidos para separar a aquellas fieras, lo logró cuando dio un grito molesto.

—¡Basta! ¿Esto qué significa? ¿Sois damas o qué sois? ¿Qué tipo de comportamiento es este? —Agarró a Rachel de un brazo y se la llevó con él, subiéndola casi a rastras por aquellas escaleras que llevaban a la segunda planta.

Otilia, por su parte, respiró. Respiró profundo y volvió a hacerlo. Pero por más que intentaba ser ecuánime, no pudo. De su garganta se escapó un grito de rabia que lo acompañó con el sonido del vaso que agarró y estalló contra una de las paredes de aquella cocina.

Capítulo 19
Te extraño, te olvido, te amo

No voy a negar que desde que Rachel llegó a mi vida he visto un rayo de luz en medio de todas esas nubes negras en las que se había convertido mi existencia. Es injusto para ella lo que está sucediendo. Siento que la utilizo para sacar esa flecha con el nombre grabado de Alicia y que cupido al parecer supo clavar muy bien en mi corazón. No hay día en que no piense en lo felices que éramos, en lo estúpido que fui al fallarle. ¿Cómo pude caer en la tentación de volver a beber del veneno que producía el cuerpo de Otilia? Eso es algo que no me perdonaré. Aquí tengo el anillo, ese anillo que no hace más que recordármela, a nuestro matrimonio y al sonido que produjo cuando lo tiró contra el suelo en aquella fatídica noche. No voy a negar que he pensado en deshacerme de él, pero no he tenido el valor. Cuando Rachel me preguntó si me dieron ganas de salir corriendo detrás de Alicia cuando la vi en Gran Vía, quise responderle que sí, que sí deseaba gritarle desde aquel balcón tan alto, que la amaba con todas mis fuerzas, que me perdonara, que comenzáramos de cero. Rachel…, mi pobre Rachel…, lidiando nuevamente con un hombre que solo la usa para olvidar un amor inolvidable. Ya perdí las esperanzas de que la verdadera mujer que amo regrese a mi vida. Solo espero que, sea donde sea que se encuentre, logre ser feliz y que al menos me recuerde un uno por ciento de todo lo que la recuerdo yo a ella. He intentado olvidarla navegando en otro cuerpo, pero ha sido un intento fallido. No podré olvidarla porque la amo, porque la extraño y porque siempre será parte de mi vida, aunque quizás ya no vuelva a verla.

Capítulo 20
La solución a todos mis problemas

—Señor Acevedo, lo siento. Intenté detenerla, pero…

—Soy Otilia Quintana —dijo la viuda interrumpiendo a la joven secretaria de cabello negro rizado y grandes gafas que temblaba nerviosa en la puerta de aquella oficina—. Usted y yo tenemos que hablar de un tema muy serio.

—Perdón, pero ¿usted quién es? —dijo el hombre, y se levantó metiendo las manos en los bolsillos del pantalón de su traje marrón.

—Le acabo de decir…

El hombre se acercó muy despacio a Otilia y se paró frente a ella. La mujer lo miró por unos segundos directamente a los ojos, para luego posar su vista en aquel gigantesco ventanal de cristal en el cual se veía prácticamente todo Madrid. Era una vista impresionante.

—¿Cómo entró a mi constructora? —preguntó en un tono muy calmado, mientras se acomodaba sin motivo alguno su corbata azul burdeos.

La viuda arqueó una ceja y se volteó a mirar a la secretaria. Luego lo miró a él.

—Gertrudis, déjanos a solas.

—Lo siento, señor —dijo la mujer, y se retiró cerrando la puerta.

—¿Va a contestar mi pregunta?

—No —respondió, tajante, la viuda—. Lo único que tiene que saber es que su hija está viviendo en mi casa y que no le va a gustar nada, pero absolutamente nada, la historia detrás de todo.

—¿Mi hija?

—Sí. ¿Usted no es Pedro Acevedo, el padre de Rachel Acevedo?

—Sí. ¿Pe… pero ella no está casada con ese mediquito de…?

—Ya veo que está muy desinformado. Vamos, tendrá que dejar a la magnífica Madrid para acompañarme a Socuéllamos. En el camino le cuento.

—¿Y si le digo que no me interesa lo más mínimo lo que pueda decirme de Rachel?

—Sí, sí le interesa porque está en juego su reputación y la de su constructora. —Esto último lo mencionó abriendo los brazos y agregando mucho suspenso a la sonrisa que le lanzó.

La viuda le dio la espalda a aquel elegante señor que no pudo evitar posar su mirada en el trasero de tan impactante mujer y que no tuvo otra alternativa que seguirla.

Las cosas estaban muy tensas en La Rosalía. Diego había caído nuevamente en ese hueco profundo donde lo arrastraban sus demonios, haciéndole beber por días y días. Rachel creía que

ya lo había ayudado a superar aquel maldito vicio, pero cuando menos lo pensó, ahí estaba él otra vez aferrado a cualquier bebida alcohólica que se le presentara.

—Diego, pero ¿por qué esto otra vez? —decía Rachel mientras lo miraba vaciar con total rapidez aquella botella de *whisky* a punta de botella.

—Déjame solo, Rachel —masculló el hombre que, sentado en el sofá, miraba cómo el techo le daba vueltas, pero, aun así, no se detenía.

—Pero es que no comprendo… Estabas bien, estábamos bien.

Un silencio por parte de Diego.

—Yo, de verdad que no puedo continuar con esta situación —continuó Rachel—. En serio, si no me dices que te ocurre voy a tener que marcharme.

Diego se levantó y la miró con los ojos torcidos.

—Pues si te quieres ir… —dijo—, vete. Yo no te voy a detener. Si lo que quieres es regresar a ese bar de mala muerte y seguir prostituyéndote, hazlo.

Rachel puso su mano derecha en el rostro de Diego.

—No te voy a permitir —vociferó— que me hables así, y más sabiendo cuál es mi historia, por qué terminé en ese lugar.

—Por puro gusto —sentenció Diego.

Volvió a darle otra bofetada.

—Eres un canalla. ¡Un canalla! —gritó con los ojos envueltos en lágrimas—. Ahora entiendo por qué Alicia se marchó de tu lado, porque eres un despojo humano. Mírate, no vales como hombre ni como nada.

Diego se dejó caer en el sofá y se escuchó el sonido de algo que cayó al suelo. Rachel llevó su vista hacia allí, y fue cuando lo vio.

—Así que era por esto —dijo, y se agachó a recogerlo—. Siempre ha sido por esto. Siempre ha sido ella…, Alicia.

—Devuélveme el anillo —gritó Diego, y volvió a levantarse.

—Eres tan patético… —espetó Rachel, y corrió hasta el ventanal haciendo desaparecer el anillo lanzándolo a la nada.

Diego gritó y corrió hacia allí moviendo de forma constante la órbita de sus ojos con la esperanza de ver algo tan diminuto desde aquella distancia.

—¿Qué hiciste?

—Ponerte los huevos en su lugar, estúpido. Si tanto la amas, no te aferres a un anillo ni a toda esa bebida y ve a por ella. ¿Cómo se puede ser tan poco hombre de dejar ir a la mujer que amas y después intentar olvidarla haciéndole el amor a alguien más?

—Jamás te hice el amor —respondió severo el hombre y mirando directamente a los ojos de Rachel.

—Lo sé —respondió ella con un nudo en la garganta y con el corazón muy estrujado—. Y no te culpo del dolor tan grande que estoy sintiendo ahora mismo, no. Me culpo a mí, me culpo por haberme enamorado de alguien que ya tenía dueña. Porque sí, entérate, Alicia es tu dueña. Solo mírate. Mírate, mírate cómo te tiene.

—Yo estoy así desde antes de que se fuera —dijo el hombre, y se sentó en el suelo en posición de feto, tapándose el rostro con las manos.

—Y entonces sufrías por la muerte de tu hermana, pero ahora no es Pamela, y lo sabes.

Rachel se secó las lágrimas con las yemas de los dedos y justo en el instante en que iba a subir las escaleras, entró Otilia.

—Vuestros gritos se escuchan afuera. ¿Interrumpo? O, más bien, ¿interrumpimos?

Pedro entró.

—¿Papá? —dijo Rachel, sorprendida.

Diego levantó la vista desde donde estaba y vio cómo aquel hombre se acercó a su hija y le dio una fuerte bofetada, tirándola al suelo.

—Así que puta, PUTA. Mi hija, una Acevedo, puta. Tu madre estaría muy decepcionada.

Rachel se lamentaba entre sollozos mientras intentaba ponerse en pie.

Otilia se había dedicado los últimos días a espiar minuciosamente a Rachel y a escuchar detrás de las paredes para estar al tanto de cada cosa que pudiera salir de la boca de esta y que le sirviera para sacarla de su casa. Fue aquella noche en la que se retiraba a su cuarto, cuando escuchó risas detrás de la puerta de la habitación de Diego. Pegó la oreja a aquella puerta, sin imaginar que escucharía a Rachel agradecerle a Diego por haberla sacado de Tacones Rojos. Se sorprendió mucho de que aquella chica hubiese ido a parar allí y también se preguntó si Rochette aún seguiría trabajando en aquel lugar. La viuda sabía que aquella información le serviría de algo, pero no estaba segura de cómo podría utilizarla; por esa razón, en una tarde en que ninguno de los dos se encontraba en la casa porque habían ido al pueblo, ella se introdujo a la habitación y comenzó a esculcar entre las pertenencias de la mujer y se encontró con aquella foto. Rachel de pequeña con su padre, sentados en el banco de un parque. La volteó y pudo leer claramente: «Pedro Acevedo y su niña. Madrid, 1941». Ya Otilia había escuchado que el padre de su rival era un hombre importante, propietario de la Constructora Acevedo, pero no se le había ocurrido hasta ese momento, que, sin querer, toda aquella información podía ayudarla a quitarse esa piedra del camino de una forma menos criminal.

—¡Y tú! —Se volteó hacia Diego, clavándole los ojos con furia—. Eres un canalla que…

Rachel gritó el nombre del padre e intervino cuando se percató de que Pedro atacaría a Diego.

—Espera, papá. Diego no es culpable de nada. —Corrió hacia su padre y comenzó a hablarle con la mirada pegada al suelo—. Al contrario, él me sacó de ese lugar.

—¡Qué vergüenza, Rachel, qué vergüenza! —El hombre tapó su rostro con las manos—. ¿Sabes lo que hubiera ocurrido si alguien te llega a reconocer en ese prostíbulo? ¿Si se llegan a enterar de que mi hija era puta de un bar de mala muerte?

Rachel levantó la cabeza y miró a su padre directamente a los ojos.

—¿Eso es lo único que te preocupa?, ¿tu constructora y lo que pueden haber pensado si alguno de tus trabajadores o inversionistas llegaran a pisar aquel lugar y me veían? ¿Sabes lo que pensarían? Que el único canalla eres tú.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Pedro.

Diego se puso en pie y se acercó a ellos dando tumbos.

—Te digo, papá, que antes de pisar ese lugar me deshice de la única dignidad que me quedaba y recurrí a ti, pero rechazaste mi llamada.

—La dignidad la perdiste en ese lugar, Rachel. No con la llamada rechazada, no seas descarada y ridícula.

Otilia medio sonrió.

Rachel se dejó caer en el sofá y comenzó a llorar sin poder detenerse. Diego se acercó y se sentó a su lado; intentó abrazarla para consolarla, pero ella lo rechazó.

—¿Tienes idea de lo que es crecer sin la única persona que en realidad te amaba? Mi madre, ella era la única que…

—Tu madre volvería a morir si viera en lo que te has convertido —interrumpió Pedro.

Rachel sonrió y aplaudió irónica.

—Bravo. Este eres tú, siempre has sido tú. El padre del año. ¿Te has puesto a pensar por qué decidí prostituirme en lugar de insistir en ir a buscarte?

Pedro le lanzó una gélida mirada y no respondió. De pronto, todos estaban en silencio hasta que se escuchó la voz de aquel hombre.

—Quiero que recojas tus cosas. Te marchas conmigo hoy mismo de este lugar. Vamos a ver de qué manera podemos componer esta vida que te has inventado.

A la viuda se le iluminaron los ojos.

—¿Sabes por qué voy a aceptar irme contigo? —dijo Rachel, y se mordió el labio superior después de secarse las lágrimas—. Porque no tengo nada más que hacer en este lugar. Y creo que es mejor estar en el infierno que viviré contigo, a vivir en el infierno que estoy viviendo ahora mismo.

—¿Tan mal la has pasado? —preguntó Diego, aún muy borracho, machucando cada palabra.

Rachel simplemente lo miró y, sin decir ni una sola palabra, se dirigió hasta las escaleras, no sin antes acercarse a Otilia y mirarla de arriba abajo.

—Si pensabas que me ibas a hacer daño trayendo a mi padre, pues te equivocaste. Es más, te lo agradezco.

La viuda mostró una media sonrisa.

—Para que después digáis que soy mala persona —dijo en tono descarado y burlón.

Rachel resopló y subió las escaleras para buscar sus pertenencias.

Diego observaba desde el ventanal cómo Rachel y su padre se marchaban por el mismo camino por el que se había marchado Alicia. Pegó la cabeza al cristal, provocando que se empañara con su respiración. Pegó sus manos al cristal y cerró los ojos. Respiró profundo y sintió las manos de la viuda pegarse a su espalda.

—Quiero que sepas que…

—No, Otilia. Ahora no —interrumpió el hombre, agobiado.

Abrió los ojos y fue cuando un destello se metió en sus pupilas. En sus labios se dibujó una sonrisa y corrió, corrió para salir de la hacienda, dejando a Otilia allí parada, recibiendo el mismo destello.

Diego se agachó para recogerlo. Nuevamente, estaba sosteniendo con sus dedos pulgar e índice aquel anillo que le pareció haber perdido. Lo besó y lo guardó en el bolsillo de su pantalón vaquero, alimentando así la esperanza de volver a recuperar el amor de su vida, como igual que recuperó aquel anillo que, hasta hace unos minutos, creía extraviado.

Capítulo 21
Nada es lo que parecía

Corría el año 1959 y era una de esas tardes frescas de primavera. Sentado en el sofá de cuero negro, Diego leía una carta que le había enviado Rachel, en la que le comentaba que había visitado La Habana, en Cuba, pero que no le gustaban los aires que estaba tomando aquella isla desde que Fidel Castro había tomado el poder. Le contaba que el ambiente se sentía diferente y que presentía que iba a haber un cambio radical en la isla. Diego recordó cuando pasó su luna de miel en Matanzas y lo hermoso que era aquel país. Rachel lo felicitaba por haber dejado de beber desde hacía casi un año y le comentaba que por supuesto que lo perdonaba por todo lo que había ocurrido, que ya todo estaba olvidado, que el amor había tocado nuevamente a su puerta y que esperaba que esta vez fuera la definitiva. Conoció al chico en la constructora de su padre, con el que, por cierto, estaba teniendo una mejor relación. Al menos no discutían tanto y la apoyaba en sus ganas de convertirse en actriz de cine. Aunque todavía no lo había logrado, no perdía las esperanzas.

Tres toques interrumpieron la lectura de la carta. A la mente de Diego vinieron automáticamente aquellas imágenes, haciéndole recordar el día que conoció a Alicia y en el que todo comenzó con el sonido de aquella aldaba chocando contra la puerta.

Otilia, que en ese momento pasaba por delante, abrió.

Era un hombre guapísimo. Tendría unos treinta y tantos años. Ojos verdes y postura de galán. Brazos fuertes, espaldas anchas y un cabello castaño, rizado que caía en su frente. Llevaba unos vaqueros que le quedaban a la medida y unas botas de cuero, una camisa color marrón, de cuadros, remangada hasta los codos, hacía lucir sus fuertes antebrazos.

—¿Hola? —dijo Diego con el ceño fruncido, y se levantó para presentarse a aquel hombre que se había metido a su casa.

El joven no respondió al saludo. Simplemente, se adentró unos pasos más y observó la casa, dando un giro sobre sus pies.

Otilia miró confundida a Diego y luego volvió a mirar a aquel hombre que le pareció tan atractivo e interesante.

—¿Se puede saber quién es usted? —preguntó Diego con voz firme.

—El verdadero dueño de todo esto —respondió el joven abriendo los brazos y mostrando sus dientes con una amplia sonrisa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué tipo de broma de mal gusto es esta? —gruñó Diego.

—Mi nombre es Damián Manchego —dijo el hombre, y caminó ante la mirada atónita de Diego y Otilia. Se sentó en el sofá y prosiguió—. Como os decía, mi nombre es Damián y soy

hijo de Ramón Quintana.

Diego cerró los ojos y respiró profundo, luego soltó una sonrisa, confundido y nervioso.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién eres tú? —preguntó con un tono más fuerte y se paró frente al tal Damián, que levantó la vista y sonrió de medio lado con descaro.

—Diego te llamas, ¿no?

Diego se quedó callado y arqueó las cejas al mismo tiempo que cruzaba los brazos. Se dice que cuando se hace este gesto, inconscientemente estás creando una barrera entre tú y algo o alguien que no te gusta.

—Pues sí —prosiguió el hombre. Otilia estaba totalmente fascinada con la seguridad que desprendía Damián—. Ramón Quintana fue amante de mi madre hace más de treinta años. Sabía de mi existencia, pero nunca le importó.

Diego descruzó los brazos y se los llevó a la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué locuras estás hablando?

Otilia caminó sutil y se sentó al lado de aquel personaje. Se acomodó recostando la espalda en el espaldar del sofá y cruzó las piernas.

—Él jamás habló de ti.

—¿Y tú eres…?

—Otilia, la viuda de Ramón.

—Vaya —exclamó—, al menos papá tenía buen gusto. Bueno, sí que lo tenía, mi madre también era hermosa.

Otilia le regaló una mirada coqueta y seductora.

—Como os contaba, al morir mi madre, me obsesioné con el tema de mi padre y su dinero.

—¿Pero no lo niegas? ¿No niegas que lo que buscas es dinero? —increpó Diego.

—¿Y qué creías?, ¿que me presenté aquí para conocer a mi hermanito y a la sexy viuda de mi padre? Pues no, hombre. Estoy aquí porque quiero lo que me pertenece, y si no vine antes fue porque mi madre, que en gloria esté, me lo prohibía. No quería nada de ese canalla que lo único que hizo fue usarla y después huir de sus responsabilidades.

Un silencio absoluto de varios segundos. Casi un minuto.

—Esto me parece surreal —dijo Diego, y se frotó la sien mientras caminaba de un lado a otro —. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué no desde hace años?

—¿No escuchaste lo que acabo de decir?

—Su madre no se lo permitía —agregó Otilia con total tranquilidad.

—Y las madres son sagradas —dijo, y besó una cadenita que colgaba de su cuello.

—¿Era de tu madre? —preguntó Otilia.

—Sí, sí lo era.

Diego se percató del coqueteo de Otilia hacia su «hermano». La conocía demasiado bien y no pudo evitar pensar por qué le molestaba tanto la actitud de su madrastra. Ego de macho.

—¿Pero cómo podemos comprobar que todo esto que estás diciendo es cierto?

El hombre se levantó furioso del sofá.

—Ramón Quintana es mi padre —reiteró, molesto—. Se aprovechó de mi madre y se

desatendió de mí. Lo siento si sientes dolor porque se te cayó del pedestal, pero ese era tu padre. Bueno, padre, padre… como que no —aseguró y se volvió a sentar.

—La verdad que mi esposito era una joya y no lo sabíamos —agregó Otilia—. Alejó a Pamela del hombre que realmente amaba, engañaba a tu madre, ve tú a saber con cuantas mujeres, y tuvo un hijo bastardo, sin ánimos de ofender —dijo, y colocó su suave mano sobre la áspera de Damián, que no pudo evitar disfrutar de aquella acción—. ¿Comenzarán a aparecer más Quintanas reclamando la herencia?

—Espera, espera —dijo Diego, que se había quedado con algo en la cabeza—. No entendí lo que dejaste entrever hace unos segundos.

Otilia los miró a ambos. No entendía.

—Siento lo que te voy a decir y sé que no te gustará, pero tú… —decía el hombre con unas pausas superdramáticas—, tú… no eres hijo de Ramón.

Diego se abalanzó contra Damián y lo agarró con fuerza por la camisa levantando al hombre del sofá.

—¿Qué estás queriendo decir? —gritó—, ¿que mi madre engañó a mi padre? Eso no te lo voy a permitir.

—Espera, hermanito. —Se rio burlón Damián y empujó a Diego. Se sacudió la camisa tratando de planchar con la palma de sus manos lo que se había estrujado y volvió a mirar a su hermano directamente a los ojos—. ¿Te puedes calmar? No quise decir eso, te acabo de decir que las madres son sagradas. —Volvió a besar la cadenita—. Como os estaba comentando —dijo, y volvió a sentarse. Esta vez colocando su pantorrilla encima de su muslo, pegado a la rodilla y descansando la espalda en el sofá, mostrándole su mejor perfil a Otilia que por primera vez no solo estaba pendiente de Diego—, como me obsesioné con todo esto de los Quintana, hice mis propias investigaciones, pagué a algún que otro detective y lamento decirte, hermanito, que eres adoptado.

—¡¿Qué?! —se sorprendió Otilia.

Diego estaba sin palabras.

—Su esposa no podía tener hijos y, pues, te adoptaron en el orfanato Las Luces, de donde salió papá.

—Esto no está pasando —repetía Diego una y otra vez.

—Pues sí, sí está pasando. Tengo fotos, documentos, todas las pruebas necesarias para comprobar que todo lo que digo es cierto. —El hombre se puso en pie—. Había omitido que tengo mucho dinero. Sí. No soy ningún muerto de hambre aprovechado detrás de una fortuna, no, no. Soy un hombre poderoso detrás de una fortuna que le pertenece y que voy a obtener porque nunca es suficiente.

—Las palabras que salían de la boca de aquel hombre fácilmente podían provocarle un orgasmo a Otilia.

—¿Y mi hermana? —fue lo único que a Diego se le ocurrió preguntar.

—Sí, ella si es hija, digamos que es el milagrito. Por cierto, siento lo de su muerte.

Sí que estaba informado, sí.

—¿Sabes con quién puedes corroborar todo esto, verdad? —preguntó Otilia.

Diego estaba bloqueado.

—¿Diego?

—Perdona. ¿Qué decías, Otilia?

—En realidad, te hacía una pregunta retórica. —La viuda respiró profundo—. Te la volveré a hacer: ¿Sabes con quién puedes corroborar toda esta historia?

—No, no, no sé, Otilia —respondió aturdido.

—Con Gloria.

—¿Qué Gloria?

—Tu madrina, Diego. ¿Qué te pasa?

—En fin, quiero que sepáis que tengo cartas que se enviaban mi madre y tu padre y hay dos o tres donde él confirma que soy su hijo y que no pensaba ocuparse de mí. Te vine a avisar de que todo lo que tengo lo voy a usar para impugnar el testamento. Quiero lo que me pertenece.

Diego se paró firme delante de aquel hombre. Respiró profundo y se colocó las manos en la cintura.

—Tú haz lo que tengas que hacer —dijo Diego mirando fijamente a aquel hombre—. Si todo esto resulta ser cierto, te prometo que yo mismo me marcho de esta finca y te lo dejo todo. Absolutamente todo.

Capítulo 22
La otra cara de la moneda

Ocurrió el 7 de marzo de 1922, en el Teatro Real de Madrid. Había concluido una fantástica presentación del tenor Miguel Fleta donde solo pudieron darse el lujo de entrar las figuras más importantes e influyentes del arte, la política, la flor y nata de la época. Ramón era amigo de un reconocido político al que acompañó a tan majestuoso espectáculo y fue justo allí, en la salida del teatro, donde vio aquellos ojos azules que le impactaron al instante. Iba acompañada de su padre, un importante banquero que tenía mucha influencia y amigos poderosos.

Ramón pasaba una temporada en la capital por temas de negocios. Realmente alargaba su estadía porque no tenía ganas de regresar a La Rosalía. Los problemas matrimoniales que estaba teniendo con su esposa lo tenían bastante hastiado. El no poder embarazarse era un tema del cual Rosalía no podía pasar y por el que estaba bastante estresada y, de paso, estresaba a los demás.

—Dichosos los ojos del hombre que despierte cada mañana admirando los suyos —le dijo Ramón muy cortés, aprovechando que la chica platicaba con unas amigas mientras se abanicaban. Todas sonrieron y cuchichearon.

—No, no existe todavía nadie que se despierte a mi lado para que pueda admirar estos ojos —dijo coqueta, y se acomodó sin motivo alguno su sombrero cloche y luego se acurrucó en su largo abrigo de piel.

—Pero no será por mucho tiempo —declaró la chica con el cabello muy corto, negro, las cejas finas y que jugaba con su largo collar de perlas—. ¿Os olvidáis del señor Manchego?

Las otras dos sonrieron pícaras al comentario de la joven, mientras que la halagada se quedó en silencio cambiando la expresión de su rostro. Su amiga a veces podía ser un poco indiscreta.

—Entre Manuel Manchego y yo no ocurrirá absolutamente nada —respondió tajante.

—¿Manuel puede ser aquel de allá? —señaló Ramón con su bastón. Todas giraron la cabeza y buscaron entre las personas.

—¡No! —Una carcajada melodiosa—. ¿Qué dice? Ese es mi padre.

El hombre se acercó.

—Nos tenemos que marchar ya, Ana María.

La joven enroscó su brazo con el de su padre.

—Fue un placer, Ana María —dijo Ramón, y se levantó el sombrero. La joven sonrió y bajó la vista sonrojada.

—¿Y usted quién es? —preguntó aquel hombre con el ceño muy fruncido.

—Es un amigo de Caridad —intervino Ana María señalando a la chica rubia, la mayor del grupo que recién había cumplido veinticinco años.

Todas se quedaron en silencio. El hombre barrigón jaló a su hija y se montaron en su coche Ford T, alejándose del teatro y de la sonrisa que se le había dibujado en el rostro a Ramón.

—Juan Jiménez es muy severo con su hija —reveló la del cabello negro, corto—. Así que mejor borre esa sonrisa de su rostro, que con Ana María es imposible que llegue a tener algo, ya a su padre se le metió entre ceja y ceja que ella se casará con Manuel Manchego.

A Ramón Quintana nada ni nadie lo detuvo para acercarse a Ana María. Le hizo llegar cartas en varias ocasiones para encontrarse con ella en sitios donde no pudiesen verlos. Así fue cómo la joven cayó rendida ante la galantería de tan apuesto hombre y se entregó a él.

El cuento de hadas para Ana María se terminó cuando comenzó a sospechar que estaba embarazada. Se enteró en el tiempo en que Ramón estaba en Socuéllamos, a quien, al regresar a Madrid, le estalló la noticia en la cara como una bomba.

—¿Qué estás diciendo?

—Que estoy embarazada —dijo Ana María y se dejó caer sentada en la esquina de la cama—. Tienes que hablar con mi padre, tenemos que formalizar y…

—Espera, espera. ¿Formalizar qué? Ni siquiera estoy seguro de que ese niño sea mío.

Ana María levantó la mirada y se puso en pie. Se acercó a Ramón y le dio una fuerte bofetada.

—¿Cómo te atreves?

Ramón le dio la espalda.

—Perdón, perdóname… Estoy muy nervioso. —Se volteó para mirarla a los ojos—. Yo no puedo formalizar nada contigo, Ana María. Yo…, yo soy un hombre casado.

La joven, asombrada, abrió los ojos haciendo notar más el intenso azul de sus pupilas y se tapó la boca con ambas manos.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo…?

—Perdóname, Ana María, por favor. —La agarró por los brazos—. Yo, en realidad… Yo…

—¡Suéltame! —Volvió a pegarle—. ¿Qué le diré a mi padre? Mi reputación, yo…

—Acepta a Manuel Manchego.

Ana María se asombró aún más.

—¿Cómo puedes ser tan canalla? ¿Cómo pude caer tan bajo?

Ana María agarró su cartera y salió corriendo de aquel hotel con los ojos llenos de lágrimas.

Pasaron siete largos años. Una tarde de primavera en Madrid, Diego paseaba por el parque del Retiro con su esposa y un pequeño Diego de apenas tres años de edad, en brazos de Rosalía que sonreía feliz y satisfecha con la vida que ahora tenía. Ella se alejó de Ramón y fue con la niñera hasta donde jugaban unos niños con total algarabía. El hombre se quedó a solas y fue cuando la vio. Era Ana María, totalmente vestida de negro y sujetaba a su hijo de la mano.

—¿Ana María? —soltó sorprendido Ramón, mientras buscaba nervioso la imagen de su esposa.

—Ramón… Nos volvemos a ver las caras.

—¿Cómo estás? —preguntó, y miró de soslayo al niño, no quería buscar el parecido.

—¿Cómo estoy? Qué cínico eres. Pues, mírame, vestida de negro, soy viuda. Mi marido murió hace un año en un accidente de coche.

—Qué pena, Ana María.

—Sí… seguro te da mucha pena. Muchísima, supongo. ¿Tengo que agradecerte por, al menos, responder mis cartas cuando te conté que mi vida era un infierno con Manuel?

—No podía hacer nada, Ana María —susurró Ramón.

—Se enteró por una de mis amigas. ¿Las recuerdas?, con las que estaba cuando te conocí. Pues ellas sabían todo. —Ana María se secó una lágrima que salió de su ojo izquierdo y que corrió por su mejilla—. Con el tiempo esa p…, se hizo amante de mi marido y al parecer se enamoró de él, no sé, el caso es que le contó todo. Por eso recurrí a ti. Nunca supo quién eras.

—Ana María, en serio, yo…

—Hola —interrumpió Rosalía.

—Mi amor —dijo, nervioso, Ramón—, ella es Ana María Manchego. Es esposa, bueno, viuda de un amigo de aquí de Madrid. Recién me entero de que falleció hace un año.

—¡Qué pena! Mis más sentidas condolencias —dijo la mujer, y colocó su mano encima de la de Ana.

—Muchas gracias, señora —dijo Ana María, y tragó en seco, percibiendo que aquella señora era una buena mujer. No intentó nada. Simplemente, se alejó con su hijo, que miró hacia atrás y clavó su triste mirada en los ojos de Ramón que los observaba.

—Pobre mujer, ¿no?

—Pues sí… —dijo Ramón ya respirando con más tranquilidad—. ¿Dónde está la nana?, ¿con Diego?

—Por allí. —Señaló a algún lugar.

—Búscalos, por favor. Estoy agotado, me quiero marchar.

Capítulo 23
Reencuentros en una nueva era

Como Damián lo prometió, impugnó el testamento y se llevó su parte de la herencia que le pertenecía. Efectivamente, tenía todas las pruebas necesarias para ganar la demanda que presentó.

Como lo prometió Diego, al salir a la luz todas aquellas verdades acerca del hombre que creía su padre, abandonó la hacienda con total decepción y dejó a su «no hermano» a cargo de todo lo que, hasta el momento, solo se había ocupado él.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que Otilia se convirtiera en amante de Damián, y tuvo que pasar aún menos tiempo para que él se sintiera convencido de que quería casarse con aquella mujer.

Las miradas de todos en aquel pueblo se clavaban en la pareja de prometidos que paseaba de la mano mientras se daban mimos y besos a la luz pública, sin importarles los comentarios que de ellos se decían: que si él era un cazafortunas, que si ella también, que si ya todo estaba planeado desde hacía tiempo, que si ya ella se había quitado el luto.

Sí. Otilia ya se había quitado el luto. Aquella mañana iba muy guapa, llevaba un vestido naranja de tirantes con falda ancha, unos zapatos de tacón bajo y un recogido en el cabello que dejaba apreciar las argollas que llevaba en las orejas. Damián estaba muy orgulloso de que todos en el pueblo le envidiaran por tener a su lado semejante belleza y no le molestaba en lo absoluto que los hombres la admiraran, no, al contrario, él simplemente pensaba que tenían el mismo gusto, pero no la misma suerte.

Otilia nunca imaginó que llegaría alguien a su vida que le hiciera quitarse, un poco de la cabeza, al hombre que había amado desde el primer momento en que lo vio, Diego Quintana. Pero apareció Damián con su personalidad arrolladora, tan hermoso, tan galán, tan fuerte, tan maduro, con tanto carácter; ella simplemente se sentía cautivada.

Recién entraban por la puerta de la finca, cuando la mirada de la mujer se tropezó con aquel rostro perfecto, bello, angelical, sin ningún tipo de fallo. Parecía tallado por el mismísimo Alejandro de Antioquía.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Otilia con el rostro desencajado.

—¡Hermana! —exclamó Diego y corrió a darle un abrazo a la joven—. ¿Y esta sorpresa?

Otilia torció los ojos. Lo menos que necesitaba ahora era otra Pamela en su vida.

Sofía era hija de Ana María con su segundo esposo. Damián la quería demasiado. Primeramente, por ser su hermana, y segundo porque le recordaba muchísimo a su madre, era su vivo retrato.

—Mira, Otilia, ella es mi hermana, Sofía. Sofía, ella es Otilia, mi prometida.

Las mujeres se miraron de arriba abajo.

—¿Prometida? Jamás pensé que te fueras a comprometer tan rápido en este pueblo.

—Pues ya ves —soltó Otilia, y estrechó su mano con una sonrisa fingida dibujada en su rostro —. Eres muy bonita, niña.

La joven estrechó su mano también.

—¿A que sí? —afirmó Damián, orgulloso—. Se parece mucho a mamá.

—Muchas gracias —respondió la joven, sonrojada—. También eres muy hermosa.

—Lo sé —dijo Otilia, y se desplazó hasta el sofá para sentarse.

A Sofía le dieron ganas de soltar una carcajada por la respuesta tan poco humilde que soltó su ahora cuñada.

—Mejor os dejo a solas —dijo Otilia y se levantó nuevamente—. Tendréis muchas cosas de las que hablar.

—En realidad…

—Disfruta tu estadía, querida —interrumpió la mujer, frotándole la espalda a Sofía para luego desaparecer de la sala.

—Definitivamente, no me gusta nada esta mujer. ¿Cómo la conociste?

Damián sonrió pícaro.

—Era la esposa de Ramón Quintana.

—¿¡Qué!? ¿Pero tú de qué vas, Damián? ¿Cómo se te ocurre comprometerte con esa mujer?

Damián arqueó las cejas y se echó el cabello hacia atrás con ambas manos.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Acaso ves mal que me comprometa con la viuda de un hombre que no considero mi padre y que jamás estuvo en mi vida?

—No —respondió Sofía, visiblemente molesta—, claro que no. Lo único que veo mal aquí es que esa mujer se haya casado con un hombre treinta años mayor que ella y que ahora misteriosamente te haya engatusado a ti. ¿No crees que lo que realmente quiere es quedarse en «la familia»? —Hizo con ambas manos el gesto de entrecomillar.

—¿No me crees capaz de enamorar a una mujer simplemente por cómo me veo? —preguntó Damián sonriendo.

—No, tonto. —Sonrió Sofía, poniendo sus ojos azules muy chinitos—. Claro que eres capaz de enamorar a cualquier mujer, eres un bombón. Pero esta mujer me huele a arribista.

Sofía se sentó y luego de acomodar su largo cabello rubio encima de su hombro derecho, cruzó los brazos.

—Ay, ay, ay, cómo está la nena experta en vida. Uy, cuánta experiencia tienes, dándole consejos a tu hermano… MAYOR. —Señaló Damián, y le alborotó el cabello a la joven, sabiendo que eso le fastidiaba.

El hombre se sentó al lado de su hermanita y esta se acostó en el sofá poniendo la cabeza en sus muslos.

—A ver, nena, todo eso que me has dicho yo lo sé, o sea, lo he pensado. — Comenzó a acariciarle el cabello mientras ella lo miraba—. Claro que pienso que puede haberse casado con

él por su dinero, pero no sabemos o, más bien, no sé su historia ni por qué puede haber hecho eso. Lo que sí tengo claro es que conmigo no se casará por mi dinero.

—Uy, míralo a él tan seguro de sí mismo.

—Obviamente.

Sofía se volvió a sentar y miró fijamente a su hermano, que se percató de que la joven estaba toda despeinada, pero no le dijo nada.

—Digas lo que digas, no me gusta, y dudo de que me guste en algún momento.

—Ya sé, ya sé, mi cabezota —dijo el hombre, y abrazó a su hermana con sus fuertes brazos, estrujándola y sacándole el aire.

—Ay, animal, que me haces daño —gritó sonriendo.

—Solo quiero que te quede muy claro que jamás pondré absolutamente a nadie por encima de ti. Eres mi todo, hermanita.

—Y tú el mío, bobo. Por eso soy tan protectora.

Los ojos oscuros de Otilia, escondidos detrás de una pared, observaban a los hermanos y sus oídos habían escuchado toda la conversación que habían tenido recientemente. Los puños de la furiosa mujer se cerraron muy fuerte, y esta vez sí se marchó. Esos pocos minutos fueron suficientes para acumular todo aquel odio por una chica de diecinueve años que simplemente le daba su punto de vista a su hermano de lo que pensaba acerca de la mujer que próximamente sería su esposa.

Finalmente el día había llegado. 15 de marzo de 1960. A Otilia esta fecha no se le olvidaría jamás, porque era el día en el que se volvería a convertir en la señora Quintana. Sí. Porque Damián logró recuperar su apellido y ahora era un Quintana por la ley.

La boda fue por lo civil. Otilia se puso un hermoso vestido blanco, ajustado al cuerpo, y un precioso tocado del mismo color que adornaba su cabello. Damián llevaba un traje negro, y, por primera vez, Otilia lo vio con el pelo húmedo muy peinado hacia atrás, dejando mostrar con más claridad su tan masculino rostro.

Llegar al camino que te introducía a la hacienda y ver el cartel, que antiguamente decía La Rosalía, con un nuevo nombre, Quintanas, llenaba de regocijo a Otilia que siempre aseguró que algún día no tendría que ver más aquel nombre en la entrada de su casa.

—No entiendo ese afán tuyo de querer hacer una fiesta —decía Damián mientras se bajaba del coche para abrirle la puerta a su esposa, porque ya su hermana se había bajado.

—Es que quiero que todos admiren mi nueva vida —dijo y lo besó de piquito.

Sofía puso los ojos en blanco y entró a la casa.

—Además, ya preparé todo desde hace unos días.

—Sin contar conmigo —expresó Damián con el ceño fruncido.

—Ya lo sé, mi amor —dijo la joven, y enroscó sus brazos en el cuello de su esposo mientras lo miraba fijamente con aquellos ojos que a él tanto le gustaban—, pero si te decía seguro te negabas. Además, son pocos invitados. Algunas amigas que me quedan y vienen acompañadas

de sus esposos, algún que otro amigo tuyo que me tomé el atrevimiento de enviarles invitación a Madrid…

—¿En serio? —Sonrió—. Es que no puedo contigo, Otilia.

—Pero ya estamos casados, no te puedes deshacer de mí.

Los dos sonrieron y entraron a la casa.

—Sofi —dijo Otilia.

¿Sofi? ¿Quién le permitió a esta perra hablarme con diminutivos?

—¿Qué pasa, Otilia? —respondió después de pensar.

—Ya sabes que esta noche hay fiesta. Te quiero más guapa que de costumbre porque vienen Alejandro y Gonzalo Asturias, son unos hermanos guapísimos, hijos de una de las familias más influyentes de la región.

Sofía arqueó una ceja.

—Gracias, Otilia. —Una sonrisa fingida—. Pero no quiero novio, de momento.

La viuda soltó una carcajada, también fingida.

—Tu hermanita es tan… especial. Qué linda, me encanta. Como quieras, Sofi, después no digas que no te avisé.

—Gracias por tus buenas intenciones, cuñada. —Risa fingida.

Sofía tomó aire y subió por aquellas escaleras que llevaban a la segunda planta y donde ya no se veía ni una sola fotografía de las que antes estaban colgadas en las paredes.

Aunque supuestamente a la fiesta iban a asistir los amigos más allegados de Otilia, las habladurías no se hicieron esperar. Ahí estaban reunidas como buitres aquellas tres señoronas, quienes, susurrando, comentaban como la nueva señora Quintana se había casado con Ramón para luego engañarlo con su hijo Diego y para ahora casarse con su hijo bastardo.

—¿Estáis disfrutando de la fiesta? —preguntó Otilia con aquella sonrisa más falsa que el amor que una vez sintió por Ramón. Sabía que hablaban mal de ella, pero no le interesaba. Esas mujeres pertenecían a familias importantes y para ella eso era más que suficiente.

—Por supuesto, querida —respondió justamente la que más había despotricado en contra de ella.

—¿Y vuestros maridos, que no los veo?

Las tres mujeres comenzaron a buscar con la mirada.

—¡Ah, sí! —exclamó Otilia—. Qué tonta soy. Los acabo de ver afuera. Uno platicaba con Maricarmen González, es una guapa soltera amiga de mi marido, es de Madrid y me tomé el atrevimiento de invitarla para que tal vez conozca a alguien. Y los otros dos, me parece que hablaban con las mellizas Martínez, guapas también. Bueno, al menos, jóvenes. ¿Las conocéis? —sonrió—. Nada, os dejo que sigáis disfrutando y platicando de…, vuestros asuntos.

Otilia se alejó del trío y continuó hablando y saludando a la gente.

Como siempre, no importaba cuántas mujeres hubiese presentes, que tampoco eran tantas, solo había invitado a cincuenta personas, pero de las mujeres que se encontraban, ella definitivamente

resaltaba. Otilia era una mujer demasiado hermosa, y desde que había entrado en el club de las treintañeras nadie sabía cómo lo hacía, pero se veía aún más espectacular.

Las horas comenzaron a pasar y así cayó la noche. Ya todos se sentían entre ebrios y cansados. Sofía estaba parada en una esquina de la sala, pensando en si aquellos dos jóvenes que reían con mucha inmadurez eran los hermanos Alejandro y Gonzalo, de los que le había hablado su cuñada. Si eran ellos, definitivamente no pensaba acercarse ni a diez metros.

Sonaba en el disco de vinilo la canción *Diana*, de Paul Anka. Ya se habían marchado la mitad de los invitados, pero aún estaban las tres «urracas», los hermanos Asturias y sus padres, entre otras personas.

Los ojos de Otilia, que estaba sentada al lado de su esposo fumándose un cigarrillo, se abrieron como dos globos que inflas, cuando vio entrar por la puerta de la hacienda a Diego.

—¿Qué haces tú aquí? —vociferó Damián, que de un brinco se puso en pie y se paró delante de su hermano.

—Te recuerdo que aunque haya decidido marcharme por puro gusto, porque soy un hombre de palabra, esta también sigue siendo mi casa. —Se volteó hacia Otilia y le regaló una sonrisa; aquella sonrisa que hasta ese momento ella no había recordado que le gustaba tanto—. Además, no podía perder la oportunidad de felicitar a mi exmadrastra, examante y ahora cuñada.

Damián frunció el ceño y se giró hacia su esposa.

—¿Amante? ¿De qué demonios habla este?

Otilia se levantó del sofá y se paró en medio de los dos.

—No hagas caso a las cosas que dice Diego. —Se volteó hacia Diego—. ¿Qué pretendes?

Diego soltó una sonrisa cínica.

—¿Qué se siente cuando te estropean lo que se supone que es el día más feliz de tu vida?

—A ver, a ver. —Damián se frotó la sien—. No estoy entendiendo nada. ¿Ustedes fueron amantes, Otilia?

Todos estaban muy expectantes. Eran famosas las fiestas que se hacían en aquella finca y se rumoraba que siempre terminaban de aquel modo. Con mucho drama.

—Relájate, hermanito —Diego se sentó en el sofá—. Estaba bromeando…

Otilia respiró profundo al escucharlo decir aquello, hasta que prosiguió.

—Bromeando con eso de que fuimos amantes… Ya ella hubiera querido. — Colocó sus brazos detrás de la cabeza y se acomodó—. Solamente tuvimos sexo ¿dos, tres veces? No recuerdo, Otilia, refréscame la memoria.

Otilia se paró delante de su esposo y lo agarró por los brazos.

—Mi amor, mírame. Eso sucedió hace mucho tiempo y…

—Sabía y te lo dije que esta mujer era una arribista —gritó Sofía, que se acercaba al trío.

—¡Tú cállate, niñita! —dijo Otilia casi fulminando con la mirada a su cuñada.

—¡No me mandes callar! —chilló Sofía levantando el dedo índice frente a Otilia.

—¡Basta! —gritó Damián. Todos permanecieron en silencio—. ¡Ahora mismo os largáis todos de mi casa!

Nadie se movió.

—¡Ahora! ¿Acaso no escuchasteis?

Todos comenzaron a agarrar sus pertenencias y a salir por la puerta de la hacienda.

—Mi amor, yo…

—Cállate, Otilia. No es que me interese que hayas tenido un romance con el que fue tu hijastro alguna vez, eso no me preocupa. Lo que me molesta es que no hayas sido sincera conmigo.

—Ella no suele tener esa virtud —agregó Diego.

A Sofía este hombre le estaba cayendo muy bien.

—¿Estás borracho? —preguntó Otilia.

—No, cariño, no bebo hace tiempo, pero gracias por tu preocupación.

Damián continuó.

Yo no soy ningún niño ingenuo. Estaba muy consciente de que estuviste casada con Ramón por su dinero. Eso es algo obvio. Y el que te hayas acostado con su hijo no te lo reprocho, o sea, es joven, guapo…

—Gracias, hermanito —interrumpió Diego.

—Pero te repito —continuó Damián—, lo que me molesta es que hayas mentido.

—No, yo no te mentí. Simplemente…, simplemente omití la información, no es que vaya a ir diciéndole a todos que tuve una relación con mi hijastro.

—Una vez lo hiciste —interrumpió Diego nuevamente—. ¿No recuerdas?, en esta misma sala, en mi fiesta de compromiso con tu hermana, y no, no tuvimos una relación. Fue solo sexo.

—No me preguntaste, Damián —continuó Otilia, ignorando a Diego—, pero si lo hubieses hecho, te habría respondido con la verdad.

—Lo dudo —aseguró Diego.

A Sofía se le escapó una risa pese a lo tenso de la situación.

—Y sí, es verdad que yo estuve enamorada de Diego e hice todas esas estupideces, pero era más joven, no soy la misma.

—¿No eres la misma?

La voz que hizo aquella pregunta aceleró el corazón de Diego y casi paraliza el de Otilia. Por la puerta de la hacienda entraba una Alicia totalmente diferente, más madura, más sofisticada, más guapa, más segura de sí misma. Llevaba un vestido negro ajustado, muy elegante; un recogido con el cabello hacia atrás y unos grandes aretes dorados, una cartera tipo sobre que sujetaba con ambas manos con total fineza y el taconeo con el que se acercaba a ellos era totalmente exquisito. La que una vez temía caminar con zapatos tan altos.

Diego dibujó una sonrisa en sus labios y sintió aquel mariposeo en el estómago que le era tan familiar porque ya una vez lo había sentido años atrás, cuando comenzó a darse cuenta de que estaba enamorado de aquella mujer. Esta vez el mariposeo le sirvió para darse cuenta de que todavía estaba enamorado, de que no había podido olvidarla a pesar de los años y de que regresaría con ella si estaba dispuesta a perdonarlo.

—Alicia, no pensé que vendrías —dijo Otilia, y tragó en seco.

—Déjame adivinar. Después de que enviaste la invitación de tu boda a nuestra antigua dirección por si yo vivía allí, me la encontrase y me diera cuenta de que por fin ya no estabas

enamorada de él. —Levantó la barbilla en dirección a Diego—. Te arrepentiste, pero ya era demasiado tarde.

—Me conoces —reconoció Otilia.

—Igual —dijo, y soltó su cartera de marca encima de una silla que algún invitado seguramente dejó en el medio de la sala—, si llego a saber que él, estaría aquí, no vengo.

Alicia se refería a Diego en todo momento con ese pronombre, sin mirarlo en ningún momento a la cara.

—Y, por lo visto —continuó—, esta fiesta terminó como suelen terminar las fiestas en esta casa —Giró su mirada hacia Damián—. Me imagino que tú debes ser el novio, digo, esposo. —Le extendió la mano.

—Sí, perdone que…

—Háblame de tú, por favor. ¿Dónde y cómo os conocisteis?

—Es mi hermano —soltó Diego.

Entonces fue la primera vez que Alicia volteó su cara sorprendida para mirar a Diego.

—Sí. Resulta que mi padre tenía un hijo no reconocido y yo resulté no ser un Quintana. Estás hermosa, Alicia —agregó.

Otilia frunció el ceño

Alicia caminó muy despacio hasta otra silla, pero antes miró aquella escalera por la que una vez cayó y donde se desvanecieron tantos sueños por cumplir; se percató de que ya no había ninguna de las fotos que antes estaban colgadas en aquella pared. Se sentó.

—¿Quiere agua? —preguntó Sofía con preocupación porque la vio ponerse pálida.

—Sí, por favor. Gracias

—¿Alicia, te sucede algo?

Todos se giraron a la entrada cuando escucharon aquella voz y vieron adentrarse a aquel hombre maduro, de unos cuarenta y tantos años, dando un pequeño trote para llegar hasta Alicia.

—No, Rubén, mi amor, debe de ser solo un bajón de tensión.

Al escuchar salir de los labios de Alicia aquel «mi amor», las manos de Diego se pusieron muy frías y todas las ilusiones que tenía, hasta hacía unos segundos, se desvanecieron y se fueron volando como polvo en el viento.

Después de su ruptura con Diego y de la fuerte depresión que aquello le provocó, Alicia comenzó a salir de aquel bache poco a poco. Efectivamente, estaba viviendo nuevamente en la casa que había compartido con su madre durante los últimos años de su vida. Consiguió trabajo como secretaria de Rubén Robles, un importante ejecutivo de la constructora Acevedo. Curiosamente, Alicia nunca se enteró de que aquella empresa pertenecía al padre de Rachel. A los seis meses de trabajar allí, Rubén comenzó a cortejarla y realmente supo cómo hacerlo. Era un hombre muy gentil, muy educado y muy romántico. Una sonrisa se convirtió en una amistad, una amistad se convirtió en salir juntos a la hora de comer, el salir juntos a la hora de comer le dio la confianza a Rubén de invitarla a cenar y a ella de aceptar. Una invitación a cenar se

convirtió en ganas de comenzar un noviazgo y un noviazgo se convirtió en un matrimonio y en esa boda fue que Alicia se enteró de que Rachel era la hija del dueño de la constructora.

—¿Estás casada con este…, señor? —preguntó Alicia, y miró atónita al hombre.

Rubén apenas tenía cuarenta y cinco años, pero Otilia nunca se imaginó a su hermana casada con un hombre dieciséis años mayor que ella.

—Sí, es mi esposo, Rubén Robles.

Otilia cruzó los brazos y arqueó las cejas.

—Vaya, vaya…

—¿Qué significa eso, Otilia? —inquirió Alicia, y levantó una ceja.

Diego se levantó del sofá y con un nudo en la garganta se dirigía hacia las escaleras cuando se escuchó la voz de Otilia dirigirse a él:

—¿En serio te vas a ir sin contarle a Alicia el tiempo que fuiste amante de Rachel Acevedo?

Alicia giró su cara hacia Diego.

Diego tragó en seco y regresó lentamente.

—Alicia, deja que te explique qué fue lo que…

—¿Rachel Acevedo? —repitió Rubén, interrumpiendo a Diego—. ¿Esa Rachel Acevedo?

Alicia sonrió incrédula, nerviosa, y se frotó la sien.

—Ahora ya entendemos por qué ni siquiera me saludó en nuestro matrimonio —le recordó a su esposo—. ¿Recuerdas toda la historia que te hice y que había sido muy raro que aún, sorprendiéndose al verme después de tanto tiempo, casándome contigo, no me dijera absolutamente nada y evitara mi saludo?

Alicia respiró profundo y Diego seguía ahí parado, como un niño pequeño que hizo alguna travesura y los padres lo castigan para que aprenda la lección. Ver a Alicia tan cambiada, casada con otro hombre y aparentemente feliz, le destrozaba el corazón. Todas las maneras que se había inventado en su cabeza de cómo sería el reencuentro cuando volviera a ver Alicia, eso que estaba sucediendo, jamás lo imaginó.

—¿Qué pensabas? —dijo Otilia—, ¿que era poco lo que había sucedido después de, cuántos, dos, tres años?

—Ha sido demasiada información en tan poco tiempo…

—¿Y tu esposo conoce toda la historia? —preguntó Otilia a su hermana, pero mirando a Rubén.

—Sí, Otilia, Rubén y yo no tenemos secretos.

—Entonces, sabe quién es Diego, supongo.

—Sí, señora —afirmó Rubén, y miró a Diego—. Sé quién es él y toda su historia con mi mujer. También sé que forma parte de su pasado y que yo soy su presente.

Diego presionó los puños muy fuerte y respiró profundo. Alicia lo miró de soslayo.

—Será mejor que nos larguemos, Rubén —dijo, y se levantó—. En primera, nunca tuve que haber venido. Ya veo que, aunque hay muchas novedades, mi hermana sigue siendo la misma.

Otilia miró a Damián para ver cuál había sido su reacción al escuchar aquello.

Alicia enroscó su brazo con el de su esposo, agarró su cartera y se marchó de aquella casa

dejando un corazón roto, dos cabezas a punto de explotar y un arrepentimiento absoluto, todo, reunido en una misma sala.

—¿Escuchaste, Diego? Alicia ya te superó. Formas parte de su pasado —comentó Otilia con aquella sonrisa dibujada en sus labios.

—Sí, escuché. Me ha superado. La que parece que no logra superarme eres tú. —Diego se acercó a las escaleras—. Me quedo esta noche, pero mañana temprano me marcho —aseguró, y subió.

Otilia observó a su esposo que la miraba con ojos acusadores. Ella intentó acercarse para nuevamente endulzarlo, pero esta vez no lo logró. Damián simplemente le dio la espalda y subió las escaleras junto con su hermana, dejando a su esposa en aquella sala, sola, y pensando si las palabras de Diego estaban llenas de razón. Y sí, lo estaban. No lo había superado.

Capítulo 24
Llegué para quedarme

Cuando Lucrecia me dijo que me había recomendado para trabajar de enfermera con una de las familias más importantes de la región, primero me asusté un poco, no por el hecho de conocerlos, sino porque no sabía absolutamente nada de medicina. Ella me calmó diciendo que simplemente tenía que estar al pendiente de los medicamentos de la hija menor del señor Quintana y de cambiarle los vendajes a sus heridas. Me dijo que la chica estaba en silla de ruedas porque se había fracturado las piernas y los brazos, y que necesitaba de mucha ayuda. Cuando llegué a aquella casa y vi lo enorme y lujosa que era, no pude evitar pensar por qué la vida me tuvo que poner a mí en una familia de clase media y además con un padre abusador. Era como si Dios, si es que existe, me hubiese creado a mí específicamente para venir a este mundo a sufrir, o, si es cierto eso que dicen que uno paga en vidas presentes lo que hiciste en vidas pasadas, entonces yo tengo que haber sido una verdadera hija de puta.

Me recibió Ramón. Se veía un hombre ya mayor, pero era muy elegante. Al momento me percaté de la manera en que me comió con la mirada; hombres, suelen ser tan básicos. Increíblemente, no me sentía asustada por el engaño al que me tenía que enfrentar fingiendo ser una enfermera. Yo iba recomendada por Lucrecia y estaba segura de que se comerían la historia de que yo era una enfermera cualificada. Ramón estaba siendo muy amable; me explicaba con total paciencia las condiciones en las que se encontraba su hija y lo que yo debería hacer para que estuviese bien. Yo solo asentía con la cabeza. Llegamos hasta aquellas escaleras que te llevaban a la segunda planta y por primera vez vi todas aquellas fotos colgadas en la pared, fui un poco indiscreta:

—¿Ella es su hija? —pregunté señalando la foto Pamela con quince años.

—Sé, esa es mi niña, pero ya la vas a conocer en persona —me respondió.

No sé por qué razón en ese momento no le presté atención a ninguna otra foto. Seguramente porque estaba expectante a lo que iba a encontrarme. Simplemente, seguí subiendo hasta que llegamos arriba y entramos en aquella habitación. Ahí estaba Pamela, con ambas piernas y un brazo enyesados y una minerva en el cuello que casi no le permitió mirar quién había entrado.

—Hola, mi niña. Mira, ella es Otilia, será tu enfermera.

—Mucho gusto —dije y casi estreché mi mano, menos mal que no lo hice.

—Hola —me respondió con una sonrisa dulce—. Eres muy bonita para ser enfermera.

—Gracias —dije, y casi agrego que ya sabía lo hermosa que era, pero no quise ser pedante, al menos no el primer día.

—Perdón por esto —continuó—, te he metido en un tremendo problema. —Sonrió.

—Qué va, al contrario, es trabajo para mí, señorita. —Es muchísimo mejor que meterme una polla en la boca, pensé.

Fue en ese momento cuando en aquella habitación entró él. La persona que sin querer pondría mi vida totalmente patas arriba.

—Papá, me han dicho que llegó la nueva enfer… mera.

Era hermoso. Totalmente hermoso. Fuerte, varonil, alto, era un príncipe.

—Hola, soy Otilia, mucho gusto. —Le sonreí con picardía.

—¿Eres enfermera? —me preguntó, y arqueó una ceja.

—Ya basta —agregó Ramón sonriendo—. ¿Acaso las mujeres bonitas no pueden ser enfermeras? ¿Cuántas enfermeras feas conocéis?

Todos sonreímos.

La verdad que esos primeros días en los que trabajé ayudando a Pamela fueron muy llevaderos, incluso hablábamos de cosas de chicas. ¿Quién iba a decir que después de aquella noticia nos volveríamos enemigas y aquello me empujaría a acabar con su vida?

Dos semanas entre tanto lujo fueron suficientes para maquinar un plan que cambiaría mi vida para siempre. Simplemente, tendría que engatusar a Ramón Quintana. Y ahora yo me pregunto: ¿por qué no enamorar al hijo desde el principio? Tal vez la ambición me cegó y pensé que era mejor enredar al dueño de todo y no a su primogénito.

Estaban los hermanos sentados en la sala. Pamela ya usaba sus brazos para sostener unas muletas que la ayudaban a caminar porque aún tenía una pierna vendada. Cuando Pamela pudo valerse por sí misma, me encargué de que Ramón me diera trabajo como ayudante de Carmen en la cocina. En ese transcurso tuve el tiempo suficiente para hacerle creer que estaba sintiendo cosas por él. ¡Qué ingenuo! En menos de tres meses, ya lo tenía comiendo de mi mano.

Llegué con Ramón y nos paramos delante de ellos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se paran ahí, así?

Sonreían.

—Tengo algo que deciros, chicos.

Yo también sonreía. En el plan que había creado en mi cabeza, ellos me aceptarían como su madrastra. Qué equivocada estaba.

—Chicos, desde hace un tiempo Otilia y yo nos estamos viendo.

—¿Cómo que os estáis viendo? —interrumpió Pamela.

Seguían sonriendo.

—Que nos hemos enamorado, y vuestro padre me ha pedido que me case con él. —Mostré mi mano izquierda, que hasta hacía dos segundos tenía detrás de mi espalda, y les mostré el anillo que tenía en mi dedo anular.

Sus sonrisas se desdibujaron de sus rostros y ahí comenzó todo.

Capítulo 25
Razones

Volver a ver a Alicia revolvió todo lo que sentía por ella, mezclando más mis sentimientos y haciéndolos aún más fuertes. No me resignaba a que me hubiese olvidado. Ella no podía haber pasado página. No sabía en qué parte de Madrid vivía, pero estaba consciente de que no sería en su anterior dirección, por eso hice una de las estupideces más grandes que he hecho en mi vida. Bueno, a decir verdad no lo considero una estupidez porque lo que hice me ayudó a abrir los ojos y ver lo que en realidad pasaba. Me senté en algún lugar de Gran Vía durante tres días seguidos en diferentes horas del día, esperando, porque sabía que en algún momento, ella pasaría por ahí. Y lo hizo. Eran los primeros días de abril y el clima estaba muy bueno, ya no hacía ese frío que te hace tiritar ni tampoco hacía ese calor que ya venía en camino. Cuando la vi, mi corazón se aceleró saliendo casi de mi pecho para estamparse contra ella.

Agarré un periódico que tenía en la mano y me tapé el rostro, simulando que leía para que no me viera cuando pasara por mi lado. Y si piensas que esperar por horas durante tres días en Gran Vía esperando a que pase el amor de tu vida es de locos, déjame decirte que peor fue lo que hice después. La perseguí. Sí. Me comporté como un verdadero idiota. ¿Qué era yo ahora, un acosador? Pues no, era un hombre enamorado. Estuvo caminando por un buen rato, y yo detrás de ella. Se metió en varias tiendas de ropa y no pude evitar pensar: «¿Desde cuándo a Alicia le llamaba la atención la moda?». Después de por lo menos cuarenta minutos andando, llegó o, más bien, llegamos a Café Comercial, ese lugar maravilloso donde te sientas a tomar un café y se te pasan las horas leyendo el periódico o simplemente conversando con un amigo. Este lugar me encantaba, ya había entrado varias veces y la verdad es que su decoración era exquisita, con aquellos espejos adornando sus paredes, los grandes ventanales de cristal por donde puedes admirar la calle y toda la gente que por allí camina, en fin, un lugar que es una maravilla visitar, pero esta vez no iba por placer, iba por una misión.

Alicia se sentó en una mesa donde ya estaba una chica, y yo me senté en una justo detrás de ella dándole la espalda. Pensé que no era el momento para hablarle aún, sinceramente, estaba muy asustado de la reacción que pudiera tener, llevaba casi una hora asustado. La última vez que la vi, noté que había cambiado mucho.

Comenzaron a hablar:

—Casi me voy —dijo la joven morena que llevaba una blusa negra de hombros descubiertos y una falda verde un poco por encima de las rodillas.

—Perdona el retraso, María. —Hizo un gesto al camarero que estaba cerca—. Me entretuve mirando algunas tiendas.

Supongo que el café que pidió María era el segundo y Alicia pidió un café con un croissant, yo pedí lo mismo, pero casi susurrando porque no quería que me escuchara, aunque por lo entretenidas que estaban hablando de sus cosas, tampoco creí que me escucharían.

—Entonces, ¿esa es tu decisión definitiva? —preguntó la joven.

—Sí, María. Nunca me imaginé que cuando le iba a pedir a Rubén que nos diéramos un tiempo, me iba a enterar de que tiene un tumor cerebral.

Abrí los ojos y casi me ahogo con el café.

—Pues, la verdad, es un poco de mala suerte.

—No tanto así… Yo lo quiero mucho, muchísimo, pero creo que nos precipitamos al casarnos.

—Es que te agarró en una etapa muy vulnerable.

—Y ahora con esta situación, no puedo dejarlo, no voy a hacerlo.

Todavía tenía esperanzas. Al parecer, estaba con su esposo más bien porque se sentía culpable de querer dejarlo en una etapa dura de sus vidas. Seguí escuchando.

—Y no te he contado —continuó Alicia—, lo volví a ver…

—¿A quién?

Imagino que María dio un sorbo a su café mirándola fijamente.

—A Diego.

Puso la taza sobre la mesa, colocó los codos sobre la misma y descansó la barbilla en el dorso de sus manos.

—¿Y…?

—Y… ¿Qué te puedo decir?

Dilo, mi amor, dilo. Reconoce que aún me amas, por favor…, hazlo…

—Espera, voy al aseo.

¡Noooooo!

Vi cómo fue al baño. Estaba preciosa con aquel vestido amarillo que se ajustaba a su cintura y le hacía resaltar más su figura. Se demoró como cinco minutos en salir. Cuando la vi, abrí el periódico y me lo puse en la cara. Unos cuantos pasos de su parte y…

—¿Diego?

Su voz.

No bajé el periódico.

—¡Diego! —me chilló. Entonces le mostré los ojos.

—¡Qué sorpresa, Alicia! —fingí. No servía para ser actor.

— No lo puedo creer. ¿Me estás siguiendo, Diego? ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo me reconociste? Tenía el rostro tapado. —Me levanté y dejé caer el periódico sobre la mesa. Me sentía patético.

—No puede llamar más la atención alguien que lee el periódico que casi se lo traga. Te miré y esas manos… —Me agarró una mano y la soltó—. Las vi durante años frente a mí, ¿lo recuerdas?

Estaba molesta.

—¿Aún recuerdas mis manos? —Sonreí.

—¡Arrrg! —gruñó—. Vamos, María.

—Así que tú eres el famoso Diego —agregó su amiga.

—¿Soy famoso? —La miré y levanté una ceja.

—¡Basta! ¡Vamos, María! —Estaba muy furiosa. ¡Joder! Cómo la extrañaba.

—Espera, Alicia. —La detuve, agarrándola por un brazo. Ella me miró y sutilmente me quitó su suave piel de mi mano.

—Diego, por favor, no…

Todos miraban. O, al menos, eso supongo porque en realidad nunca miré a otro lugar que no fuera el rostro de la mujer que amaba.

—Alicia… Ya esa etapa pasó… Mírame, soy el mismo que conociste. —Me acerqué a ella.

—Diego, no… No.

—Te escuché. No estás enamorada de él.

Me abofeteó. Diablos que me dolió. Su amiga nos miraba incómoda.

—¿Cómo te atreves, Diego? ¿Por qué apareces de nuevo en mi vida? ¿En serio piensas que estoy muy afectada porque bebías y bebías sin parar? No. Yo estaba dispuesta a superar eso contigo. —Comenzó a llorar y mi corazón se consumió. Aquellas lágrimas llevaban mi nombre y eso me dolía demasiado—. Todo se acabó porque te vi teniendo sexo con mi hermana al poco tiempo de yo haber perdido un embarazo.

Bajé la vista. No tenía la manera de justificar aquello. Quería que entendiera que ella era la única mujer que amaba, pero no tenía argumentos.

—María, vamos —repitió. María se puso a su lado—. Diego, quiero que desaparezcas de mi vida, por favor.

Me eché a un lado. Me pasó por delante, vi cómo salió del café y luego por una de aquellas ventanas de cristal, cómo se alejaba de mí… Otra vez.

Capítulo 26
Algo crece dentro de mí

Cuando Otilia se levantó aquella mañana se sentía mal y su esposo la convenció para ir a ver a un doctor. Nunca se imaginó la noticia que recibiría. Una noticia que torcería toda su vida y pondría su mundo de cabeza.

—¿Embarazada? No puede ser —dijo sorprendida y para nada emocionada.

Otilia estaba sentada en una silla y Damián en otra. El médico la miraba desde atrás de su buró a través de aquellas grandes gafas de visión. Por un momento ella se quedó en blanco y recordó cómo encontró el cuerpo colgado de Arnaldo en aquel mismo consultorio.

Damián hablaba, pero ella no entendía; estaba en shock. Solo escuchaba palabras ininteligibles. Giró su cabeza hacia su esposo y vio aquella expresión que tenía en el rostro. Era como la expresión que ponen los niños pequeños cuando llegan a un parque de diversiones y se encuentran con toda la alegría que les espera.

—¿Un hijo? Un hijo, mi amor. ¡Voy a ser papá! —Se levantó de su silla y se colocó las manos en la cintura mientras jadeaba emocionado.

Otilia le regaló una falsa sonrisa mientras se levantaba de la silla y pensaba que un hijo era lo que menos quería ahora o, simplemente, lo que menos quería.

Las semanas comenzaron a transcurrir y la barriga de Otilia comenzó a crecer. Su cara comenzó a hincharse y su cuerpo a subir de peso. Se miraba en el espejo y simplemente se daba asco; aquel niño aún no había nacido y ya lo estaba odiando con todas sus fuerzas. Primeramente, porque en sus planes jamás estuvo la opción de ser mamá. Si había decidido tener a este niño, era porque le servía de garantía y le daba la seguridad de que una buena tajada de la fortuna Quintana ya estaba de su parte. Y el segundo punto de por qué odiaba a «eso» que crecía dentro de ella, era porque no disfrutaba para nada ese proceso por el que toda mujer embarazada tiene que pasar y la mayoría disfruta… Se sentía deforme.

Estaban sentados en el comedor aquella noche, cuando Damián comenzó a invadir a su hermana con preguntas que sinceramente ella no quería que le hiciera.

—Estás muy pesado, hermano —exclamó Sofía, y bebió de su vaso de zumo de piña.

—No estoy pesado, simplemente estoy preocupado —declaró Damián colocando los cubiertos sobre el plato vacío para luego apoyar los codos en la mesa y entrelazar sus dedos mientras le regalaba una fija mirada a su hermana—. Desde que fuiste a Madrid estás muy rara.

—Ya hace un mes y sigues diciendo lo mismo.

Otilia hacía pequeños círculos en su plato con el tenedor mientras pensaba en lo desdichada que se sentía y en que tenía que haberse lanzado por las escaleras para perder aquel bebé antes de

que la deformara como lo había hecho.

—Claro, porque quieres ir con demasiada frecuencia, y me parece sospechoso.

—¡Tengo amigas allí! —chilló Sofía.

—No grites, Sofía —pidió Damián en voz muy baja—. Y justamente por esta actitud es que me tienes tan preocupado.

Un silencio de varios segundos invadió el lugar, acompañado de miradas tensas.

—Vale, vale… He conocido a un chico.

Otilia soltó el tenedor y miró a su cuñada.

—¿Un chico? —repitió Damián, y frunció el ceño.

—Y justamente por esa cara que has puesto no te había dicho nada.

—¿Quién es? —indagó Otilia—. ¿Tiene tu edad?, ¿es de buena familia?

Sofía fulminó a Otilia con la mirada y Otilia pensó en que tenía que haberla desaparecido cuando tenía fuerzas. Simplemente, no se soportaban.

—Si quieres, le digo que venga a cenar y así platicamos.

—Me parece muy bien. Tengo que saber quién es el tipo que está saliendo con mi hermanita.

—Hermana —corrigió Sofía.

—Es cierto. Ya no es una niña —sentenció Otilia.

—Para mí lo sigue siendo.

—Por favor, Damián —imploró Sofía—. Quiero que habléis como personas civilizadas. Quiero que os conozcáis y que no se convierta la cena en un campo de guerra.

—¿Y por qué tiene que suceder eso? —preguntó Damián, y Sofía simplemente se quedó en silencio.

Misma hora, mismo lugar y ya todos estaban preparados para recibir al novio misterioso.

Otilia estaba muy seria porque había discutido con Damián, ya que no quería formar parte de aquella reunión, pero él terminó convenciéndola. Otilia solo pensaba en las ganas que sentía de escupir aquello que crecía dentro de ella y también últimamente tenía ganas de no volver a ver más a aquellos hermanos en su presencia.

Sonó un timbre.

Sofía miró a su hermano y con total cara de preocupación, jugaba con la punta de un mechón de su rubio cabello.

Una de las chicas del servicio abrió la puerta y la cara de Damián se transformó cuando vio entrar a Diego Quintana.

Diego quedó verdaderamente triste después de su fatal encuentro con Alicia. Por suerte no cayó nuevamente en el alcohol y simplemente sufría su pena escuchando música de esa que no te deja olvidar todo lo que estás pasando. Aquella fría mañana de noviembre él estaba sentado en Café Comercial tomando un café con leche caliente, esperando que en algún momento entrara por aquella puerta Alicia y volverla a ver para, aunque fuera, discutir, pero ella no era tan estúpida de frecuentar un lugar donde sabía que él podría estar. Se terminó el café con leche y el platito del

croissant solo contenía migas. Diego agarró su periódico y cuando estuvo a punto de marcharse, escuchó aquella voz:

—Diego Quintana, ¡qué pequeño es el mundo!

A Diego le costó trabajo reconocerla, pero luego de varios segundos cayó en cuenta de quién se trataba.

—Hola, niña. ¿Qué tal?

—Puedes preguntarme mi nombre si no lo recuerdas —dijo la joven y se quitó las gafas que tenía puestas para luego sentarse frente a él—. Pero no vuelvas a llamarme niña en tu vida.

A Diego le pareció muy simpática la respuesta de la joven y luego de carcajearse, se disculpó y le preguntó el nombre.

—¿Qué haces en Madrid?

—Tengo amigas aquí. He venido a visitarlas.

Charlaron por un buen rato y luego cada uno tomó su rumbo. Pero al día siguiente volvieron a encontrarse.

—Al parecer, el destino quiere que nos sigamos encontrando.

—¿Crees en el destino? —preguntó Diego.

—Yo un poco sí, ¿y tú?

—A estas alturas ya no sé ni en qué creer.

Ambos sonrieron y Sofía le dijo que la próxima vez que se vieran, que por favor fuera en una cena. Y él la invitó a cenar aquella noche.

Sofía regresó a la finca, y a los días regresó a Madrid. Llamó a Diego y esta vez fue ella quien propuso el encuentro. Y así, y así, entre buenas charlas y una que otra sonrisa, surgió el primer beso.

—¿Qué demonios? —gritó Damián, y se le lanzó a su hermano, pero Sofía corrió y se puso delante de su novio.

—¡No, Damián, por favor!

—Damián —dijo Diego, calmado—. Por favor, hablemos como personas civilizadas.

Otilia comenzó a respirar con dificultad y le comenzaron a entrar calores. ¿Cómo fue posible que aquella niñita terminara siendo novia de Diego? ¿Por qué él estaba dispuesto a estar con todas, pero no con ella? ¿Por qué rayos tuvo que verla Diego en aquellas condiciones? Se sentó y comenzó a batir su abanico contra su cara.

—¿Civilizado? —gruñó Damián—. ¿Cómo me pides que sea civilizado con esta situación?

Diego estaba muy calmado.

—Estás teniendo una relación con mi hermana que es, ¿cuántos?, ¿quince, dieciséis años más chica que tú?

—Eso no tiene nada que ver —chilló Sofía con lágrimas en sus ojos.

—¡Tú te callas! —gritó Damián, señalándole con el dedo.

—Damián —dijo Diego, y sutilmente echó a un lado a Sofía para ponerse más cerca de su hermano—, estoy hablando muy en serio. Hablemos calmadamente. Tu hermana en serio me

interesa.

—¿En serio? —preguntó Otilia que sudaba y nadie se percataba—. ¿Te interesa como te interesó Rachel, como te interesé yo? Aquí todos sabemos que, por más pieles que pruebes, lo que realmente estás haciendo es intentar olvidar la de Alicia —dijo con voz de quejido.

—¡Cállate! —gritó Sofía.

—¡No, esta relación no la voy a consentir! ¿Qué tipo de burla es esta?

Los ojos de Damián estaban inyectados de intolerancia.

—¡No me lo puedes prohibir! —gritó Sofía entre sollozos.

—¡Sí que puedo! ¡Mírame cómo puedo! —Agarró a Diego por un brazo y comenzó a jalarlo en dirección a la puerta—. ¡Lárgate de mi casa!

Diego no se inmutó. Él entendía perfectamente la reacción de Damián y ya se había preparado para enfrentarse a algo así.

—No, Damián, por favor —gritó Sofía.

Un grito desgarrador interrumpió aquella discusión. Todos se giraron hacia Otilia que, sentada, miraba al suelo el charco de líquido amniótico que mojaba el suelo.

—He roto aguas —dijo—. Llegó el momento…

Capítulo 27
Y otra vez tú

Tres meses no habían sido suficientes para que Otilia sintiera ese instinto maternal que se supone que la apegaría a su hija. El llanto desesperado de la niña, que estaba acostada en la cuna, bocarriba, mientras Otilia se tapaba los oídos y caminaba de un lado a otro de la habitación, hizo que Sofía irrumpiera y entrara de golpe.

—¿Qué pasa? —Fue directo a la cuna y la cargó—. ¿Acaso no escuchas sus gritos?

—No sé qué quiere… Estoy muy atormentada, sus gritos me vuelven loca. —Se lamentó la mujer.

Se sentó en el sillón junto a la cama y se recostó colocándose las manos en la cabeza.

—¿Qué va a querer, Otilia? Quiere que la alimentes —aseguró Sofía mientras intentaba calmar a la bebé que seguía llorando.

—Llévatela y aliméntala tú, por favor, no la quiero delante de mí.

Sofía frunció el ceño y miró confundida a su cuñada. La bebé ya comenzaba a calmarse.

—Tienes que darle pecho, Otilia.

—No tengo leche.

—¿Cómo que…?

—¡Que no tengo, no tengo! —chilló Otilia, y se levantó del sillón para salir de la habitación.

Sofía se quedó con su sobrina que, más calmada, la miraba y le sonreía mientras su tía le hacía muecas. Bajó a la cocina con la bebé en brazos y le pidió a Carmen que por favor le preparara un biberón con leche tibia.

Ya había pasado un rato y Sofía logró que la bebé se durmiera. Subió a la recámara de Otilia para ponerla en su cuna y allí se encontró con su cuñada.

—Perdona si me hice ver como una desalmada —se excusó Otilia—. Es que esto de ser madre me supera y…

—No tienes que darme explicaciones, Otilia —susurró Sofía evitando despertar a Maritza—. No soy mi hermano. A mí no tienes que convencerme de absolutamente nada. Sé perfectamente el tipo de persona que eres. —Se acercó a la puerta para marcharse. Pero antes se volteó—. Cuando Maritza despierte, si de nuevo estás atormentada, solo búscame. No la dejes llorando.

Sofía se marchó de la habitación y dejó a Otilia recordando todo lo que le había hecho a Pamela y cavilando la manera de quitar de su camino a esta chiquilla tan impertinente que desde el día uno que llegó a aquella casa, le estaba haciendo la vida de cuadritos. En ese instante extrañó a Arnaldo, sí que lo extrañó. Si él estuviera vivo, ya hubiera buscado la manera de que el hombre la ayudara a acabar con su cuñada.

Era una tarde fresca de los primeros días de marzo de 1961. Otilia simulaba ser una buena madre mientras se mecía con su bebé en brazos y Sofía observaba cómo de bien interpretaba aquel papel.

La puerta de la sala se abrió y entraron Damián y Diego sonriendo por algo.

—Mi amor —exclamó Sofía y corrió a darle un beso a Diego.

Pues sí. Damián en algún momento le dio la oportunidad a Diego para conversar como personas civilizadas y este lo convenció de que tenía las mejores intenciones con su hermana. Al principio a Damián le costó un poco adaptarse a la situación, pero luego comenzaron a convivir y ambos se dieron cuenta de que tenían más cosas en común de las que imaginaban. En algún punto, sin percatarse, comenzaron a tratarse como lo que eran, legalmente, hermanos.

—¿Vosotros de dónde venís juntos? —preguntó Otilia que aquella situación ya le parecía surreal.

—No, no venimos juntos, nos acabamos de encontrar fuera —respondió Damián y le quitó la bebé a Otilia, cosa que ella agradeció, aunque no lo expresara.

—¿Quién te lo iba a decir, Otilia? Tú de mamá —se burló Diego.

Otilia hizo una mueca.

—¿Acaso no es la niña más bella que habéis visto? —dijo el orgulloso padre, haciéndole caritas a su hija mientras esta sonreía—. ¿A que se parece mucho a su mamá?

—Esperemos que solo físicamente.

Aquella voz hizo que todos se giraran a la puerta.

Sofía se acercó a su novio y lo agarró de la mano. Su cuerpo comenzó a temblar y su mente comenzó a llenarse de dudas que hasta ese preciso momento no sabía que tenía. Diego no tocó su corazón, pero si lo hubiese hecho, se habría dado cuenta de que latía más fuerte de lo normal, como el de él. Otilia sonrió con maldad mientras miraba a Sofía y luego miró a Diego para ver su reacción. Damián le entregó la bebé a su madre y Diego no podía dejar de mirar aquella imagen que había entrado por la puerta.

—Si no me encuentro con Altagracia en Madrid, que se encargó de soltarme todo el chisme, jamás me hubiera enterado de que soy tía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Otilia con sequedad.

—Vine a conocer a mi sobrina. Hola a todos, y perdonadme esto de aparecer sin avisar.

Alicia se acercó a su hermana y se inclinó para ver a la niña.

—Sí, efectivamente, se parece mucho a su madre, hermosa como tú. Felicidades, hermana.

El corazón de Sofía quería salirse del pecho. Ella estaba consciente de que su novio seguía amando a aquella mujer y su presencia la tenía muy incómoda. Diego no mencionaba palabra alguna, simplemente con sus manos sudadas, seguía sujetando las manos de la joven, que lo único que quería era que se la tragara la tierra o que se tragara a Alicia.

—¿Puedo cargarla?

—Claro —respondió Otilia que pensó que mientras menos tuviera a aquella niña en los brazos, mejor.

—Es muy linda —dijo Alicia. De uno de sus ojos se escapó una lágrima que corrió por su mejilla.

Diego no pudo evitar pensar en cómo hubiera sido su vida si no hubiese caído en el alcohol, si no hubieran perdido a aquel bebé que tanto ansiaban y si no se hubiera acostado con la hermana de su mujer.

Alicia le regaló una mirada a Diego y, junto con ella, aquella imagen tan maternal. Los ojos de Alicia estaban llenos de tristeza, de añoranza, de deseos no cumplidos, de decepción, ¿de amor?

—Y tu esposo, ¿no vino contigo? —preguntó Damián.

—Mi esposo falleció hace un mes —respondió Alicia, y le devolvió la bebé a su hermana—. Tenía un tumor cerebral y, pues, no superó la operación. — Secó sus lágrimas con un pañuelo que sacó de su cartera.

—Cuánto lo siento —se apenó Damián.

Inconscientemente, Diego soltó la mano de Sofía. Ella lo miró y enroscó su brazo con el de él.

—Me he comprado una casa en el pueblo. Regresé. Quiero descansar un poco del bullicio de Madrid y de esa vida tan agitada. Necesito tranquilidad.

—¿Te has comprado una casa? —inquirió Otilia—. Madre mía, a la que no le importaba el dinero, está navegando en herencias.

—¿Cómo se llama la nena? —preguntó Alicia a Damián, ignorando el comentario de su hermana.

—Maritza, como mi abuela.

—Un nombre muy bonito. ¿Creéis que pueda seguir viniendo a verla? Me encantaría crear vínculos con mi sobrina.

—Claro, Alicia, siempre serás bienvenida a esta casa —aseguró Damián.

—Gracias.

—Espero que a la nueva novia de Diego no le importe que su ex venga tan seguido —comentó Otilia con la boca llena de veneno—. ¿Te importaría, Sofía?

Todos miraron a Otilia después de haber soltado aquel bombazo para los oídos de Alicia.

—No, para nada —contestó la joven, y tragó en seco.

—¿Vosotros sois novios? —preguntó Alicia.

—Sí —se apresuró a contestar la joven.

Diego simplemente permanecía callado.

—Pero ¿cuántos años os lleváis? Perdón, perdón —dijo Alicia y se frotó la sien—, no es algo que me concierne. Perdonadme.

Alicia se despidió y se marchó de la hacienda, dejando un silencio total en aquella sala y la atmósfera cargada de sentimientos encontrados.

—Es el peor día de mi vida —confesó Sofía, que no pudo más y rompió en llanto.

—Pero, Sofi…

—No digas nada, Diego. No es tu culpa, perdóname —dijo y subió con los ojos llenos de

lágrimas, las escaleras que llevaban a la segunda planta.

Diego miró a Damián y este le hizo un gesto de solidaridad. Él entendía perfectamente cómo se sentía su hermana, pero también se percató de que Diego se portó como todo un caballero.

—Bienvenida, hermanita —dijo Otilia con sorna y sonrió.

Capítulo 28
No quise hacerlo

Otilia siempre estuvo acostumbrada a celebrar sus cumpleaños por todo lo alto, pero ese año sería muy diferente, ya que había un nuevo miembro en la familia que no le iba a permitir hacer el tipo de fiestas que habituaba. Aquella noche, en la finca, el cumpleaños número treinta y tres de la señora Quintana parecía más bien un *baby shower*, porque todos estaban más pendientes de la pequeña Maritza que de la cumpleañera.

—Es preciosa la nena, Otilia. Felicidades —comentó Noelia Guerra, una señora a la que Otilia vio muchas veces en algunas cenas de sociedad a las que asistió con Ramón.

Como esta mujer era de tan buena posición, obviamente se merecía la invitación a su cumple, como también había asistido a su boda con Ramón. A las fiestas que no asistió esta mujer, fue a la boda de Diego con Alicia, ni a la fiesta de compromiso previa, ni a algunas otras; solo a las que hacía Otilia, porque era su amiga, no de la familia.

—Realmente es hermosa, como su mamá.

Otilia giró su cabeza hacia la voz que había hecho aquel comentario y la miró de arriba abajo. Por la expresión de la señora, Otilia se pudo percatar de que era una mujer sufrida. Tenía unos llamativos ojos azules que debieron de enamorar a más de uno cuando era joven. Su cabello tenía muchas canas, pero se podía notar que en su momento fue rubia. La mujer acomodó su ondulado cabello detrás de sus orejas y cruzó los brazos ante la mirada intimidante de la anfitriona.

—¿Y usted es…?

—Es Pilar, una amiga de Valencia que pasa unos días en mi casa. Espero no te moleste que la haya traído conmigo —comentó Noelia y bebió de su copa de Martini.

Otilia imaginó que, al ser tan buena amiga de Noelia, sería de su misma posición, así que por supuesto que era más que bienvenida.

—Claro que no, Noelia. Sus amigas son las mías.

—Gracias, señora —dijo la mujer.

—Llámeme Otilia, por favor. Que me diga «señora» me hace sentir muy vieja y hoy justamente solo estoy cumpliendo treinta y tres.

Sonrieron.

—¿Cómo se llama la niña?

—Maritza —respondió Otilia, que ya no sabía de qué forma agarrar a aquella niña tan inquieta —. Lo ha escogido su padre, creo que así se llamaba la abuela.

—¿Crees? —inquirió Noelia.

Otilia miró hacia otra dirección y se percató de que aquella joven contemporánea de Sofía se encontraba muy a gusto bailando en el medio de la sala al compás de *Amor y rock and roll,* de Rosalía, mientras los hermanos Asturias decidían quién de los dos la invitaría a bailar, y los padres de estos se miraban pensando en lo hartos que estaban de que este par aún no encontraran novia.

—A tu hija se le ve contenta —aseguró Otilia y, de paso, esquivó la pregunta de Noelia.

—Sí, es como su madre. ¿Qué le vamos a hacer?

Las tres sonrieron.

—Y aquella chica tan guapa que está con el que supongo que es tu esposo, ¿quién es?

Otilia giró la cabeza al escuchar la pregunta de Pilar y vio a su marido hablando con Sofía.

—Es su hermana.

—Es muy guapa.

—Sí —dijo Otilia con cara de «nada del otro mundo»—. Está esperando a su novio que no llega. Bueno, señoras, continúo hablando con los demás, en breve nos volveremos a ver.

Otilia se alejó del par.

—Es muy guapa esta mujer —aseguró Pilar—. Y si subió de peso con el embarazo, ha recuperado su figura muy rápido, en ¿cuánto?, ¿cuatro meses?

Efectivamente, Otilia ya había recuperado el cuerpo que siempre tuvo y por esa razón ya no se sentía tan acomplejada y podía regresar a hacer vida social y ese tipo de fiestas.

—Uy, esto es muy fuerte, Pilar —aseguró Noelia—. Resulta que Otilia estuvo casada con Ramón Quintana, el dueño de todo esto. Después fue amante de su hijo, Diego.

—¿Diego? —preguntó Pilar, inquieta.

—Sí, sí, ya lo conocerás cuando llegue, es muy guapo —prosiguió Noelia—. Pues fue amante de él y luego se casó con este otro hijo no reconocido de Ramón que apareció de la nada.

Pilar puso la boca abierta.

—¿Qué te pasa, mujer? —preguntó Noelia al ver que su amiga se comportaba un poco extraña —. Te veo inquieta. ¿No estás a gusto?, ¿quieres que nos marchemos?

—No, no. ¿Cómo crees? Estoy muy bien. Es solo que no asistía a una fiesta desde hace mucho tiempo y estoy un poco…, ¿incómoda? Más todas las cosas que me estás contando…

—Relájate, mujer… Esta fiesta, por lo visto, estará tranquila. Yo solo he asistido a su boda con Ramón, pero se comenta que aquí las fiestas suelen terminar… —No terminó la oración, solo abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

Noelia abrió los ojos con una sonrisa pícara y volvió a beber de su copa de Martini.

Pilar vio cómo la bella joven que hablaba con el esposo de Otilia corrió en dirección a la puerta y le dio un beso a aquel apuesto hombre que entraba.

—Mira, mira… Ese es Diego —dijo Noelia.

—Diego —Pilar mencionó ese nombre arrastrando la O—. Sí, es…, es muy guapo.

—Mujer, cálmate que ese hombre puede ser nuestro hijo —comentó Noelia, jocosa.

—Noelia, qué cosas dices —reaccionó sonrojada.

Pilar sonrió y nuevamente volvió a observar a aquel apuesto joven que había entrado por la puerta, y no le quitó los ojos de encima durante las siguientes dos horas.

La sonrisa de los labios de Sofía desapareció cuando entró Alicia por la puerta de la hacienda.

Llevaba un vestido rojo muy elegante y un pañuelo amarrado al cuello que la hacía ver muy chic, muy citadina.

—Felicidades, hermana —dijo, y luego de darse un gélido abrazo, Alicia le entregó el regalo que sujetaba con dificultad debajo de su brazo.

—Muchas gracias, Alicia. ¿Qué es?

—Intenté acertar. Estuve horas pensando qué podría regalarte porque sinceramente lo tienes todo, pero, bueno, intenté confiar en mi buen gusto y espero que te guste. ¿Dónde está Maritza?

—Ya la he acostado —respondió Otilia mientras abría el regalo quitando todo aquel papel plateado que envolvía el bulto. Era un vestido negro precioso, que en el cuerpo de Otilia seguramente se vería espectacular.

—Sé que hubo un tiempo, un largo tiempo, en que usaste solo ropa negra y debes de estar harta de ese color, pero te queda tan bien, te favorece tanto…

—Gracias, Alicia —dijo, y lo volvió a doblar luego de haberlo admirado—. Es precioso. En realidad, estoy muy sorprendida de que una chica como tú, que apenas sabía lo que significaba la palabra «gusto», sea capaz de comprar algo así. En serio, estoy muy sorprendida. Gracias. Ya verás que pronto, muy pronto, lo usaré —dijo, y miró a su esposo que a unos cuantos metros se percató de que ella lo observaba y levantó su copa de vino luego de lanzarle un beso.

—Cuando ella aparece tu actitud cambia al instante —le reprochaba Sofía a su novio.

—¿Qué estás diciendo, Sofía? No seas infantil, son ideas tuyas —respondió Diego, que intentaba no mirar a su exmujer, pero era imposible.

—No, no lo son —aseguró Sofía, y cruzó los brazos visiblemente molesta.

—Sofía, por favor, todos están observando. Incluso la propia Alicia, cálmate, por favor.

—¿Y cómo sabes que está mirando? Porque la estás observando.

Lógico.

—Sofía, por favor, no seas infantil —susurró Diego mientras miraba de soslayo para ver si alguien estaba pendiente de aquel berrinche de su novia.

—¿Por qué susurras?

—No, Sofía, en serio, ya…

—Perdonad que interrumpa —masculló Pilar que se había acercado a la pareja—, pero necesito hablar con usted a solas.

—¿Conmigo? —se extrañó Diego.

Sofía respiró hondo y se alejó. Esa había sido una oportunidad perfecta para no seguir delante de Diego, porque sinceramente no le apetecía. Los celos la estaban matando viva.

—Sí, por favor. Si no lo hago ahora, no creo que tenga el valor de hacerlo nunca.

Diego se encogió de hombros y acompañó a aquella mujer afuera de la hacienda.

—Muy bien, ya estamos a solas. ¿Qué quería hablar usted conmigo?

La mujer se quedó observando el rostro del hombre. La luna daba directamente en su cara y sus ojos azules brillaban mucho. Sintió frío y se acurrucó con sus propios brazos. Podía ser que también temblaba de nervios.

—¿Prefiere que entremos? Está muy fresco aquí afuera.

—No, no por favor. ¿Le importa si fumo?

—No, claro que no.

—Gracias.

Con las manos temblorosas, Pilar abrió su cartera tipo sobre y sacó una cajetilla de cigarrillos Celtas, sacó uno, lo encendió con un mechero y aspiró de él para luego soltar el humo.

—Mi nombre es Pilar y obviamente usted no me conoce a mí de nada, pero yo a usted sí.

Diego frunció el ceño y luego levantó una ceja confundido.

—¿A mí?

La mujer respiró profundo y pudo sentir cómo todo ese olor a campo se metió por su nariz y llegó a sus pulmones.

—Yo… —Tragó en seco—. Yo, yo soy tu madre —dijo con la voz ahogada.

1926 estaba siendo un año difícil para Pilar. Apenas había cumplido dieciocho años y ya había tenido un hijo producto de una violación. Violación que no tuvo el valor de contarle a nadie, ni siquiera a sus padres. Cuando ella se enteró de que estaba embarazada, les mintió a sus progenitores diciéndoles que quería ir a estudiar medicina a Francia, y les hizo pagar una universidad privada, cuando en realidad lo que tenía pensado hacer era irse a vivir a una casa que tenían en un pueblito cerca de Socuéllamos para dar tiempo a dar a luz y que los padres no se enteraran. Todo estaba planeado: una amiga que trabajaba en el orfanato Las Luces, le había dado la idea de dejar al niño allí. Mientras tanto, mantuvo entretenidos a sus padres, contándoles mediante cartas, lo supuestamente bien que le iba en la universidad y las ganas que tenía de regresar y abrazarlos. ¿En qué momento pensó que enredar tanto aquella mentira le traería beneficios? Para su mala suerte, los padres se enteraron de toda la farsa por medio de un telegrama que les enviaron desde la universidad porque su hija nunca se había presentado. La sorprendieron en aquella casa alejada de todos y con una enorme barriga de ocho meses. Ella les contó todo lo que había sucedido y que había sido víctima de tal abuso, pero no le creyeron. Al dar a luz, dejó al niño en el orfanato Las Luces, pero ya no por decisión propia. Desde que se supo todo, Pilar se había planteado quedarse con el bebé, pero su padre la obligó a abandonarlo allí y la internó en aquel convento de monjas en Valencia, del cual logró escapar tras varios meses de encierro. Obtuvo su libertad, pero perdió a sus padres y todas las comodidades que la rodeaban. No le importaba nada, solo quería regresar a por su hijo y que se lo devolvieran, pero no lo logró. Su amiga ya no trabajaba allí, y no tenía manera de localizarla. Recorrió varios pueblos, indagó, buscó, pero no logró saber dónde estaba el niño. Cayó en una fuerte depresión durante todo un año hasta que conoció a aquel hombre maravilloso, su psicólogo, que se conmovió con su historia y, después de convertirse en su amigo, se convirtió en el amor de su

vida. Dos años después, en un viaje que daba por Madrid con su actual esposo, de casualidad, se encontró con aquella mujer que trabajó en Las Luces y que una vez fue su amiga. Al ver su desesperación, la mujer le contó que efectivamente el niño había sido adoptado por una poderosa familia de Socuéllamos, propietarios de un importante viñedo. Pilar, emocionada, le agradeció la información y al universo por haber puesto a aquella mujer de nuevo en su camino. Fue con su esposo a Socuéllamos y llegó a la finca. Tocó la puerta y le abrió aquella hermosa mujer rubia que sujetaba a su hijo por una mano.

—¿Quién es, mamá? —preguntó la voz infantil.

Aquellas palabras se clavaron en el pecho de Pilar como dagas calientes. Su hijo llamaba «madre» a otra mujer.

—No sé, Diego —respondió Rosalía con una sonrisa en sus labios—, pero ahora nos contesta seguro. ¿Quién es usted?

—Perdón, ha sido una confusión. —Pilar se frotó la sien y miró al suelo. No quería seguir mirando a Diego porque seguramente rompería en llanto.

—¡Pero mujer! —exclamó confundido el esposo de Pilar.

—Que ha sido una confusión —reiteró Pilar abriendo mucho los ojos mientras miraba a su marido.

Los dos se marcharon por aquel camino que llevaba a la salida de la finca La Rosalía y fue entonces que, al llegar al final, Pilar se quebró entre lágrimas. No era capaz de quitarle un hijo a una madre y mucho menos quitarle a su hijo a la que él ya consideraba su madre.

La confesión que salió de los labios de aquella mujer dejó a Diego sin palabras por varios segundos.

—¿Qué estás diciendo? —Una sonrisa nerviosa—. ¿Qué tipo de broma es esta?

—No es ninguna broma, hijo.

La mujer bajó la mirada y cuando lo volvió a mirar a los ojos, Diego se percató como los de ella estaban ahogados en un mar de lágrimas.

—Señora, no sé quién es usted, o si alguien la envió para hacer esta broma de mal gusto, pero no le voy a permitir…

—Yo te abandoné en aquel orfanato, Las Luces —interrumpió Pilar—. Era muy joven, tenía miedo, me asusté, yo…

—Cállese, señora. —Diego, agobiado, se tapó el rostro con una mano y luego se frotó la sien con la misma.

—Yo regresé por ti —continuó—, pero fue muy tarde, ya te habían adoptado. Para cuando descubrí a qué familia pertenecías, no pude hacer nada. Ya los creías tus padres, ya te amaban como a su propio hijo. No fui capaz de alejarte de…

—Yo era su hijo, ellos fueron mis padres, los únicos que tuve —interrumpió Diego sin piedad.

—Lo sé, lo sé, hijo.

—No vuelva a llamarme hijo —vociferó Diego.

—Tenían dinero, mucho, entiéndelo —suplicó Pilar llorando—. Y yo no era nadie, no tenía manera de ganar, ya te había perdido.

Diego la agarró muy fuerte por un brazo.

—Primeramente, nunca tuvo que haberme abandonado.

—¡No sabes la historia! —gritó desesperada—. Prácticamente me obligaron a hacerlo.

La imagen de Alicia saliendo de la hacienda, hizo que Diego cambiara su mirada y siguiera con la vista a su exmujer que por un momento los observó e hizo una mueca de confusión porque veía la tensión del momento, pero no entendía qué sucedía; se montó en su coche y se desapareció en la oscuridad de aquel camino.

—Diego, por favor, dame la oportunidad de conocerte, de conocernos. Por favor.

La mujer se arrodilló y, aun así, Diego, que también tenía los ojos llenos de lágrimas, no tuvo piedad. Simplemente la agarró por los brazos y la levantó.

—¿Para qué regresó, señora? ¿Para qué? —inquirió Diego haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—Hijo…

Diego le dio la espalda a Pilar y se metió en la casa, dejándola allí parada, llorando, temblando y buscando en su cartera otro cigarrillo que fumarse y que pudiera calmar sus destrozados nervios.

Capítulo 29
Manos manchadas, otra vez

«Las Señoras Juntas», era el nombre que les habían puesto a ciertas reuniones que se hacían cada un tiempo determinado en aquel pueblo. Dichas reuniones consistían en el agrupamiento de algunas de las señoras más adineradas de la zona. En esta ocasión, la reunión se llevaría a cabo en uno de los chalets de Caridad Belmonte y, como respetada señora, Otilia de Quintana estaba invitada.

—Tienes un esposo maravilloso, Otilia —aseguró Luciana Villa—. No todos los hombres se quedan cuidando al hijo de una sin protestar, y más sabiendo que es para asistir a una simple reunión de cotilleo. —Esta mujer había quedado viuda ocho años atrás con tan solo treinta y cinco años, después de que su marido muriera por causas naturales. Él era treinta años mayor que ella.

—Tampoco lo digas así, no solo es cotilleo, también jugamos al póker. Por cierto, ¿estáis listas, chicas?

Todas sonrieron con el comentario de Caridad.

Otilia odiaba aquel tipo de reuniones, pero ella, con tal de encajar en la alta sociedad, hacía lo que fuera necesario.

—La verdad… —dijo Otilia, y bebió de su copa de Martini—, no fue él quien se quedó con Maritza, fue mi cuñada.

Un «oh» arrastrado se adueñó de la sala.

—Igual, se comenta que es un hombre maravilloso —aseguró Susana Dueñas. Esta mujer pelirroja, era la más joven del grupo. No llegaba a los treinta aún—. Espero que mi marido se mantenga así, incluso después de que nazca nuestro bebé, porque dicen que las cosas cambian mucho —dijo y se pasó la mano por su barriga de embarazada.

La conversación fue interrumpida por Altagracia Valladolid, la misma mujer a la que Otilia le escupió todas aquellas verdades en su cara el día de la boda de su hermana. Esta señora venía acompañada de otra: Lucre Aldama, una mujer hermosa, incluso más que Otilia. Llevaba su cabello castaño en un corte cuadrado que le quedaba fenomenal, sus ojos verdes recorrieron el salón y miraron a cada una de las presentes. Sonrió, levantó muy sutilmente su brazo derecho y movió sus dedos en un gesto de saludo.

—Hola, querida. Qué bueno que has llegado —dijo Caridad y se levantó para saludar a su amiga—. Veo que has venido acompañada, muy bien.

—Espero que no os moleste que me haya atrevido —se disculpó Altagracia—. Lucre es una muy buena amiga y quería que se integrara. Nos ha costado un poco llegar, estábamos medio

perdidas.

—Me imagino, pero bueno, lo importante es que llegasteis. Sentaos chicas, por favor.

Aquel lugar era precioso y se podía notar el lujo. Su decoración era perfecta e impoluta. Aquellos enormes ventanales de cristal que te permitían admirar la piscina en el jardín y, por el otro lado, toda aquella enorme parcela de tierra que pertenecía al lugar y que estaba cercada para mayor privacidad. La vivienda estaba compuesta de dos plantas, pero las mujeres permanecían por el momento en la planta baja, en la sala, cerca de un minibar hecho ahí precisamente para el uso que le estaban dando. Aquel lugar fue mandado a construir por el difunto esposo de Caridad antes de casarse con ella, en una época donde disfrutó muchos de sus años de soltería.

—Siento que te conozco de algo —declaró Susana mirando a Lucre mientras se pellizcaba el labio inferior.

—Claro que la conocemos —aseguró Otilia—. Su rostro estuvo en el periódico local hace cinco años cuando quedó viuda al morir su esposo y su hija en aquel terrible accidente de avión.

Todas fulminaron a Otilia con la mirada.

—¿Podrías ser más sutil, Otilia? —replicó Altagracia—. Aunque sabemos que es algo que para ti es imposible, por favor, intenta que…

—¿Lo dices por todas las crudas verdades que te dije en la boda de mi hermana? —interrumpió Otilia—. Si quieres te las repito aquí delante de todas.

—Chicas, por favor —dijo muy calmada Caridad dando pequeñas palmaditas—. No he hecho esta reunión para que os peleéis. Quiero que sea una velada inolvidable, pero en buen plan, ¿vale?

—No os preocupéis —interrumpió Lucre con su voz femenina y dulce—. Realmente ya estoy bastante recuperada, al menos, de la muerte de mi hija, que fue la que verdaderamente sentí. La de mi esposo, más bien fue un alivio.

Todas se quedaron en silencio y se miraron las unas a las otras.

—Si hay algo que me caracteriza es mi sinceridad. Por eso, al escuchar lo directa que ha sido esta mujer —dijo y señaló a Otilia—, ya sé con quién tendré más afinidad esta noche.

Caridad miró a Altagracia, esta vez reprochándole con la mirada el que hubiese llevado a aquella mujer a su casa. Ya con la arrogancia de Otilia en aquella sala era suficiente como para tener que soportar también a una versión extendida.

—Y es Otilia, mi nombre es Otilia.

—Perdonadme —dijo Lucre con una sonrisa dibujada en sus labios—, es que no nos hemos presentado y no me sé vuestros nombres.

Primero se presentó Luciana, que tomaba un martini parada detrás del sofá, justo en las espaldas de Caridad. Luego le siguió Susana que, sentada al lado de la anfitriona, no dejaba de pasarse las manos por la barriga. Caridad se levantó del sofá y luego de dejar muy claro que aquella era su casa, le explicó a la nueva integrante en qué consistían aquellas reuniones que hacían. Otilia, que se había puesto de pie hacía unos segundos y se había parado al lado de Luciana, caminó hasta donde estaba Lucre y luego de estrecharle la mano, le dijo:

—Ya me había presentado, pero lo vuelvo a hacer para que no se te olvide mi nombre, Otilia

de Quintana.

Las dos sonrieron desmedidamente mientras las demás se miraban pensando dónde se encontraba el chiste.

Jugaron al póker por un buen rato. Primero se retiró de la mesa Susana, luego Caridad, después Luciana y más tarde abandonó Altagracia, dejando a Lucre y Otilia en el último partido. Cuando estuvieron a punto de voltear sus cartas para saber quién era la campeona definitiva, se escuchó la voz de Lucre:

—Mejor, dejémoslo así. Prefiero que nos quedemos las dos siendo las reinas de la partida.

Otilia arqueó una ceja.

—¿No será que sabes que vas a perder?

Lucre medio sonrió.

—Pues como quieras. ¿Tienes el ego tan grande que no te das cuenta de que tal vez hago esto para que no te sientas derrotada después de voltear las cartas?

Estaban sentadas una frente a la otra, mirando sus cartas. Una no sabía qué combinación tenía la otra. Era un riesgo demasiado alto voltear y perder para cualquiera de las dos. Sus egos eran más grandes que toda la finca de Caridad, que se comía las uñas ante tal tensión. Otilia colocó sus cartas boca abajo, se levantó y se inclinó estrechándole su mano a Lucre.

—Va… Porque somos tan parecidas, acepto reinar esta noche las dos en este partido.

Lucre estrechó su mano con la de Otilia, que sintió en aquel toque algo que la incomodó un poco. Había sido un toque coqueto. Había sido un toque de una persona que ansiaba tocar a otra desde hacía mucho tiempo y ya una vez que lo logra pone toda su alma en ello. Había sido un toque con una intensa mirada regalada directamente de aquellos hermosos ojos verdes.

Todas sonrieron y aplaudieron, menos Altagracia, que jamás imaginó que su amiga fuera a tener tanta simpatía por aquella mujer que le parecía tan antipática.

Luego de cenar, volvieron a reunirse en la sala y continuaron hablando mientras bebían martini como si no hubiese un mañana, menos Susana que solo bebía zumo o agua de vez en cuando.

—Lucre —comenzó Susana—, ¿no has pensado en volver a casarte o tener más hijos?

—Lo de casarme, no, por el momento —respondió la mujer, y cruzó las piernas muy sensual. Otilia no pudo evitar admirarlas y también su pronunciado escote en aquel vestido que hacía juego con el color de sus ojos—. Y lo de tener hijos nuevamente… pues…, yo extraño mucho a mi hija y daría lo que no tengo por que estuviera aquí aún conmigo, pero… un hijo nuevo, no… Los niños son un estorbo.

Susana casi se ahoga con el agua tras aquel comentario.

—¿Cómo ha sido para ti tener que encargarte sola de los negocios de tu marido y de todo? —preguntó Susana.

—Pues me atrevería a decir que lo estoy haciendo mejor que el mismísimo Eduardo. —Levantó su copa de martini en un gesto de «salud» mudo y luego bebió de golpe lo que quedaba en la copa.

Otilia no podía creerlo, pero en aquella sala había una mujer que le estaba haciendo una fuerte competencia en lo que se refería a ser una verdadera perra.

—Pero ¿en serio no quieres tener más hijos? —insistió Susana, que se había quedado enfrascada en la misma pregunta.

—Bonita, si Dios —dijo con una mueca mirando al techo—, si Él decidió quitarme a la única que pensaba tener, ¿para qué enredarme nuevamente?

Otilia estaba fascinada con este personaje.

—Y en lo que se refiere a mi matrimonio —prosiguió Lucre—, fue un matrimonio arreglado por mis padres. Mi esposo no era el hombre perfecto que todos creían y a eso súmale que nunca estuve enamorada de él. Para empezar, ni siquiera me gustan los hombres. —Bebió de su nueva copa y para cuando se dio cuenta, todas la miraban con la boca abierta. Todas, menos Otilia.

—Ni siquiera me gustan los hombres machistas —concluyó con una risa nerviosa, dejando más tranquilas a todas las presentes.

—Creo que has bebido demasiado —aseguró Altagracia—. ¿Quieres que nos marchemos? Yo estoy verdaderamente cansada.

—¿Qué dices, Altagracia? —dijo Caridad y se levantó del sofá—. Mejor quedaos. Tere, la misma chica que te ha abierto la puerta, ya preparó las habitaciones para que todas os quedéis hasta mañana.

—No, yo no me quedaré —comentó Susana, que desde hacía un rato ya se sentía indispuesta; exactamente desde la llegada de Lucre—. Pedro pasará a por mí, de hecho, tiene que estar al llegar porque me dijo que estaría llegando a estas horas.

Se escuchó un insistente claxon de coche.

—Escuchad, ahí está, ¡qué casualidad!

Susana se levantó y se despidió de todas para luego desaparecer detrás de la puerta.

Primero se retiró a dormir Altagracia, que como ya había anunciado, estaba muy cansada. Le siguió Luciana, que, entre copa y copa, ya necesitaba una cama donde tirarse. Más tarde, Caridad, que al ver que la conversación de Otilia y Lucre se extendería, también se despidió.

—Todas se tragaron la repentina terminación de aquella oración, pero yo no —dijo Otilia, y se sirvió de aquella botella de vino blanco que tenía pegada a sus pies.

Lucre extendió su mano con la copa vacía y Otilia se la llenó. Estaban sentadas una al lado de la otra; Otilia sobre una de sus piernas y la otra fuera del sofá, tocando con la punta de sus dedos el suelo frío. Lucre estaba sentada de perfil a ella en posición de yoga y de vez en cuando volteaba el rostro y miraba de frente a su compañera de copas.

—¿Qué oración? —Se hizo la desentendida.

Otilia sonrió y bebió de su copa para luego percatarse de que la mujer tenía un lunar debajo de su ojo derecho, justo en la mejilla.

—También he escuchado de ti —aseguró Lucre—. Yo sola no soy comidilla de pueblo.

—¿Ah, sí? ¿Qué has escuchado? —inquirió Otilia.

Lucre le regaló un silencio de varios segundos y una sonrisa pícara.

—Pues que estuviste casada con Ramón Quintana, unos de los vinicultores más poderosos del país y que ahora estás casada con su hijo.

—Sí, pero con el hijo equivocado —respondió Otilia, y se bebió de un golpe lo que tenía en la

copa.

—¿Cómo es eso? —preguntó curiosa Lucre, y arqueó una ceja.

—Nada, nada… Olvídalo.

Hubo un silencio entre las mujeres hasta que la voz de Lucre terminó con el ambiente mudo.

—¿Viste la cara de todas cuando dije eso de que no me gustaban los hombres?

Otilia comenzó soltando una pequeña risilla, que luego se convirtió en una leve carcajada, que luego se transformó en una risa desenfrenada que le contagió a Lucre.

—Pero ¿es cierto eso?, ¿o en realidad fue una oración incompleta como hiciste creer?

—Creo que es mejor si te respondo con acciones.

Lucre agarró sutilmente un mechón del cabello rizado de Otilia que le caía sobre el hombro y comenzó a enroscarlo en su dedo. Otilia solo la observaba mientras aquella mujer se acercaba más a ella de una manera como solo una serpiente podría hacerlo. Una serpiente y Lucre.

Los labios de la mujer se acercaron sutilmente a los embriagados de Otilia y le dio un suave mordisco a su labio inferior.

—Lucre, yo…, a mí no…

Lucre puso su dedo índice sobre los labios de Otilia y la mandó callar con ese sonido mundialmente conocido en el que arrastramos la «sh».

—No digas nada…

Lucre se levantó del sofá y agarró una de las manos de Otilia, haciendo que esta se levantara y la siguiera. Subieron hasta una de las habitaciones de la segunda planta y entraron.

Otilia se sentía muy confundida. Ella jamás se había planteado tener sexo con una mujer, pero no sabía qué le pasaba con esta, que era capaz de hechizarla de ese modo para hacer cosas que jamás pensó que haría.

Lucre le quitó el vestido a Otilia, haciéndola sentir como mariposa saliendo de su capullo, le dio un suave empujoncito en los hombros y esta cayó en la cama.

Otilia se sentía asustada. No quería hacer aquello, pero a la vez sí. Su corazón latía a mil por hora y Lucre pudo sentirlo cuando se pegó a su pecho para poner uno de los senos de la mujer en su boca. Otilia gimió. Lucre recorrió su lengua desde el centro de los senos de Otilia hasta el ombligo, para luego bajar un poco más y meter la lengua justo donde sabía que le daría verdadero placer. Otilia quería que se detuviera, pero a la vez quería que continuara. Le estaban haciendo el sexo oral más maravilloso que jamás había experimentado, pero en sus pensamientos no estaba Lucre. En sus pensamientos quien hacía aquello era Diego. Se miraron por un segundo mientras aquella mujer aún tenía su boca pegada en la vagina de Otilia que la miró desde aquel ángulo en el que parecía un caimán que espera ver a su presa caer al agua. La mano de Lucre, que acariciaba las piernas de Otilia, recorrió su abdomen para luego acariciar sus tetas y después posarse en sus labios. Metió su dedo índice en la boca de Otilia, quien, sin saber por qué, lo chupó. La boca de Lucre se despegó de aquella fruta que no podía parar de comer y se deslizó en la cama con su cuerpo desnudo hasta caer encima de Otilia, que permanecía con los ojos cerrados. Lucre la besó y luego volvió a bajar a ese lugar. El clímax se apoderó del cuerpo de

Otilia y luego del de Lucre que no paró de tocarse mientras escuchaba los excitantes gemidos de la mujer.

Jadeos…

Jadeos…

Respiración profunda…

Otilia se volteó hacia un lado de la cama y se cubrió con la sábana. Lucre hizo lo mismo, se volteó hacia el otro lado, pero con su cuerpo desnudo al descubierto, sin sábana.

El sueño las venció.

No habían pasado siquiera dos horas, cuando Otilia se despertó con un terrible dolor de cabeza. Estaba confundida. Estaba mareada. Tenía náuseas. Y su sorpresa fue aterradora cuando miró a su lado y vio aquel cuerpo desnudo de mujer a su lado.

—¿Qué significa esto?

Lucre se despertó asustada y se frotó unos de sus ojos con el dorso de su mano derecha. Bostezó.

—¿Qué pasa? —preguntó confundida y soñolienta.

—¿Qué hacemos desnudas?

—Ay, por favor, no me digas que no recuerdas —respondió Lucre con un gesto desencajado.

A Otilia le molestó mucho el tono con el que la mujer había dicho aquello, pero no hizo nada. Simplemente, se levantó y comenzó a buscar su vestido.

—¿Por qué estás así? —preguntó confundida la mujer.

—Esto no debió pasar nunca —mencionó Otilia entre dientes, procurando que no la escucharan en las otras habitaciones.

Lucre se levantó de la cama también y se paró delante de Otilia, mostrándole su cuerpo desnudo.

—No tienes de qué preocuparte. Sería incapaz de decir algo.

Se le acercó y le agarró las manos.

—No puedes negar que la pasamos muy bien…

Otilia la empujó tan fuerte que el cuerpo de Lucre se estampó contra una de las paredes de la habitación.

—Esto nunca debió pasar. ¡Estaba borracha! Te aprovechaste de la situación —masculló molesta.

Lucre se acercó a Otilia y le pegó una fuerte bofetada.

—¡Admite que lo disfrutaste, incluso más que yo!

Otilia apretó los puños y, tras un largo suspiro, salió de aquella habitación, deseando con todas sus fuerzas apuñalar a aquella mujer y dejarla sin vida, pero tenía que contenerse, no estaba en su casa, no estaba en su territorio y su ira no podía ser más fuerte que su razonamiento. Caminó por el pasillo que llevaba hasta las escaleras y se detuvo antes de bajar, cuando sintió la voz susurrante de Lucre detrás de ella.

—Perdóname, por favor, perdóname. No sé por qué lo hice.

Otilia se volteó para verla y se percató de que ya estaba vestida, pero sin zapatos puestos. Se le

acercó lentamente y la agarró por una mano. La jaló sutilmente hacia ella y le sonrió. Le acomodó un mechón de su cabello detrás de la oreja y Lucre respiró profundo, más calmada.

—Pensé que estarías molesta por…

Antes de que la mujer terminara la oración, se vio rodando escaleras abajo ante la fría mirada de Otilia que pudo percatarse en milésimas de segundos cómo el cuello de su víctima se quebró en un punto de aquellos escalones. Al llegar al final, el cuerpo quedó bocarriba y la mirada de Lucre posada fijamente en Otilia, o en algún punto del techo, pero ella juraría que los ojos de aquel cuerpo que yacía en el suelo, sí la miraban a ella.

La mujer bajó muy veloz, pero procurando que sus pasos no se escucharan; temía que alguien hubiese escuchado el estruendo. Se quedó mirando el rostro de Lucre por unos segundos. Se agachó y se acercó mucho a su cara. Pegó sus labios a uno de los oídos de la mujer y, aunque estaba consciente de que esta no escucharía nada, le dijo:

—Llévate nuestro secreto a la tumba…

Subió nuevamente de puntillas y se metió a la habitación de Lucre. Revisó que no hubiera ninguna de sus pertenencias allí y luego se marchó a la suya.

Otilia no pegó ojo en toda la madrugada. Estaba tumbada en su cama mirando al techo y esperando el momento, ese justo momento en el que se escuchó un grito aterrador que llegaba de la sala y que la dejó pensando si provenía de la garganta de Caridad o de alguna de las otras chicas. Se tapó el rostro con las manos, se sentó en el borde de la cama y exclamó:

—¡Que comience el espectáculo!

Capítulo 30
Interrogatorios

CARIDAD BELMONTE

—¿Me está diciendo, señora Belmonte, que había otra mujer en su reunión? —decía Clementino, que como de costumbre llevaba la corbata mal puesta y continuaba con la manía de morder aquel palillo.

—Sí, inspector —respondió Caridad—, pero Susana se marchó muy temprano. Su esposo la vino a recoger.

Clementino estaba encerrado en el despacho con la dueña de aquel lugar. Él estaba de pie junto a la puerta, mientras Caridad sollozaba sentada en una silla que estaba frente a él y de espaldas al buró.

—¿Y no escuchasteis nada en la madrugada?

—Le he dicho ya que no. Al menos, yo no… Había tomado varios martinis y caí rendida. Todas nos acostamos menos Otilia, que se quedó platicando con Lucre. —Pegó el pañuelo que tenía en la mano a su lagrimal derecho.

LUCIANA VILLA

—La verdad es que se encontraba muy, muy bebida —comentaba Luciana mientras cruzaba las piernas y colocaba sus manos una encima de la otra, sobre sus muslos—. Su actitud era muy extraña. Hacía unos comentarios muy desagradables.

—¿Comentarios desagradables? —Clementino se peinó el bigote con el palillo—. ¿De qué tipo?

—No sé… Como que para ella era un alivio que su marido estuviera muerto, que no pensaba volver a tener hijos porque eran un estorbo… Y hasta hubo un momento en que yo creí que quiso decir que no le gustaban los hombres… —esto último lo mencionó susurrando.

—¿Qué? —preguntó Clementino girando la cabeza y poniendo la oreja en dirección a Luciana —. Es que habló muy bajo.

—Que dijo que no le gustaban los hombres —repitió en un tono más alto.

Clementino cerró la libretita y con el ceño fruncido cruzó los brazos.

—¿Por eso os sentisteis incómodas y os retirasteis?

—No, no… Después quiso disimular y terminó la oración diciendo que no le gustaban los hombres como su difunto esposo. Todas nos sentimos más tranquilas, o al menos yo. —Se levantó—. En realidad, nos acostamos porque habíamos bebido demasiado y ya sabes que cuando se bebe tanto, el sueño te vence.

—¿Y no escuchaste nada en la madrugada?

—Para nada. Yo caí muerta. La habitación que le asignaron a Lucre, que en paz descanse, estaba conjunta a la de Otilia. Ella tiene que haber escuchado algo.

ALTAGRACIA VALLADOLID

—Estoy destrozada, inspector —decía la mujer entre lágrimas.

—Cálmese, Altagracia. Beba un poco de agua —dijo Clementino mientras intentaba que la mujer sostuviera el vaso de agua que él le ofrecía.

Ella bebió entre sollozos.

—Me siento muy mal porque yo quise que me acompañara… Yo la traje a este lugar y ahora está muerta.

—Cálmese, Altagracia.

—Tenía que haberla obligado, tenía que haberle insistido para que nos retiráramos. Le dije que estaba muy borracha, pero no quiso escucharme. Ella se sentía muy a gusto conversando con esa…

—¿Con quién? —preguntó Clementino sabiendo a quién se refería Altagracia.

—Otilia. Esa mujer es…, es… ¡arrrg! —gruñó—. Es insoportable.

—¿A qué hora os acostasteis?

—Era como la 1:15 a. m.

Clementino abrió su libreta otra vez y escribió.

OTILIA DE QUINTANA

—Definitivamente, usted es un imán para los problemas, señora Quintana —dijo Clementino y cruzó los brazos.

Otilia, sentada en la misma silla donde se sentaron las anteriores, hizo una mueca de desagrado y permaneció en silencio.

—¿Qué tiene que decirme? Todas dicen que con la última persona con la que estuvo la occisa fue con usted.

—Así es —respondió Otilia, muy calmada.

—¿Y…?

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Hasta qué hora estuvisteis conversando y a qué hora os fuisteis a la cama?

—Bueno, yo… ¿Puedo encender un cigarrillo?

—No.

Otilia respiró profundo.

—Estuvimos bebiendo hasta las 2:30 a. m., más o menos, y luego le dije que me retiraría a dormir porque me encontraba cansada. Ella me dijo que se quedaría en la sala un rato más, y yo me despedí y me retiré a mi habitación. Fin. ¿Qué más quiere que le cuente?

—En qué condiciones se encontraba, por ejemplo.

—Pero eso es algo que me imagino que las demás ya le han dicho. Se encontraba muy bebida. Como todas. Me imagino que subiendo las escaleras habrá tropezado o algo y se cayó.

—¿Y no escuchaste nada?

—¿Las otras escucharon algo?

—Te pregunto a ti.

—No.

Clementino arqueó una ceja y apuntó en su libreta.

—Otra pregunta, ¿por qué usted tocó el cadáver de Lucre al verlo?

Otilia se encogió de hombros.

—No sé, estaba muy nerviosa, impactada…

—¿Usted no sabe que eso no se puede hacer? Y, según tengo entendido, hasta intentó darle primeros auxilios.

—¡Que no lo sé, inspector! —chilló Otilia, y se levantó de la silla para darle la espalda a Clementino—. Le he dicho que me puse nerviosa, no pensé que estaría muerta, solo quería ayudar.

—¿No creyó que estaba muerta? ¿Acaso no vio su cuello?

Otilia se volteó mostrándole a Clementino un falso rostro de confusión

—No me fijé. Lo que no vi fue sangre y por eso no me fijé en nada más… Solo quería ayudar.

Otilia había jugado muy bien sus cartas. Todo su ADN estaba en el cadáver, y nadie hasta el momento podía decir que no estaba ahí por el simple hecho de haber intentado «ayudar».

Clementino resopló y se apartó de la puerta.

—Te diré lo mismo que a las otras: mientras esta investigación esté en curso, no podréis salir del país.

—Tampoco tenía pensado hacerlo. ¿Puedo retirarme?

Clementino se colmó de paciencia ante la altanería de Otilia y le respondió:

—Sí.

Capítulo 31
Camino hacia un fatal destino

Ni siquiera aquel maravilloso viaje que habían tenido Diego y Sofía, donde conocieron las hermosas playas de Cancún, permitió que las discusiones cesaran por causa de las continuas visitas de Alicia a la finca para ir a visitar a su sobrina Maritza. La joven celosa alegaba que aquellas visitas en realidad eran para poder verlo a él y no a su sobrina, como ella pretendía hacer creer.

—No comiences con lo mismo, Sofía —reprochaba Diego, muy enojado—. A veces te comportas como una chiquilla. —Se dejó caer en el sofá.

—¡Es que no la soporto! ¡No soporto su presencia en esta casa!

—Pues te aguantas, Sofía. Te guste o no, aquí viven su hermana y su sobrina. Además, Alicia no te ha hecho absolutamente nada. Esa mujer no me mira.

—Mucho que quisieras, canalla.

Diego resopló y se volvió a poner en pie mientras se echaba el pelo hacia atrás con ambas manos. Había momentos en que se preguntaba cómo fue capaz de comenzar una relación con una niña tan inmadura. Había momentos en los que deseaba terminar con aquella farsa, pero una de las cosas que se lo impedía era la buena relación que estaba llevando con su hermano, no quería estropearla nuevamente.

—Tú, en lugar de hablar de otros temas, no sé, ponerte feliz porque intenté darle una oportunidad a mi madre, por ejemplo, preguntarme cómo van las cosas con ella, nada. Prefieres hacer estas escenas de celos sin sentido.

En realidad, Sofía tenía la boca llena de razón. Cada vez que Diego tenía delante a Alicia, su tiempo se paralizaba. Él hubiese dado lo que no tenía por echar todo ese tiempo atrás y que las cosas en el presente fueran diferentes. Pero su punto a favor en aquellas discusiones era que no lo demostraba. Diego intentaba por todos los medios que su actual novia no se sintiera incómoda con la situación de tener que ver a Alicia constantemente en la hacienda, pero, aun así, ella le reprochaba algo que ni siquiera veía; eran puros celos.

—¿Qué son esos gritos? —interrumpió Damián.

—¿Qué crees, Damián? —dijo Diego, y cruzó los brazos llevando todo su peso a una pierna y dejando descansar la otra.

Damián giró su mirada hacia su hermana.

—¿En serio, Sofía? ¿Vas a seguir con el mismo tema? Cada vez que Alicia viene a esta casa sucede lo mismo, y esa mujer más educada no puede ser.

—¿También tú la vas a defender? —chilló Sofía—. ¿No os dais cuenta de que…?

Una fuerte punzada en el vientre no permitió que la joven siguiera hablando y la dobló en un gesto de terrible dolor.

—Sofía, ¿qué te pasa? —dijo preocupado Diego y se acercó corriendo a su novia.

Damián corrió hacia su hermana y los tres se percataron de que el pantalón vaquero de Sofía comenzó a mancharse de un rojo intenso entre sus piernas.

—¡Estás sangrando! —gritó Damián, cargó a su hermana y salió de la casa con ella en brazos. Diego tras él.

Se montaron en el coche de Damián y aceleraron por aquel largo camino.

Alicia se mecía en el sillón con Maritza en brazos mientras Otilia encendía un cigarrillo.

—¿Qué haces, Otilia? ¿Cómo vas a encender eso delante de tu hija?

Otilia se alejó al ventanal.

—Ay, perdón, mamá —bufoneó Otilia.

Aquellas palabras se enterraron en el corazón de Alicia, que inevitablemente recordó cómo perdió aquel embarazo en aquella casa.

—¿No tenías que irte? Me llamaste para que viniera a cuidar a Maritza e ir a hacer acto de presencia en el hospital y aquí sigues…

Otilia permaneció en silencio. Sonó el timbre del teléfono. Otilia contestó al tercer sonido y colocó el auricular en su oído aguantándolo con su hombro mientras intentaba volver a encender el cigarrillo que se le había apagado.

—Sí, aló… Sí, soy yo… —Los ojos de Otilia se abrieron y agarró el teléfono con la mano derecha, luego de tirar el cigarrillo al suelo y pisarlo—. No puede ser…

—¿Qué pasó, Otilia? —preguntó Alicia, preocupada.

—Sí… Sí, muchas gracias. —Colgó.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar preocupada Alicia, nerviosa, pero sin alzar la voz para que Maritza, que aún estaba en sus brazos, no se despertara.

—Sofía, Damián y Diego…, acaban de tener un accidente.

—¿Qué? —Alicia se levantó y Maritza se despertó del susto y comenzó a llorar—. Pero ¿cómo están? ¿Cómo están, Otilia? —preguntaba desesperada Alicia, mientras movía a la bebé sobre sus brazos, intentando calmarla.

—No sé, no sé… —Otilia se frotó la sien mirando al suelo—. Si a Diego le sucede algo, yo…

Alicia la miró.

—¿Diego? Otilia…, que tu esposo y tu cuñada también iban con él. Agarra las llaves de tu coche. Vamos, que estamos perdiendo mucho tiempo, vamos.

Otilia entró al hospital y Alicia, que iba con Maritza en brazos, la siguió buscando alguna información en recepción, pero nadie sabía decirles nada, solo veían a personas caminar de un lado a otro y enfermeras que se metían en un cuarto o salían de otro.

Los ojos de Otilia se clavaron en aquella imagen y corrió hacia allí. Era Diego de pie, junto a una puerta. Su cabeza estaba vendada y sus brazos mostraban algunos cortes. Lo abrazó.

—Diego… Diego, ¿te encuentras bien?

En aquel abrazo, Diego sintió toda la dulzura que le era imposible pensar que aquella mujer podría desprender. No era menos cierto que las veces que tuvieron sexo sintió mucha pasión desbordante florecer de aquel cuerpo, pero dulzura, lo que se dice dulzura, era la primera vez que la sentía por parte de Otilia, y sinceramente era porque él no quería ni le interesaba notarla. Porque si había una persona con la que aquella mujer se doblegaba, era con él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Alicia, que se acercaba y le mostraba a Diego una total expresión de preocupación. Si no hubiera tenido a la niña en brazos, también lo hubiera abrazado.

—Bien, bien, gracias —dijo y apartó a Otilia con mucha sutileza—. Pero estoy muy preocupado. No me quieren decir nada de Damián y Sofía… Y estaban muy mal.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntó Alicia.

—Sofía se empezó a sentir mal…, comenzó a sangrar…

—¿A sangrar? —preguntó Otilia.

—Sí…, a sangrar —dijo Diego, y se señaló abajo.

—¿Estaba embarazada? —preguntó Alicia.

Diego frunció el ceño y se encogió de hombros.

—No —respondió—. No, que yo sepa.

Alicia posó su mirada en Maritza, que se había dormido nuevamente.

—El caso es que Damián venía muy, muy rápido y no sé en qué momento nos embestimos contra un camión…

—Perdón… —interrumpió la voz de aquel doctor que se acercó a ellos.

—Doctor, ¿cómo están mi hermano y Sofía?

El doctor se acomodó las gafas deslizándolas por el tabique, con su dedo índice.

—Lamento informaros de que Damián está en coma…, grave…

Diego tapó su boca con la mano, mientras Otilia deseó sonreír, pero se contuvo y Alicia puso la boca en forma de O.

—La joven despertó, pero también se encuentra muy mal. Desea hablar con Alicia, me lo pidió encarecidamente, así que, por favor, si podéis comunicaros con ella, lo agradecería. Sofía se encuentra en un estado muy delicado, no creo que sobreviva…

—¿Hablar conmigo? —dijo extrañada Alicia.

—¿Usted es Alicia?

—Sí.

—Por favor, acompáñeme.

Alicia le entregó la niña a su madre con mucho cuidado para que no despertara.

—Doctor, por favor, tiene que salvarla —dijo Diego.

—Hemos hecho todo lo posible. No es muy común que un médico diga esto, pero está en manos de Dios.

—¿Y por qué sangró y le dio aquel dolor? —preguntó Diego.

—Estaba embarazada.

Alicia lo miró y luego siguió al doctor. El hombre colocó las manos en su cabeza y se sentó en una silla del hospital que estaba vacía.

Fueron los quince minutos más largos en la vida de Diego, que, junto a Otilia, esperaba a que Alicia saliera de aquel cuarto de hospital.

—Cuando me enteré de que habíais tenido un accidente —dijo Otilia—, solo pensar que pudo haberte pasado algo…, yo…

—Estoy bien, Otilia… Ahora mismo es tu esposo quien necesita de toda tu preocupación y tu apoyo.

Alicia salió del cuarto de Sofía. Sus ojos estaban muy rojos y sostenía un pañuelo con su mano derecha.

—Alicia… —Diego se acercó a la mujer que amaba y la sostuvo por los hombros. El primer tacto después de muchísimo tiempo—. ¿Qué te dijo? ¿Qué quería?

Alicia enroscó sus brazos en el cuello de Diego y rompió en llanto. Él se quedó por unos segundos sin reaccionar, pero luego respondió a aquel abrazo que había anhelado desde hacía tanto tiempo y que odiaba que hubiese surgido ante tales circunstancias.

—Alicia, cálmate. ¿Qué te dijo?

Diego la apartó de él con suavidad y la miró directamente a los ojos. Alicia rompió en llanto con mucha más fuerza y salió corriendo de aquel lugar.

—¡Alicia, espera!

Diego estuvo a punto de ir tras ella, pero lo detuvo la mano de Otilia que lo agarró por el brazo.

—Espera, Diego. Ahí viene el doctor.

—Lo siento, lo siento —Fueron las palabras del médico, con las que confirmó lo que ya se temía. Sofía acababa de morir.

Capítulo 32
En los pensamientos del inspector

—La obsesión que me produce esta mujer es inmensurable. No sé por qué razón no sale de mis pensamientos y no me puedo sacar de la cabeza la absurda idea de que tuvo que ver directa o indirectamente con la muerte del doctor Arnaldo.

Clementino encendió un puro dando tres pequeñas caladas mientras sujetaba con la otra mano el mechero, luego dio una calada muy larga para después soltar el humo y descansar su espalda en aquella silla detrás de su buró, mientras observaba un mural que había hecho, donde se encontraba clavado, en el centro, el nombre de Otilia y a su alrededor los nombres de Arnaldo, Ramón Quintana y Lucre Aldama; todos unidos con un llamativo hilo de estambre rojo.

—No sé por qué tengo la impresión de que todas estas muertes están vinculadas. —Se levantó y se colocó delante del mural—. Y que tú… —dijo, y puso el dedo sobre el nombre de Otilia— sabes más de lo que dices.

Clementino Gutiérrez parecía siempre ser un verdadero desastre. Nunca tenía colocada correctamente su corbata e incluso muchas veces se le olvidaba afeitarse, pero eso no influía en su perspicacia. Desde la primera visita que le hizo a Otilia pudo percibir algo en la actitud de aquella enigmática mujer que no le gustó. Su fiel idea de que la que, por aquellos tiempos, era viuda, había tenido que ver con la muerte del doctor Arnaldo y de su esposo Ramón Quintana, se incrementó cuando vio que nuevamente estaba involucrada en una muerte extraña.

—Arnaldo, médico y amigo de la familia Quintana por años, muere de forma sospechosa al poco tiempo de haber fallecido Ramón Quintana, quien era tu esposo y uno de los mejores amigos del suicida. —Se pellizcó el labio inferior luego de apagar el puro en el cenicero de cristal que estaba encima del buró. Aquel despacho estaba impregnado de humo—. Siento que hay un bache en esta parte y se trata de Pamela Quintana. Creo que también debería estar en este mural. —Arrancó una hoja en blanco de una agenda y con un bolígrafo negro escribió el nombre de la más chica de los hijos de Ramón—. ¿Qué llevó a Arnaldo a suicidarse luego de que el hermano Quintana no permitiera que siguiera siendo su doctor? —Clavó con una tachuela el nombre de Pamela en el mural y agarró el estambre rojo para unirlo a los demás, dándole una vuelta que concluía en Otilia—. Tengo que localizar al esposo de la chica, al tal José Manuel. —Dio unos pequeños golpecitos en el mural con su dedo índice—. Y luego la muerte de Lucre Aldama… Aquí todo está muy turbio. Necesito una prueba, una sola prueba que me ayude a desenmascararte y mostrarle a todos que siempre tuve razón y que estás vinculada a todo esto… Sé que aún hay más cosas que ni sospecho, pero las descubriré.

La vez que Clementino habló con sus superiores de todas las sospechas que tenía en mente,

estos lo tomaron por loco y le prohibieron seguir diciendo ese tipo de estupideces por los pasillos de la comisaría. Le dijeron que estaba intentando meterse con una de las familias más reconocidas de la región, y posiblemente del país, con un montón de ideas y suposiciones, sin tener siquiera una sola prueba. Le dijeron que dejara todo así y le asignaron otros casos. Pero desde la muerte de Lucre, sus sospechas volvieron a florecer y ahora no iba a permitir que se le tachara de loco. Lo único que tenía que hacer era trabajar por su cuenta y muy callado.

—Te voy a atrapar, Otilia. Lo voy a hacer.

Capítulo 33
Y aquí estamos los tres

Después del entierro de Sofía, Alicia y Diego decidieron quedarse unos días en la finca en lo que mejoraban las noticias acerca del estado de salud de Damián. Otilia tenía que continuar visitando el hospital porque su esposo seguía en coma, y Alicia no tenía inconveniente en pasar las horas que fueran necesarias con su sobrina. Diego, como en los viejos tiempos, estaba al frente de todo el negocio familiar y poniendo orden en algunas cosas que, para él, su hermano no había hecho bien.

Aquella noche todos dormían, cuando un grito salió desde el interior del cuarto de Otilia. Alicia, asustada, irrumpió en la habitación de su hermana y se encontró con una Otilia empapada en sudor, temblando de frío, sobre la cama.

—Otilia, ¿qué pasa? —Se acercó y se percató de que dormía. La tocó—. Estás hirviendo.

Diego entró por la puerta de la habitación con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? ¿Qué fue ese grito?

Se escuchó el llanto de Maritza salir de otra habitación.

—Quédate con ella, Diego. Voy a por la niña.

Diego se sentó en la cama y colocó la cabeza de Otilia en sus muslos. Ella abrió los ojos.

—Estás ardiendo, Otilia. Has tenido alguna pesadilla, al parecer.

—Diego… —Sonrío.

—No hables. Tu hermana ya viene.

—Que sepas que todo lo he hecho por amor.

—¿De qué hablas, Otilia? —dijo Diego, que no dejaba de tocarle la frente a su exmadrastra.

El día del entierro de Sofía hubo una fuerte tormenta en la cual todos terminaron empapados en aquel cementerio. Aunque corrieron con rapidez para montarse en el coche, terminaron demasiado mojados. Al parecer, a Otilia el resfriado le había tocado con más fuerza.

—Todo lo que he hecho… Mi hermana, su bebé, tu padre, tu hermana…

Alicia entró por la puerta con Maritza en brazos.

—¿Cómo sigue?

—Creo que está delirando.

Aunque llevaban varios días bajo el mismo techo, ese era el momento en que Alicia y Diego más habían interactuado. Desde la muerte de Sofía no habían tenido comunicación alguna. Quizás se habían tropezado en el comedor a la hora del desayuno en algún momento y quizás ella le sonrió cuando en la cocina los dos intentaron agarrar el mismo vaso, pero él se percataba

de que ella lo estaba evitando más que de costumbre y no sabía por qué, pero intuía que lo que le había dicho Sofía antes de morir, tenía mucho que ver.

—¿Delirando?

—Sí, está diciendo cosas muy extrañas…

—Yo acabo de llamar al doctor. Por favor, busca agua helada y unas compresas para ponérselas en la frente para ver si baja la fiebre.

Diego apartó la cabeza de Otilia de sus piernas y salió de la habitación.

—Alicia…

—Tranquila, Otilia. El doctor ya viene.

Maritza lloraba mientras Alicia daba pequeños brinquitos con ella en brazos para que se calmara.

—Ese llanto… No quiero escucharlo, me duele la cabeza. —Se puso ambas manos en los oídos.

Alicia estuvo a punto de salir de la habitación.

—Espera, no…, no te vayas…

Alicia se detuvo. Se percató por un instante de que las ventanas de la habitación de Otilia estaban abiertas porque las cortinas se movían mucho hacia adentro. Quiso cerrarlas, pero no lo hizo.

—Hermana…, a pesar de todo, yo te quiero.

¿Cuántas veces Alicia deseó escuchar aquellas palabras salir de los labios de su hermana? Tantas discusiones absurdas y tanto odio contenido entre dos personas que se suponía tenían que amarse y apoyarse incondicionalmente.

—Y yo a ti, Otilia —respondió Alicia sin pensarlo dos veces.

—Posiblemente tú más a mí.

Alicia medio sonrió y meneó la cabeza.

—Sí, es lo más probable.

—Tengo mucha sed. —Intentó levantarse.

—Por favor, Otilia, estate quieta, no puedo hacer nada ahora, tengo a Maritza.

—No quiero a esa niña… No la quiero.

Alicia respiró profundo y miró a Maritza pensando en lo que hubiera dado ella por haber tenido una niña así de hermosa.

—No digas eso, Otilia. Estás diciendo cosas que no sientes.

—Sí, sí sé lo que digo. No quiero a esa niña, como tampoco quiero a su padre. Si hubiera sido de Diego…

—¡Qué cosas dices, Otilia!

—Pero siempre te amó a ti —dijo Otilia, que no paraba de hablar sin abrir los ojos—. Solo por eso te odié. Eso nos ha distanciado más que cualquier otra cosa.

Alicia se acercó a la puerta de la habitación a ver si Diego venía.

—Te has distanciado de mí porque has querido. Nada. Ni siquiera amar al mismo hombre tenía que haber provocado que nos desuniéramos así.

En ese momento entró Diego con el agua fría y las compresas. Definitivamente, había escuchado todo, pero Alicia rezaba para que no hubiese sido así.

—Quédate quieta, Otilia —dijo Diego, y colocó todo sobre la mesita de noche que estaba al lado de la cama.

—Diego, por favor, cierra las ventanas. Entra mucho aire frío —ordenó Alicia.

Diego hizo lo que Alicia le pidió. Luego se sentó en la cama y mojó las compresas para ponerlas en la frente de Otilia.

—¿Será que tengo que enfermar más a menudo para sentir que te preocupas por mí, Diego? —Sonrió casi sin ganas—. De todo el daño que he hecho, aunque no lo exprese, el que te he hecho a ti, Alicia, es el que más me ha dolido.

—Ya calla, Otilia.

—Lamento mucho la pérdida de tu bebé.

Al escuchar aquellas palabras, Diego y Alicia se miraron.

—¿En serio? —preguntó Alicia, y se acercó a la cama.

—Claro, si no hubiera sido de Diego, tal vez todo sería diferente y lo tendrías ahora en tus brazos.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó Diego.

Otilia tosió. Se quedó callada con los ojos cerrados.

—¿Otilia? —dijo Lupe.

—Está delirando… — declaró Diego.

—Sí, supongo —dijo Alicia, pero no se quedó tranquila.

Tres toques de puerta hicieron que ambos miraran hacia allí.

—Acaba de llegar el doctor.

—Gracias, Carmen, dile que pase, por favor.

—Sí, señora Alicia.

Capítulo 34
Y nadie contaba con esto

Tras varias semanas de angustia para algunos y de desespero para Otilia, llegó la noticia que ella tanto había esperado. Damián había muerto tras estar casi quince días en coma.

Para Diego la noticia fue devastadora. Ya había aprendido a querer a su hermano, pero también pensó que si hubiera vivido, se hubiera muerto de dolor al saber que su hermana Sofía ya no estaba en este mundo.

Otro entierro en la familia Quintana. Pero esta vez el cielo no estaba gris ni parecía que quisiera llover. No. El cielo estaba muy azul, y el sol estaba más cálido que de costumbre.

Otilia había regresado a aquel color que usó durante mucho tiempo cuando Ramón falleció. Nuevamente, se había convertido en la viuda de Quintana. Llevaba un vestido muy elegante, negro, con una pamela del mismo color y unas gafas oscuras. Tenía los labios pintados de un rojo intenso y lo único blanco que portaba era aquel pañuelo de seda, con el que fingía que secaba sus lágrimas por debajo de las gafas.

Sus ojos se abrieron mucho, aunque nadie pudo percatarse porque los tenía cubiertos, cuando vio aparecerse en el entierro a Clara, la hija del doctor Arnaldo. Su corazón se aceleró y automáticamente le vinieron a la cabeza aquellos recuerdos y la imagen muy nítida de Arnaldo colgado de aquellas sábanas en su consultorio.

—Clara, cuánto tiempo sin verte —saludó Diego y le dio un afectuoso abrazo. Él iba vestido de traje negro y llevaba también unas gafas oscuras que se quitó luego de abrazar a la mujer—. Ella es Alicia, mi…—Y se quedó en blanco cuando por poco la presenta como su esposa. Ya había pasado bastante tiempo y no perdía la costumbre.

—Soy la hermana de Otilia. —Le estrechó la mano y se retiró también sus gafas—. Es un gusto conocerla y una pena que haya sido en estas circunstancias.

—¿Cómo estás, Clara? ¿Qué haces por aquí? No te vemos desde hace mucho tiempo —dijo Otilia, que cargando a Maritza, se acercó y le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Pues llevo en el pueblo dos días. Los suficientes para haberme enterado de absolutamente toda vuestra historia —dijo Clara, y se acomodó su cabello castaño detrás de la oreja mientras con la otra mano sostenía una preciosa urna verde. Le hizo alguna monería a la bebé y luego miró hacia la tumba de Damián con aquellos ojos marrones y meneó la cabeza—. Una desgracia lo que le sucedió a tu hermano y su hermana.

—Pues, definitivamente, sí supieron informarte bien en dos días —afirmó Otilia.

—Ya sabes, pueblo chico, bocas grandes.

Los tres sonrieron de forma medida.

—Después de que mi padre murió, me arrepentí de haberlo cremado. Tenía que haberlo enterrado aquí, junto a mi madre. —Miró hacia algún lugar de aquel cementerio—. Y, pues, aquí estoy. Vine a esparcir sus cenizas en la tumba de mamá para que estén juntos.

—Qué bonito —dijo Otilia en un tono irónico, que además se sintió como tal.

—No sé por qué mi padre tomó esa decisión tan drástica de quitarse la vida. Eso es algo que nunca comprenderé.

Diego recordó cuando eran niños y coincidían en fiestas de cumpleaños y corrían de un lugar a otro atormentando a sus respectivas madres. También recordó que su primer beso se lo dio a Clara cuando apenas tenía ocho años y de cómo expresaba que cuando fueran mayores se iban a casar. Pero nada de eso ocurrió. La historia se contó muy diferente.

—Fue muy bonito verte, Clara. —Diego la volvió a abrazar—. Aunque fuera en estas circunstancias.

—Igualmente. Fue raro verte en esta faceta de mamá, Otilia —dijo, y luego volvió a regalarle una sonrisa tierna a su amigo de infancia. Después se despidió de Alicia y Otilia, y se alejó hasta llegar a la que, al parecer, era la tumba de su madre.

La tarde había sido agotadora. Estar de regreso en la hacienda era un alivio para los pies de Otilia que se dejó caer en el sofá, se quitó los tacones y los dejó tirados en el suelo. Alicia sostenía a Maritza, pero se la acercó a su madre y se la puso en los brazos.

—Qué fastidio, Alicia —expresó—, ahora quería descansar.

—Lo siento, hermana. Tengo una vida, tengo una casa y por más que adore estar con mi sobrina, tú eres su mamá. Voy a por mis cosas y me retiro. —Alicia miró hacia el ventanal y se percató que estaba oscureciendo.

—¿Te vas? —preguntó Diego.

—Sí.

—Yo también. Si quieres te llevo.

—No, Diego. Gracias. Yo me voy en mi coche.

Cierto. Ya su exmujer sabía manejar y tenía coche. Alicia no era aquella niña tímida e inocente que llegó a aquella casa como un venadito asustado. Ahora era toda una mujer empoderada, segura de sí misma, capaz, suficiente y con una seguridad arrolladora.

—Diego —interrumpió la voz de Carmen que, con los ojos llorosos, se acercaba al trío—, os están esperando en el despacho a los tres.

Otilia frunció el ceño y se levantó del sofá. Diego y Alicia fueron los primeros en dirigirse hacia allí y ella los siguió.

Diego abrió la palma de la mano y la colocó en su pecho, dejando escapar un sonido por su boca. Su corazón latía, latía muy fuerte. No podía dejar de respirar con rapidez mientras meneaba la cabeza en modo de negación y sus ojos comenzaban a brotar lágrimas.

Por su parte, Alicia se dejó caer en una silla que estaba cerca de la puerta del despacho. De igual forma, meneaba la cabeza porque no podía creer lo que sus húmedos ojos veían. Se levantó

de la silla y se acercó a lo que para ellos era un espejismo. Se acercó lentamente, muy lentamente, y comenzó a llorar con más fuerza.

Otilia se quedó helada. Con Maritza en sus brazos se introdujo en aquel despacho e intentó dar unos pasos hacia atrás para volver a salir cuando se encontró con aquella imagen frente a ella.

—No intentes dar un paso más, Otilia Gutiérrez.

Era Pamela, que, sentada en una silla de ruedas, clavaba su mirada con mucha frialdad sobre la presencia de la mujer que había intentado quitarle la vida. José Manuel estaba parado detrás de ella, sujetando la silla y respiraba aceleradamente con una total expresión de rabia en su rostro.

—¿Cómo es posible? —dijo Otilia, aún sin poder creerlo.

Alicia y Diego no podían mencionar palabra.

—¿Cómo es posible que… —dijo Pamela entre palabras masculladas, pero que se entendían— que no haya surtido efecto tu intento de asesinarme?

Alicia y Diego giraron sus miradas estupefactas hacia Otilia.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —dijo Otilia mientras seguía dando pasos hacia atrás.

José Manuel corrió hacia la puerta y la cerró. Otilia se sintió acorralada y con Maritza en brazos se acercó al buró. Miró a Pamela y por primera vez le mostró una gran expresión de miedo dibujada en su rostro.

—Me lo confesaste todo, Otilia —Pamela hablaba con dificultad—. Me lo confesaste todo pensando que era mi fin, que con ayuda de Arnaldo mataste a papá, que mataste al padre Evaristo, que mataste a Gustavo Peñalver y que me estabas envenenando para matarme a mí.

Alicia se desmayó.

El sonido del cuerpo al caer al suelo hizo que todos giraran sus vistas hacia la joven, momento en que a Otilia le dio tiempo para agarrar un abrecartas que había sobre el buró para amenazar con enterrarlo en el cuello de Maritza.

—¡Dejadme salir de aquí! —gritó con los ojos inyectados en locura, mientras sin ningún tipo de miramiento ponía en peligro a la niña que lloraba desesperadamente.

—¿Qué demonios haces, Otilia? Es tu hija, suéltala.

—¡Pamela sabe de lo que soy capaz! —gritó riéndose—. Dejadme salir o la mato. Y sabéis que lo haré.

Todos se miraron.

Otilia le hizo un pequeño corte a Maritza en el brazo y esta lloró aún más.

—¡No, Otilia! —gritó Diego y José Manuel se apartó de la puerta, mientras la viuda daba pasos hacia atrás y salía del despacho sin darle la espalda a ninguno.

Ya una vez fuera, corrió. Corrió descalza con Maritza en brazos hasta salir de la finca. Diego y José Manuel corrieron tras ella, pero se detuvieron porque temieron por la vida de la niña.

—Se metió al viñedo —dijo agitado José Manuel, que entraba por la puerta con Diego.

Se escucharon sirenas de coches policiales.

—Yo llamé a la Policía hace un rato —dijo Carmen.

—Hiciste bien, hiciste bien —dijo Diego y la abrazó.

José Manuel salió del despacho con Alicia en brazos y la acostó en el sofá.

—No pudo soportar la impresión de tantas cosas juntas.

Comenzó a abrir los ojos con suavidad.

—Alicia, mi amor —dijo Diego que, arrodillado frente a ella, la miraba a la cara.

—Es… Es Pamela…

Diego se levantó y al girarse vio a su hermana salir del despacho, mientras se impulsaba dándole giros a las ruedas de la silla. Corrió hacia ella y le dio el abrazó que se imaginó, dándole cada minuto de su vida después de su supuesta muerte.

—¿Cómo es esto posible? ¿Cómo? —preguntó con los ojos envueltos en lágrimas.

—Inspector Clementino Gutiérrez. —Sacó su placa luego de entrar a la hacienda—. ¿Qué fue lo que sucedió?

Venía acompañado de cuatro agentes más.

—Está loca, inspector —dijo Alicia que se ponía en pie—. Mi hermana está loca. Es una asesina. Tiene que atraparla. Mi sobrina corre peligro…

El inspector se acercó a todos y se sacó el palillo de la boca.

—Por favor, con calma… Explicadme a qué os réferis con lo de «asesina».

Clementino no podía creer lo que sus oídos escuchaban. ¿Serían ciertas todas sus sospechas acerca de Otilia?

—Sí, inspector —dijo Pamela.

—¿Señorita Pamela? —La miró muy sorprendido sin poder creer que la tenía de frente.

—Es una historia larga de contar, pero ella es la causante de la muerte de mi padre, del cura Evaristo, de Gustavo Peñalver y a saber de cuántas personas más.

—Lo sabía. ¡Lo sabía! No hay tiempo que perder —dijo a los agentes—. Búsqueda y captura ¡ya!

Diego se encontraba arrodillado frente a Pamela mientras esta secaba con sus dedos las lágrimas que salían de los ojos de su hermano. Alicia, aún medio confundida, estaba sentada frente a ella y respiraba con un poco más de calma porque sabía que afuera de la finca había guardias vigilando la zona.

—Cuando descubrí el arsénico en la sangre de Pamela, me quedé atónito —dijo José Manuel —. No sabía qué hacer, no sabía qué estaba sucediendo… Por mi mente pasaron un sinfín de ideas. Pensé que podría estar envenenándose a sí misma por causa de la depresión. Pensé que pudo haberlo consumido por error. Pensé, incluso, esto que está sucediendo…, que la estaban envenenando. Lo siento, Diego, pero no podía confiar en nadie.

—¡Soy su hermano, José Manuel! —gritó exasperado Diego, y se levantó—. ¿Cómo puedes creer que yo intentaría matar a mi hermana?

—No sé, Diego… No te conocía, no os conocía a ninguno. —José Manuel se frotó el rostro con ambas manos—. Pensé fríamente y lo único que se me ocurrió decir fue que ella me había dicho que quería ser cremada.

—Pero estuvimos en el crematorio —agregó Alicia.

—Sí, y el cuerpo que estaba ardiendo en llamas no era el de Alicia. Era el de un vagabundo sin familia que estaba en la morgue y moví algunos hilos para que creyerais todo mi plan. Me llevé a mi esposa a Barcelona y confié, nunca me rendí.

—Estuve en coma por cuatro años —dijo Pamela y comenzó a llorar.

Alicia y Diego se acercaron a ella y la abrazaron. Y por unos segundos sus miradas se entrelazaron. La primera en apartarse fue Alicia.

—Desperté hace tres meses. No podía hablar, no podía moverme. Tenía ganas de gritar, de decir qué era lo que me había ocurrido.

José Manuel lloraba recordando todo aquel sufrimiento.

—Apenas hace un mes comencé a recuperar el movimiento poco a poco y el habla. Como escucháis, aún tengo secuelas, pero poco a poco y con la ayuda de mi esposo… —José Manuel fue hacia ella y le agarró una mano— me iré recuperando. Y volveré a ser la misma de siempre.

—Claro que sí, mi amor —dijo José Manuel, y la besó.

—Con la ayuda de tu esposo y de la nuestra —aseguró Alicia.

Diego se secó las lágrimas que corrían por su mejilla y en un impulso abrazó con muchas fuerzas a su cuñado, haciéndolo incluso, casi caer.

—Gracias…, gracias, José Manuel.

Diego no encontraba las palabras para expresar todo el agradecimiento que sentía en ese momento por el hombre que salvó la vida de su hermana. Resumió todos sus sentimientos en aquel «gracias» y en un abrazo fundido en mucho amor. José Manuel respondió el abrazo de Diego y continuó llorando.

—Pues ya todo va a terminar —dijo Alicia—. A Otilia la van a agarrar y toda esta pesadilla se habrá terminado. Estoy muy preocupada por Maritza.

Diego fue hacia ella y la abrazó.

Después de tanto tiempo, nuevamente sentían sus cuerpos unidos entre sí. Alicia sintió el corazón de Diego latir mientras con los ojos cerrados y envueltos en lágrimas pegaba su rostro a su pecho. Él pudo sentir nuevamente aquel aroma que tanto había extrañado y al besar la cabeza de su exmujer, mientras le prometía que todo estaría bien, pudo sentir el olor de su pelo y por su mente pasaron todos aquellos buenos recuerdos de cuando sus corazones eran solo uno.

—Si algo le pasa, yo… yo… —Rompió en llanto nuevamente—. Estoy tan avergonzada… ¿Cómo puede Otilia ser tan cruel?

—No tienes culpa de nada, Alicia —dijo Pamela—. Desde el minuto uno que te conocimos, supimos que no tenías nada que ver con tu hermana.

Alicia se apartó de Diego con los ojos muy abiertos.

—¿Y si ella tuvo algo que ver con la muerte de nuestro bebé?

Diego se quedó pensativo.

—¿Y si eso era lo que intentaba decirnos cuando deliraba el día que le dio esa fiebre tan alta?

Diego meneó la cabeza sorprendido.

—Después de todo lo que ha sucedido, no suena tan descabellado —dijo y se pasó ambas manos por la cabeza echando todo su cabello hacia atrás.

Capítulo 35
Persecución

Para suerte de viuda, la noche era la más oscura del mes. Había luna nueva y ella corría con aquella niña en brazos que no paraba de llorar y por quien sabía que la iban a encontrar. Por esa razón la dejó tirada en la tierra, gritando, llorando, sin importarle lo fría que pudiera estar la noche o que la pudiese atacar algún animal y continuó su marcha con todos sus pies cortados, los cabellos desordenados y la ropa muy, muy sucia.

Llegó un punto en el que no sabía dónde estaba. Solo sabía que ya no se encontraba en el viñedo y que estaba en una zona oscura y boscosa, y que aquel lugar estaba totalmente a su favor.

Corría, corría agitada. Sentía frío, sentía sed, le dolían los pies y le ardían los cortes que tenía en ellos. Se sentó a descansar y por unos segundos disfrutó de aquel oscuro silencio para luego levantarse y continuar.

Ladridos de perros. Estaban cerca.

Continuó corriendo. Por su mente pasaban todos aquellos crímenes y todas las atrocidades que había cometido. La muerte de Ramón. La muerte de Arnaldo, la cual, aunque no cometió el asesinato directamente, había sido por su culpa. La muerte de Gustavo, que fue la experiencia más intensa jamás vivida. El padre Evaristo. El intento fallido de Pamela y la muerte de Lucre. De ninguna de esas cosas se arrepentía. Si había algo que la podía hacer arrepentirse mínimamente fue de la pérdida del bebé de su hermana, pero en su mente era justificado porque lo hizo por amor, por amor a Diego.

Los ladridos de los perros se escuchaban cada vez más cerca.

Corría, corría, pero podía sentir aquellos ladridos detrás de sus talones. Luces de linternas. Pasos acercándose a toda velocidad. Sirenas de coches de patrullas a pocos metros. ¡Mierda!, la tenían, ya la tenían.

Ahí estaban. Alrededor de quince policías, de los cuales siete sostenían a sus perros que ladraban hacia ella con furia y los otros le apuntaban con sus pistolas.

—¡No deis un paso más! —gritó, y se colocó el abrecartas en el cuello—. Si dais un paso más os juro que me lo entierro. Prefiero morir a pasar el resto de mis días en la cárcel.

Los pastores alemanes ladraban en su dirección. Mostraban sus afilados dientes y ansiaban ser soltados para atacar a aquella mujer.

—¡Otilia, entrégate! —gritó Clementino. ¿Dónde está tu hija?

—Has sido desde el día en que te conocí un grano en culo, inspector de pacotilla.

—Entrégate, Otilia. Entiende que es tu fin. Vas a pagar por todos los crímenes cometidos. Lo mejor es que cooperes.

Otilia apartó el abrecartas de su cuello y se lanzó hacia Clementino en un impulso y sacando un fuerte grito de rabia de su garganta. Pero antes de que llegara a él, fue abatida por varios disparos que la hicieron caer al suelo.

Todos corrieron hacia ella, incluso Clementino.

La mujer los miraba con la vista medio perdida y soltando mucha sangre de sus heridas y de su boca.

—¡Rápido, paramédicos! —gritó Clementino.

La viuda lo miró detenidamente y sonrió con todos sus dientes manchados de sangre.

—No vas a ganar… No…

—No vas a morir, Otilia. Tienes que pagar en vida todo el mal que has hecho.

La viuda sonrió cínica y cerró los ojos.

Capítulo 36
La carta

Pasaban las doce del mediodía y Alicia ya deseaba llegar a su apartamento y salir del bullicio de las calles de Madrid. Con la pequeña Maritza sosteniéndola de la mano, se introdujo al edificio después de saludar al portero y antes de subirse al ascensor miró su buzón. Había una carta.

Maritza ya dormía la siesta y Alicia, luego de tomarse un café cargado y mirar un poco por el balcón, se sentó en el cómodo sofá que había en la sala y miró al techo. Navegó con su vista todo el apartamento y jamás pensó que sentiría tanta tranquilidad. Habían pasado ya tres años de todos aquellos oscuros acontecimientos y definitivamente pensaba que no había tomado la decisión equivocada al mudarse con Maritza al que alguna vez fue su apartamento con su esposo fallecido. Había una mesa muy grande de mármol en medio de la sala y en su centro un jarrón que en su interior contenía unas hermosas gardenias. A su lado reposaba la carta que había recogido en el buzón hacía un rato, era de Pamela. Deseaba leerla, pero a la vez no. Ya había recibido varias cartas de Pamela donde le contaba que cada día estaba mejor, que ya caminaba y su habla estaba más inteligible. Pero siempre concluía sus cartas convenciéndola de que perdonara a su hermano, por eso no quería abrir esta, pero respiró profundo, se levantó, la abrió y volvió a sentarse. Decía:

Sé, amiga, que si te alejaste de aquí fue porque no quisiste saber más ni de Diego ni de tu hermana —La letra de Pamela ya había mejorado mucho en comparación con las cartas anteriores—. *Pero pienso que tienes que saber lo que aquí te escribo. Bien sabes que tu hermana se recuperó de todos aquellos disparos provocados por la policía. Pues luego de ser condenada a cadena perpetua, Otilia comenzó a vivir en aquel reclusorio femenil donde el día a día era verdaderamente duro. La tenían sola. Alejada de todo y de todos. No fue hasta cumplir cinco meses que la pusieron a compartir celda con otra reclusa, María. Al parecer, era una mujer sumamente introvertida que no quería ningún tipo de vínculo con Otilia ni con nadie.*

Alicia se detuvo por unos segundos y pensó cómo Pamela podía estar tan informada e interesada en el día a día de la mujer que intentó matarla.

Según me contaron, porque estuve visitando a una reclusa que cumplía condena por aquellas fechas, tu hermana y esa mujer comenzaron a ser más que compañeras de celda, más que amigas, ¿me explico?

—No, no te explicas.

De todo me he enterado porque me obsesioné con la idea de que Otilia pudiera nuevamente hacerme…, hacernos daño, y seguí todos sus pasos desde el instante en que supe en qué reclusorio se encontraba. Me aterraba la idea de que pudiera intentar algo más a través de terceras personas, no sé, creo que enloquecí un poco.

—Es entendible amiga —dijo Alicia en voz alta y apretó los labios.

Según supe, la tal María resultó ser una delincuente que había matado a puñaladas a toda su familia, porque no estaba de acuerdo con que su hermana, de quien estaba enamorada, contrajera matrimonio con un tipo del cual ni me molesté en averiguar su nombre.

—Pues ya te estás explicando. Ya entendí lo que quisiste decir antes.

Al parecer, hubo algún tipo de malentendido entre tu hermana y «su amiga», y la mujer cortó la cara de Otilia dejándole una terrible cicatriz en el rostro.

Alicia sostenía la carta con una mano y con la otra se tapaba la boca, asombrada.

Conociendo a Otilia, sabrás que las cosas no quedaron ahí. Esta mujer a la que visité y con la cual conversé durante horas, me contó que Otilia cobró venganza una tarde en las duchas, donde le reventó la cabeza contra el suelo de baño a la tal María, hasta dejarle el cráneo destrozado.

Alicia no podía creer que su hermana se hubiese convertido en aquel monstruo capaz de matar con la sangre tan fría.

Tras el acontecimiento, Otilia fue trasladada a una prisión de máxima seguridad. Allí, durante dos años se mantuvo sola, aislada por voluntad propia, sin conversar ni interactuar con nadie. Imagino que para ella debe de haber sido muy duro ver día a día aquella cicatriz en lo que fue una vez un hermoso rostro. Moví algunos hilos y por algunas imágenes que me mostraron de unas cámaras de seguridad de la prisión pude percatarme de que Otilia estaba muy destruida físicamente. Esa imagen que tienes de tu hermana, de mujer rozagante, sácala de tu cabeza. Se encontraba verdaderamente destruida, muy delgada, extremadamente delgada.

El 20 de agosto del 64, unas presas que trabajaban en la cocina provocaron un incendio formando así un gran motín, en el que lograron escapar alrededor de dieciséis presas, entre ellas se encontraba tu hermana.

El llanto de Maritza, entremezclado con un fuerte «mamá» que provenía de una de las habitaciones, hizo que Alicia se asustara y diera un pequeño brinco sobre su silla y colocara su mano abierta sobre su pecho. Corrió hacia donde provenía el ruido y calmó a su sobrina.

—Ya está, nena, fue solo una pesadilla, no pasa nada. —Se sentó a su lado, en la cama.

—Quédate conmigo, mamá. No quiero estar sola.

—Aquí estaré contigo, mi niña —dijo, y se acostó a su lado con los pies fuera del colchón porque no se había quitado los tacones. Miraba al techo y pensaba en lo último que había leído en aquella carta. ¿Otilia escapó? ¿Estarían en peligro ella y la niña?

No fue hasta que la pequeña Maritza se durmió nuevamente en la noche, que Alicia agarró aquella carta y la continuó leyendo.

Otilia estuvo prófuga durante semanas hasta que la encontraron en el cementerio. Según dice el sepulturero, que se dio cuenta de ello y avisó a la Policía, ella estuvo viviendo allí todo ese tiempo en condiciones deplorables. Estaba sucia, despeinada, apestosa. Tu hermana, al ver que no tenía salida y que estaba rodeada de policías, se cortó el cuello delante de todos con un cuchillo que habría obtenido en cualquier lugar, y esta vez…, no sobrevivió. Lo siento mucho, Alicia. El cuerpo de Otilia está aquí, esperando para que vengas y te despidas de ella. Espero, aunque dudo, que en algún momento se haya arrepentido de un pequeño porcentaje de todo lo que hizo.

Las lágrimas que salieron de los ojos de Alicia corrieron por sus mejillas y cayeron sobre la carta y mojaron algunas palabras.

No veo la hora de volverte a ver y darte un fuerte abrazo. Te veo pronto, mi amiga, mi hermana, mi cuñada, aunque no lo aceptes. (Escribí esto sonriendo) Te quiero. Pamela.

Una risilla se escapó de los labios de Alicia imaginando a Pamela sonreír tras haber escrito aquello. Aunque estaba sumergida en el inmenso dolor de haber perdido a su hermana, estaba consciente de que todo lo sucedido se lo había buscado ella misma. No tuvo la oportunidad de volver a ver a Otilia por decisión propia, pero su conciencia estaba totalmente limpia porque solo ella sabía lo mucho que amó a su hermana.

Capítulo 37
Cuando no sabes si valió la pena

Alicia observaba sus tacones hundidos en el verde pasto de aquel cementerio. Su vista se deslizó hacia la pequeña Maritza que se encontraba a su lado y le sostenía la mano, luego miró aquella lápida y se imaginó si alguna vez su hermana imaginaría que moriría tan joven.

OTILIA GUTIÉRREZ DUEÑAS: 1928-1965

—Quiero imaginar, hermana… —dijo Alicia, y se inclinó para poner sobre la tumba el ramo de rosas rojas que sostenía con su mano derecha—, que no tuviste nada que ver con aquella caída en la que mi vida cambió de forma radical. Quiero pensar que, al menos, para conmigo tuviste un poco de consideración. Quiero pensar que a pesar de todo me querías, como yo a ti. Porque aunque tuvimos un sinfín de desavenencias, eso no restaba en lo absoluto el amor que yo sentía…, siento por ti. Lamento que el amor de un hombre nos haya puesto en tal situación. Créeme que si hubiera podido elegir, jamás me hubiera enamorado de Diego si eso conllevaba el estar en guerra constante contigo. No me arrepiento, porque ha sido lo más hermoso que he vivido en mi vida, pero sí hubiera preferido que los acontecimientos hubiesen sido diferentes. Aquí termina todo y no sé si algún día vuelva a poner un pie en este lugar. Te quise, te quiero y te querré…, y siempre te estaré agradecida por haberme dado la oportunidad de ser mamá. —Miró a Maritza que en su inocencia corría detrás de una mariposa sin caer en cuenta del lugar en que se encontraban—. Así que si fuiste tú la causante de mi pérdida, te perdono. Adiós, hermana.

Al darse la vuelta sus ojos tropezaron con los de Diego que estaba parada detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó y bajó la mirada, tímida—. Pensé que no vendrías. Lo hubiera entendido.

—Bien sabes que no vine por Otilia. —Se acercó a ella dando solo tres pasos—. Escuché lo que decías… ¿Aún me amas, Alicia?

—No es el lugar ni el momento para hablar de sentimientos. —Le dio la espalda y cruzó los brazos. Se mordió el labio inferior y miró al cielo.

—Alicia… —Diego la agarró por los hombros y le dio la vuelta sutilmente—. Necesito que comencemos de nuevo. Necesito que nos olvidemos de todo y hagamos una nueva vida.

—Diego, yo no…

—Solo piénsalo.

—No tengo nada que pensar. No quiero estar con un hombre con el que me sienta con temor constante de que pueda caer en el alcohol o me engañe. No puedo sufrir de nuevo, Diego. No.

—Ha pasado mucho tiempo, Alicia, son errores que cometí y que pagué con creces, pero créeme… —Le agarró las manos—. Sabes que te amo. ¿Y tú, me amas?

Alicia se apartó.

—Mira —dijo Diego y metió la mano en el bolsillo del pantalón de su traje—, son dos billetes de avión. —Se los mostró y luego de separarlos estrechó una mano sujetando uno—. Ten, este es tuyo. Quiero que lo pienses. Yo estaré ahí, esperándote. Y es la última carta que me juego, Alicia. Yo te esperaré durante ese día entero. Si no llegas, sabré que no tengo posibilidades y te prometo…, te prometo que no te molestaré más.

Alicia agarró el billete, lo miró y luego miró a Diego. Él se acercó y besó la frente de su exmujer, del amor de su vida. Ese beso tan simple podría haber sido el último o, quizá, el primero de una nueva vida. Le dio la espalda a Alicia y se marchó frente a los ojos de esta que vio cómo se fue poniendo pequeñito frente a su mirada.

El mar y la brisa pegando contra su cara le hacía pensar en Alicia y en que jamás llegó a aquel lugar donde se suponía tenían que encontrarse. Sus esperanzas estaban totalmente desvanecidas y, como lo había prometido, no la molestaría más. Era el momento de comenzar una nueva vida y terminar de una vez con la sombra del pasado.

Diego, que llevaba una camiseta a cuadros azules con un pantalón blanco de hilo remangado un poco hasta la mitad de sus piernas, estaba sentado en una toalla en la arena, mirando al mar, a ese punto donde ya no sabes qué hay más allá; sintiendo cómo el sol tocaba su piel a través de la fina tela de aquella camiseta y enterrando sus pies en la arena caliente.

—Espero que el límite no haya sido la fecha que pusiste.

Aquella voz lo hizo voltear su cabeza y mostrar una enorme sonrisa en su rostro. Se puso de pie y colocó su mano abierta en el pecho.

—Si pudieras escuchar mi corazón latir ahora…

—No lo escucho, pero me lo puedo imaginar, porque estoy igual.

Los dos respiraban acelerados. Diego se retiró las gafas de sol y le mostró a Alicia aquel brillo lleno de ilusión que desprendían sus ojos. Ella sujetaba su pamela con una mano para que el viento no la sacara de su cabeza.

—Es tu culpa por haber puesto el punto de encuentro en un lugar tan lejos —dijo ella, y sonrió mientras retiraba sus gafas de sol.

—No es Cuba, pero estamos en el Caribe.

—¿En algún lugar del Caribe? —Sonrió coqueta.

—En el lugar perfecto.

Diego se acercó lentamente y la agarró de la cintura, acercó su rostro al de Alicia y por fin, después de tantos años acompañados de duras adversidades, volvió a sentir el sabor de aquellos labios que sabían igual de dulces como los recordaba. La pamela salió volando de la cabeza de Alicia, pero a ella no le importó. Simplemente siguió disfrutando de ese momento como si el tiempo hubiera retrocedido y fuera la primera vez que besaba los labios de aquel hombre que no dejó de amar ni un solo día de su vida.

Diego se apartó sonriente y la cargó, mostrándole esa sonrisa que no podía borrar de su rostro y que estaba consciente, que jamás se borraría.

—¿Y Maritza? ¿Dónde está Maritza?

Alicia, mostrando un total regocijo en su rostro, señaló con su brazo hacia algún lugar y Diego se percató de que estaba acompañada de una jovencita que saludaba desde lo lejos.

—Es Ester, la niñera de Maritza.

—Eso significa que…

—Sí —dijo ella sonrojada—. Exactamente eso significa.

—Te amo, Alicia Gutiérrez —dijo mientras le daba besitos en el cachete—. Te amo más que a mi vida —dijo en un tono más alto—. ¡TE AMO! —gritó a todo pulmón.

—Estás muy loco —dijo apenada Alicia mientras observaba a su alrededor que algunas miradas se clavaban en ellos.

—De amor por ti —concluyó Diego, y la volvió a besar, esta vez, aún más apasionado.

La luz de la luna llena golpeaba sus cabezas y dibujaba aquella silueta de la pareja que, tomados de la mano frente al mar y con sus pies hundidos en la arena, se besaban y disfrutaban cada segundo como nunca lo habían hecho. Se sentaron uno al lado del otro y Alicia recostó su cabeza en el hombro de Diego.

—Me tomó por sorpresa el embarazo de Pamela. —Sonrió—. En ninguna de las cartas que me envió me contó que esperaba un bebé. Supongo que quería darme una sorpresa.

—Aún no supero el día en el que nos enteramos de que continuaba con vida.

—Sí, fue verdaderamente fuerte.

Diego se deslizó por la arena y se puso frente a Alicia. Le tomó las manos.

—Estoy teniendo una muy buena relación con mi madre, mi verdadera madre.

—Me quedé anonadada cuando me contaste todo lo sucedido. Es como una trama de radionovela.

—Cuando le di la oportunidad de que me contara toda la historia, me sentí devastado. Es una mujer que ha sufrido mucho, y no soy quién para juzgarla. —Diego bajó la mirada.

Alicia agarró su mentón y levantó su cabeza.

—Cuando regresemos a España, quiero que nos volvamos a casar.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Diego mientras levantaba una ceja.

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Alicia Gutiérrez?

Alicia le dio un suave manotazo en el brazo.

—No seas tonto.

—Quería ser yo quien te lo pida.

—Pero eres muy lento.

Sonrieron y se quedaron en silencio unos segundos.

—Nunca me contaste qué te dijo Sofía el día que murió.

Alicia meneó la cabeza.

—Después de aquel momento me evitaste aún más.

—Por decisión propia —dijo Alicia, y volvió a menear la cabeza—. Sofía me pidió que regresara contigo, que yo era el amor de tu vida.

Diego puso la boca en forma de O.

—Entonces, ¿qué fue lo que…? No entiendo.

—Sofía murió tras decirme aquello. Murió frente a mí, Diego. Me sentía muy culpable. No sé, estaba muy mal, confundida.

Diego puso su mano abierta con suavidad en una de las mejillas de Alicia.

—Ya está, ya pasó. Ahora estamos juntos y así será para siempre.

La besó y con delicadeza se inclinó hacia ella para acostarla en la arena con él sobre ella y sin dejar de probar sus labios en ningún momento. Se detuvo y se puso en pie. Ella se quedó confundida.

—¿Qué pasa?

—Cuando te dije que te me habías adelantado, estaba hablando en serio.

Alicia frunció el ceño y sonrió confundida.

Diego metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un anillo. Aquel anillo. El que guardó por tantos años.

—Esto… —dijo y lo lanzó al mar— es cosa del pasado. —Metió nuevamente su mano en el otro bolsillo y sacó otro anillo—. Este es un nuevo comienzo—. Se arrodilló, sonriendo—. Alicia Gutiérrez, ¿deseas ser mi esposa… otra vez?

Alicia sonrió y extendió su mano emocionada.

—Ya te lo había pedido yo… Pon de una vez ese anillo en mi dedo.

Diego carcajeó y colocó la joya en el dedo anular de Alicia. Ella se lanzó hacia él y lo besó mientras enroscaba sus brazos en el cuello del amor de su vida y futuro esposo, por segunda vez.

El calendario pegado en la nevera blanca de la cocina decía que era 10 de julio de 1988. Las risas que provenían de la sala de la finca hicieron que aquella jovencita de cabello rubio y mechas rosas en el cabello, que tomaba un vaso de zumo, corriera hacia allí para ver qué sucedía.

—¿Se puede saber qué pasa?

Tras tres años de matrimonio, los esposos Quintana volvieron a tener la dicha de quedar embarazados, y de su amor, nació Paola. Una niña rebelde, fanática de la música de Cyndi Lauper, que pocas veces hacía caso a lo que se le decía, pero que tenía un corazón enorme y unos sentimientos tan profundos como los de su madre, Alicia.

—Paola, mi amor —dijo una Alicia ya mayor, con algunas arrugas en su rostro y pintando unas cuantas canas en el cabello, pero que se veía igual de hermosa que siempre—, ya sabes que tu tía Pamela es muy simpática, resulta que me estaba diciendo que…

Paola se colocó los audífonos que llevaba en el cuello y le dio al *play* a su *walkman* amarillo.

Pamela se carcajeó.

—¿Has visto cómo me dejó con las palabras en la boca? —se quejó Alicia.

—La adolescencia, querida —dijo Pamela y meneó la cabeza.

Alicia le quitó los audífonos de los oídos y la joven protestó.

—¡Ay, mami! ¿Qué haces? —preguntó mirándola con el ceño muy fruncido.

—¿Por qué no te has puesto el vestido que te compré para hoy? —preguntó Alicia, y colocó los brazos en forma de jarra.

—Porque me gusta llevar pantalones, mamá. No soy una princesita, déjame ser yo. Además, solo viene Maritza de Estados Unidos, no es la alfombra roja de los Óscar.

Pamela sonrió y se tapó la boca con una de sus manos.

—¿Y te ríes? —preguntó Alicia, que no pudo evitar sonreír también.

Las tres terminaron carcajeando.

—¿Y estas risas a que se deben? —preguntó un muy maduro Diego, que entraba por la puerta con un hombre muchísimo más joven que él.

—¿Pero qué son estas fachas? —preguntó Pamela al ver que llegaban sudados, despeinados y hasta un poco sucios.

Diego besó a su esposa y sacudió el cabello de Paola, cosa que ella detestaba y por eso lo fulminó con la mirada.

—No hagas dramas, mamá, por favor —dijo el joven, y besó la mejilla de Pamela—. Estaba en los viñedos con mi tío. ¡Qué pasada! Creo que voy a aceptar la oferta de quedarme y trabajar con él.

—¿Quieres que tu padre colapse? —preguntó Pamela con los ojos muy abiertos—. Tienes que terminar tu carrera de medicina, él no va a…

—Yo me encargo de José Manuel —aseguró Diego sonriendo—. Tenéis que dejar a Ramoncito tomar sus propias decisiones.

—Ramón, tío Ramón —rectificó el joven elevando las cejas.

—Vale, vale. —Sonrió Diego y cruzó los brazos—. Es la costumbre.

Todos sonrieron.

Las miradas de todos los presentes se giraron hacia la puerta al escuchar aquel taconeo que se introducía a la casa.

Una joven hermosa, con un cabello negro, rizado, corto por el cuello, unos ojos oscuros con largas pestañas, labios pintados de rojo carmín, unos vaqueros ajustadísimos que le hacían resaltar la perfecta silueta que tenía, una blusa blanca de mangas a hombros con un escote que mostraba más de lo que sus padres hubieran querido y unas botas de tacón que la hacían verse unos centímetros más alta que el hombre que la acompañaba y la sujetaba de la mano.

—¡Maritza! —exclamó Pamela y corrió a abrazar a su sobrina.

Para Maritza, Pamela y Diego eran sus padres. En la familia se decidió que jamás se le diría quién era su verdadera madre ni toda la turbia historia de un pasado demasiado negro.

—Mamá, estoy tan feliz de estar de regreso.

Se abrazaron de forma cálida y amorosa.

—¿Y tú, pá?, ¿no piensas darme un abrazo?

Diego se acercó lentamente sin despegar sus ojos de aquel sujeto y abrazó a Maritza.

—Cada día te pareces más a tu madre. Es increíble —soltó sin más Pamela. Diego y Alicia la miraron y enseguida se dieron cuenta de que hablaba de Otilia.

—Sí. De joven, puede ser —dijo Maritza y sonrió para luego abrazar a su tía Pamela.

—¿Y ya nos vas a decir quién es él? —dijo Diego, que no podía borrar la seriedad de su rostro.

Era un hombre evidentemente mayor que Maritza. Estaba parado frente a todos con la barbilla elevada. Llevaba un traje muy elegante que a leguas se notaba que era de marca y un Rolex que se asomaba sutil por debajo de la manga de la camisa.

—Alberto Quintana —dijo, y extendió la mano a Diego.

—¿Quintana? —repitió Diego respondiendo el saludo.

—Sí, papá… igual que nosotros —dijo la joven y sonrió nerviosa—. Alberto es el dueño de la Academia de Artes donde yo estudiaba. Lo conocí en una de sus visitas al centro y pues…

—Quiero que sepáis que mis intenciones con su hija son las mejores.

—Pero usted es muy mayor para ella —aseguró Alicia—. ¿Cuántos?, ¿veinticinco, treinta años?

—¿Acaso eso importa? —interrumpió Maritza con el ceño fruncido.

Pamela se encontraba muy nerviosa. Temía que aquella niña, aparte de parecerse demasiado físicamente a su madre biológica, también estuviese heredando sus mismas costumbres.

—Será mejor que hablemos en mi despacho —dijo Diego, y se llevó a Alberto.

Alicia se sentó en el sofá colocando las manos en su cabeza y Pamela se sentó a su lado mientras le decía algo. Ramón fue rumbo a la cocina y Paola se acercó a su hermana que observaba a su madre desde una distancia prudente.

—Primer día y ya estás dando dolores de cabeza —susurró Paola.

—Tú calla, Paola. La hermana mayor soy yo.

—Pues no lo parece… —dijo la jovencita, y cruzó los brazos.

—Mírate en un espejo y observa tu *look* de niña rebelde que aún no sabe qué quiere en la vida y luego me dices si tengo o no razón.

Hubo un silencio de varios segundos.

—¿Qué le estará diciendo mi tía a mi mamá? Te juro que a veces la soporto tan poco…

—Maritza, si la tía Pamela es lo máximo.

—Ya —dijo dibujando una mueca en su rostro y poniendo los ojos en blanco.

Otra vez ese silencio.

—¿Y Ramón? ¿No estaba aquí ahora mismo?

—Creo que se fue a la cocina.

—¡Ay, qué mono! —dijo con sorna—. No puedo creer que nuestro primito se haya molestado porque tengo novio.

—Maritza —susurró Paola—, las dos sabemos que Ramoncito está enamorado de ti. Nunca voy a olvidar cuando los agarré aquella vez que…

—Shhh, calla —dijo Maritza y sonrió.

—¡Que es nuestro primo, Maritza!

El silencio.

—Espero que papá acepte a Alberto. Ese hombre tiene demasiado dinero.

—O sea, ¿es por el dinero? —preguntó, sorprendida, Paola—. ¿Qué necesidad tienes de hacer

eso? Somos ricos.

—No, Paola. Nuestros padres son ricos. —Se acomodó el cabello detrás de la oreja y dejó de mirar a su hermana—. Y no sé tú, pero yo no pienso esperar a que ellos decidan cuándo darme o no lo que yo merezco y, además, tener que escuchar charlas y sermones de que el trabajo dignifica y bla, bla, bla. Prefiero actuar rápido. Estoy pensando en mi futuro. Estoy mirando más allá.

Paola miraba a su hermana con el rostro desencajado.

—Alberto es muy viejo, sin hijos, su madre está muriendo y él puede ser que le haga compañía en nada. Es solo cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, para que él ya no esté en el mundo de los vivos y yo así poder convertirme en una muy pero que muy rica viuda de Quintana.

Paola tembló solo al escuchar la forma en que aquellas frías palabras salieron de los labios de su hermana. Alicia y Diego también se habrían asustado si hubiesen visto aquella mirada tan parecida a la de la mujer que tanto daño causó en aquel pueblo. Por las venas de Maritza corría la sangre de Otilia, tenía sus genes. Posiblemente llevaba la maldad en el alma. Y eso era algo que nadie iba a poder cambiar jamás.

Índice

Capítulo 1 Suave veneno 7
Capítulo 2 Las Gutiérrez 19
Capítulo 3 Con sus propias manos 25
Capítulo 4 *Mi trauma* 31
Capítulo 5 Malas noticias para la viuda 35
Capítulo 6 Causa y efecto 43
Capítulo 7 *Tacones rojos* 55
Capítulo 8 La boda 59
Capítulo 9 Viva el amor 69
Capítulo 10 ¿Qué desea el inspector? 73
Capítulo 11 ¿Qué trae R. A.? 81
Capítulo 12 Sin pecado concebida 93
Capítulo 13 *El día que la volví a ver* 101
Capítulo 14 Secretos, amor y cenizas 107
Capítulo 15 ¿Cabos sueltos? 117
Capítulo 16 La gota que derramó el vaso 119
Capítulo 17 *Cómo empezó todo* 129
Capítulo 18 ¿Otra vez tú? 133
Capítulo 19 Te extraño, te olvido, te amo 141
Capítulo 20 La solución a todos mis problemas 143
Capítulo 21 Nada es lo que parecía 151
Capítulo 22 *La otra cara de la moneda* 157
Capítulo 23 Reencuentros en una nueva era 163
Capítulo 24 *Llegué para quedarme* 179
Capítulo 25 Razones 183
Capítulo 26 Algo crece dentro de mí 189
Capítulo 27 Y otra vez tú 195
Capítulo 28 No quise hacerlo 201
Capítulo 29 Manos manchadas, otra vez 211
Capítulo 30 Interrogatorios 223
Capítulo 31 Camino hacia un fatal destino 229

Capítulo 32 En los pensamientos del inspector 235
Capítulo 33 Y aquí estamos los tres 239
Capítulo 34 Y nadie contaba con esto 245
Capítulo 35 Persecución 255
Capítulo 36 La carta 259
Capítulo 37 Cuando no sabes si valió la pena 265